NUMERO 6 / OCTUBRE 1967 / PRECIO $ 30.00

cuadernos de MARCHA

EL GAUCHO Y LA LITERATURA GAUCHESCA

DANIEL VIDART · ANGEL RAMA · DARCY RIBEIRO
LAURO AYESTARAN · RICARDO RODRIGUEZ MOLAS

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S.A.
Director: Carlos Quijano
Administrador: Hugo R. Alfaro
Rincón 577 - Tel. 98 51 94 - Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 6 OCTUBRE 1967

SUMARIO

DARCY RIBEIRO
Matrices culturales rioplatenses 3

RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS
Reealidad social del gaucho rioplatense (1810-1852) 21

LAURO AYESTARÁN
La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay 37

ANGEL RAMA
La literatura de los vencidos 59

DANIEL VIDART
Payadores gauchos y literatura gauchesca 67

DARCY RIBEIRO

MATRICES CULTURALES RIOPLATENSES

En el panorama de las Américas se destacan dos bloques de pueblos manifiestamente europeos, que designamos como pueblos **trasplantados**, en oposición a los pueblos **testimonio** —resultantes del impacto de la expansión europea sobre las altas civilizaciones americanas— y a los pueblos **nuevos** resultantes de la fusión de europeos con indígenas y africanos, para constituir una configuración cultural distinta.

Los pueblos **trasplantados** se dividen en dos sectores: el norteño, de los pueblos angloamericanos y canadienses, y el sureño de los pueblos uruguayo y argentino. Estos últimos presentan características comunes con los demás pueblos hispánicos, pero se distinguen de ellos por una fisonomía particular resultante de la absorción de mayores contingentes no ibéricos, por su localización ecológica en tierras templadas, y por el grado de desarrollo económico y social más alto que alcanzaron. Comparados con los **pueblos trasplantados** del norte resaltan como contrastes, su origen latino e hispánico, el predominio de la religión católica y el atraso en que se hallan en lo que respecta a la incorporación de los modos de vida de las civilizaciones industriales modernas.

Los dos países del Río de la Plata componían en 1960, un conjunto de 24 millones de habitantes, que representaba el 11,6 % de América Latina, y que era la parte que gozaba la más alta renta **per cápita**, de índices más favorables de educación en todos los niveles, de más amplia expectativa de vida y de mayor grado de urbanización. A pesar de ello encaraban graves problemas de desarrollo y están lejos de lograr un nivel adecuado de explotación de sus posibilidades, no obstante haber llegado a un grado de desarrollo mucho más alto que todos los otros pueblos latinoamericanos considerados en conjunto. Sólo Venezuela los sobrepasa en algunos índices, tales como el referente al valor global de producción y a la renta **per cápita**, pero este es un caso especial de deformación estructural que no resulta expresivo de los más altos niveles de vida para toda la población, sino de la presencia de un quiste económico foráneo dentro del sistema económico nacional.

Los **Pueblos Trasplantados** del norte se instalaron en las tierras americanas como núcleos de aldeanos, artesanos y labradores que procuraban reconstruir allí un paisaje

(*) Reproducimos aquí un fragmento del capítulo referente a las poblaciones rioplatenses, que integra el libro aún inédito del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, profesor de nuestra Universidad, sobre el tema **Las Américas y la civilización**. Este libro está dedicado al estudio del proceso de formación de los pueblos americanos y de sus problemas de desarrollo.

europeo. Acamparon en el desierto teniendo apenas que competir con la escasa población indígena de nivel tribal que, por lo general prefirió traficar con el invasor en lugar de luchar por expulsarlo. Llegan un siglo después que la conquista ibérica y gradualmente extienden sus núcleos a lo largo de la costa atlántica. Sólo dos siglos más tarde cobran fuerzas para acometer la empresa de la colonización de los inmensos desiertos interiores.

Los **Pueblos Trasplantados** del sur, resultan de corrientes migratorias europeas que llegan a América después de la Independencia, cuando la tierra ya había sido ocupada y los últimos indios, arrinconados en los lugares más yermos, estaban siendo diezmados. La conquista y el dominio de los valles y de las pampas, su ocupación por el ganado y los hombres, la erección de los primeros núcleos urbanos y la propia independencia política ya se habían completado. Esa fue la obra de los mestizos plasmados en dos siglos de interacción activa entre españoles arrancados de sus matrices y las comunidades indígenas en que se incrustaron. O sea, el resultado de la acción de una protoetnia anterior que los inmigrantes pasarían a suplantar y suceder. Estos mestizos, fruto de la fusión de unos pocos padres europeos con una multiplicidad de madres indígenas, más identificados con aquéllos que con éstas, y que hablaban el guaraní mejor que el español, asumieron los tipos de **ladino** o de **gaucho.**

Llamamos **ladinos** a aquellos que viviendo en villorios o dedicándose de preferencia a las labores agrícolas, resultaron relativamente menos mestizos y más europeizados. Ello se debió al ingreso continuo de españoles que venían a "hacer la América" en esta región marginal, y que eran por lo general enviados por la Corona a cumplir tareas burocráticas, o simples aventureros deseosos de enriquecerse con el comercio y la apropiación de los campos y el ganado.

Orgullosos de su origen peninsular, se situaban por eso desde sus primeros pasos en la nueva tierra, por encima de la población criolla. Sólo en contadas ocasiones España emprendió una colonización basada en establecimientos de población, tanto en esta región como en el resto de América. Cuando ello ocurrió, tales colonos no pasaron de unos pocos centenares de campesinos localizados en las áreas disputadas por Portugal, para asegurar en ellas la posesión española. Por esta razón terminaron por asimilarse a los hábitos de la tierra, no diferenciándose prácticamente sus descendientes de los **ladinos,** aunque probablemente estos núcleos también contribuyeron a su españolización.

Los núcleos **ladinos** de los márgenes del Plata recibieron algunos esclavos negros como artículo suntuario para el servicio doméstico y para otros quehaceres a los que el gaucho no se adaptaba. Fueron sin embargo muy pocos y no dejaron improntas que resalten en el tipo racial y en la etnia resultantes. Hoy su presencia se siente solamente en los pequeños grupos afro-ladinos de Montevideo.

Gauchos fueron los mestizos de india y español nacidos en los amplios espacios pastoriles junto con el ganado que se multiplicaba prodigiosamente. Mantuvieron por endogamia, sus características biológicas originales, conservando, por el aislamiento de la campaña, las técnicas de subsistencia, las formas de organización social, la visión del mundo, los hábitos y la lengua creada en las primeras décadas por la amalgama de la doble herencia guaraní y española en lo que tenían de compatibles con su modo de vida peculiar.

La influencia dominante en la formación cultural del **ladino** fue el puerto, que lo mantenía en contacto con el gran mundo externo y lo hacía cada vez más exógeno. Para el **gaucho** fue la campaña, la que lo ligaba al país valorizando su adaptación especializada al pastoreo. Los ladinos hablaban principalmente español; los gauchos, hasta fines del siglo XVIII, debían hablar preferentemente el guaraní, tanto en el Uruguay como en la Argentina. Ninguna otra hipótesis es admisible dado el origen asunceño de los primeros núcleos bonaerenses, y misionero o "paulista" de los que ocuparon la Banda Oriental, todos guaraní-parlantes. Esta hipótesis se comprueba indirectamente por la toponimia de las antiguas áreas gauchas, casi siempre de raíz guaraní. (1)

La ordenación social de la región rioplatense se establece sobre esta tripartición étnica, teniendo como estrato dirigente al patriciado **ladino** que reglamentaba la vida y la propiedad, dirigía el comercio y la aduana apropiándose por estos mecanismos de los frutos del trabajo común. Como estrato subordinado, el **gaucho,** originalmente libre, pero sometido a crecientes compulsiones que primero lo constriñen en el sistema glo-

bal del dominio de los dueños de la tierra como hombre de su "padrino" que era su patrón en el trabajo y su caudillo en la guerra, y que después, lo marginalizan y lo sustituyen por el inmigrante como fuerza de trabajo básica. Es en ese proceso que el gaucho no sólo se desfigura sino que también se españoliza.

Sobre este complejo étnico con todas las características de un **Pueblo Nuevo,** fundado en la deculturación de sus matrices y en la creatividad cultural propia que le daba un perfil peculiar en el plano lingüístico y en su estilo de vida, se abatieron las olas migratorias. Tan abundantes fueron, que en lugar de incorporarse a la etnia en formación agauchándose, o **ladinizándose** conforme se ruralizaran o se urbanizasen, dan nacimiento a otra etnia, predominantemente europea, con un perfil de **Pueblo Trasplantado.**

La españolización lingüística de estos conjuntos se debió a que las nuevas migraciones, aunque eran predominantemente italianas, trajeron consigo un elevado número de españoles, y sobre todo, a la capacidad de los grupos urbanos y del medio rural, para lograr su asimilación, así como el poder compulsorio del sistema de haciendas dirigido por la oligarquía nativa, en el que venían a insertarse. En esta situación, tanto los italianos como los otros europeos de origen no hispánico tuvieron que aprender la lengua de la tierra e integrarse a los valores y hábitos dominantes, a los que puede imputarse lo que hoy tienen de singular los argentinos y los uruguayos frente a los otros pueblos.

De este modo, no se formaron quistes étnicos, sino que confluyeron todos a medida que se españolizaban y asimilaban, para formar la gente común de las dos nuevas nacionalidades a las cuales se integraron. A esta franca asimilación, contribuyó la circunstancia de que estos contingentes, salidos de Europa antes de la plena definición de sus nacionalidades modernas y procedentes por lo general de zonas rurales donde se hablaban dialectos muy diferenciados, aún no se habían identificado con las nuevas entidades nacionales que aglutinaban sus provincias, separándolos fuertes tensiones inter-étnicas características de las fases de estructuración étnico-nacional. Estas diferencias internas, inclusive lingüísticas de cada grupo, los llevaron a la adopción de un idioma común que en las circunstancias en que se encontraban resultó ser el español, antes que las lenguas europeas modernas de sus matrices.

De la proto-etnia original que en sus dos formas básicas, la ladina y la gaucha, había alcanzado características culturales singulares —además de la población paraguaya— apenas quedó, en el Uruguay y en la Argentina, una nostalgia que asoma en ocasiones en la auto imagen nacional como culto de inspiración patriótica y de afirmación tradicionalista. Llama la atención el calor nativista con que, tanto uruguayos como argentinos, de puros ancestros gringos, dicen versos del Martín Fierro o leen páginas de otros autores gauchescos en una alienación típica del que necesita adoptar abuelos extraños para reconocerse y aceptarse. Obviamente, Martín Fierro es una obra literaria de méritos extraordinarios que puede ser leída con gusto por todos. Muy distinta, sin embargo, es la actitud de veneración con que es tratada, tanto por la derecha oligárquica vocacional y naturalmente nostálgica, como por la izquierda imbuida a veces de gauchismo y un tanto resistente a lo gringo.

Esta actitud, por otra parte, es común dentro de las capas dominantes de muchos pueblos americanos que rinden culto a antepasados dignificadores, como los chilenos, los paulistas, los mismos norteamericanos. Estos por ejemplo, suelen considerarse descendientes de los puritanos que llegaron al Nuevo Mundo en procura de un ambiente de libertad para su fe y sus negocios, sin tener en cuenta que en el pequeño Mayflower no había lugar para tantos antecesores como eran necesarios para formar la población posterior de Norteamérica. Sin embargo, para un **Pueblo Trasplantado** resulta adecuado atribuirse antepasados de ese tipo. En cuanto a la imagen del gaucho literario de los pueblos del Sur, así como la del ancestro indígena del paulista o araucano del chileno, ella no hace más que enaltecer a la víctima del proceso histórico que les dio nacimiento como pueblos.

Esta incongruencia ideológica, aun más nítida en los **Pueblos Trasplantados** rioplatenses, es un índice de que su maduración étnico-nacional todavía está incompleta. Puede comprobarse no sólo en el plano literario sino en muchos otros. En el educativo por ejemplo, puede apreciarse que los textos destinados a la enseñanza primaria y secundaria están impregnados de la no-

ción de una heroica ancestralidad gauchesca, pasándose por alto y no valorándose adecuadamente como factor de orgullo nacional, a los contingentes migratorios finalmente mayoritarios y decisivos en la configuración actual de las dos etnias nacionales rioplatenses.

La asunción de una pose europea se percibe en la valoración que la clase dominante hace de lo que es francés e inglés, en el cultivo de hábitos, modas, y actitudes parisienses y británicas y últimamente norteamericanas, lo que resulta igualmente artificioso en consideración a la composición real de la población. Este hecho más que cualquier otro pone de manifiesto la incapacidad todavía prevalente de aceptar su propia historia para extraer de ella, los elementos motivadores de la integración nacional.

En la constitución de los **Pueblos Trasplantados del Sur**, apreciamos varias oposiciones de alto interés explicativo en virtud del papel de núcleos dinámicos que las mismas cumplieron sucesiva o simultáneamente en todo el proceso histórico.

La primera de ellas contraponía a los mestizos neoamericanos guaraní-parlantes descendientes de padres europeos y madres indígenas, a las poblaciones tribales. En el transcurso del proceso de formación étnico-nacional esta oposición dio lugar tanto a enfrentamientos sangrientos llevados a cabo para barrer a los indios hostiles de las inmediaciones de los establecimientos neoamericanos, como a formas compulsivas de competencia ecológica y económica, que acabaron por diezmar los núcleos indígenas independientes o por confinarlos en los territorios más apartados y desiertos. Hoy en la Argentina, apenas sobreviven en áreas marginales, sobre todo chaqueñas, unos pocos indios profundamente aculturados. Todos los demás fueron exterminados.

La segunda oposición enfrentaba a las tres matrices básicas neoamericanas de las poblaciones rioplatenses, de las mediterráneas entre el Paraguay y el Uruguay, y de la neobrasileña extendida desde San Pablo al Río Grande del Sur. Tales eran, primero, el núcleo de Asunción y sus brotes instalados en el área, inclusive Buenos Aires; segundo, las misiones jesuíticas que se establecieron en el Guairá, bajaron después a la región de los Tapes y permanecieron finalmente en las orillas del Uruguay; y en tercer lugar, los "mamelucos paulistas", principal flagelo de los indios misioneros y principal frontera de expansión sobre las praderas sureñas. Todos ellos guaraní-parlantes (2), todos genéticamente más indígenas que europeos, pero todos configurados también como neoamericanos y que ejercían el papel de elementos de choque y de expansión del dominio europeo (3). Los conflictos entre asunceños y misioneros, y entre ambos y los "paulistas", y de todos con los ocupantes nativos del territorio uruguayo y argentino estallaron muchas veces en asaltos sangrientos, creando en toda la región, por largos períodos, un clima de extrema tensión cuando no de guerra. Las poblaciones forjadas en tal ambiente, desarrollaron actitudes militares, tanto en las capas gauchas más humildes, como en las jefaturas caudillescas.

Otra oposición se desarrolló progresivamente entre nativos y peninsulares, es decir entre los hijos de la tierra, mestizos y americanizados en su esfuerzo de adaptación a las nuevas condiciones de vida, y los españoles que venían, primero, a ocupar los cargos de dirección política, administrativa, y después, a controlar el comercio mediante el monopolio de las exportaciones e importaciones, o a beneficiarse de otros privilegios concedidos por la Corona.

Las luchas para poner fin a estas contradicciones presidieron la campaña independentista cumplida por los **ladinos** y dirigida por su capa dominante de acuerdo a sus intereses. Se agravó entonces otra contradicción que aunque generada mucho antes, habría de estallar después de la independencia y que se presentaría bajo la forma de tres proyectos opuestos referentes a la ordenación de la nueva sociedad nacional. Ellos fueron: el proyecto del patriciado urbano que aspiraba perpetuarse en el control del comercio exterior y la aduana, con que se había enriquecido; el proyecto de la oligarquía territorial de las provincias, federativo y propugnador de una descentralización que favoreciera más a la economía de las provincias; y finalmente, el proyecto nacional-autonomista del Paraguay, de Francia y de López.

En los dos casos, las oposiciones se resolvieron mediante un pacto entre las élites urbanas y las oligarquías agrarias, frente a las amenazas que surgieron después para sus intereses comunes, dando como resultado la consolidación del monopolio de la tierra en manos de los caudillos y la he-

gemonía política bonaerense. En el caso del Paraguay, el proyecto nacional autárquico logró concreción llevando al país a niveles relativamente altos de desarrollo, de los que vendría a caer por efecto de la guerra de la Triple Alianza. En el caso de la Argentina y del Uruguay, el conflicto que parecía reflejar la tradicional oposición rural-urbana de todas las sociedades, excedía no obstante, ese límite. Aquí estos componentes se oponían más frontalmente porque las ciudades en lugar de convertirse en núcleos de comando autónomo de la sociedad o en centros difusores de una civilización auténtica, se habían transformado en unos reflectores del mundo europeo y en agentes de dominación económica sobre el área.

En el centro de esta oposición actuaba otra que enfrentaba al patriciado **ladino** establecido en las orillas del Plata y la oligarquía agraria —empeñados ambos en sentar las bases de una economía de exportación de carne— y los **gauchos** que vivían libres en los campos. Mientras sólo se exportaban los cueros, su modo de vida podía ser tolerado ya que tenían un papel que cumplir en el sistema económico y un lugar en la sociedad naciente, como fuerza de trabajo y de guerra. En la nueva fase el **gaucho** sería marginalizado y compelido a la disciplina del trabajo en las estancias. Las luchas generadas por esta oposición fueron moldeadas, por la contingencia en que se encontraba el gaucho de integrar como soldado la hueste de un caudillo que era a la vez el dueño de la tierra, por su incapacidad histórica de proponerse un proyecto propio de lucha. Esta confluencia de tensiones diversas hizo del gauchaje el repositorio de donde la oligarquía agraria reclutó las tropas necesarias a sus combates para expandir las fronteras y para las luchas federativas, pero eso mismo permitió que el gaucho sobreviviera algunas décadas más en el doble papel de peón y de soldado.

Sólo uno de los caudillos dio expresión ideológica a las dos tensiones, buscando sintetizarlas; a un tiempo federalista —manifestación de las aspiraciones de autonomía de las provincias frente al dominio y la explotación porteña y montevideana— y reformista, propugnando la reforma agraria que daría asiento y medio de vida a las poblaciones de la campaña. Este fue Artigas, por esta razón proclamado héroe nacional de los uruguayos, luego de muerto en el exilio. Queriendo ser a un tiempo el jefe de las provincias sublevadas por los caudillos latifundistas y el reformador social que interpretaba las aspiraciones de los gauchos, Artigas hirió los más hondos intereses de la oligarquía territorial. Inevitablemente, terminó abandonado a su suerte con sus pocos gauchos e indios fieles. Como era previsible terminaron por aliarse en contra suya las fuerzas de los unionistas de los puertos y de los federalistas de la campaña, ya que era quien efectivamente amenazaba el orden vigente, propugnando la distribución de las tierras fronterizas no a los caudillos latifundistas, sino al gauchaje. Vencido Artigas, se estableció progresivamente el ordenamiento ladino-comercial y oligárquico-latifundista que impuso primero la obediencia de los gauchos por todas las formas de apremio, y más tarde, su sustitución como fuerza de trabajo nacional por inmigrantes europeos, al surgir la economía de exportación de cereales.

La oposición siguiente consistiría en este proceso de sucesión ecológica, que al dar al inmigrante todas las oportunidades de trabajo y de ascenso social en el nuevo sistema productivo, pastoril y agrícola, desplazaría a los gauchos y a los ladinos pobres. La principal característica de este proceso es su intencionalidad. La misma lo hace uno de los raros casos históricos en que una clase dominante se vuelve tan profundamente alienada de su propio pueblo y alcanza un poder de determinación tan opresivo, que se propone nada menos que sustituirlo por "gente de mejor calidad" dentro de su proyecto fundamental de construcción de la nacionalidad. En las oligarquías de los **Pueblos Nuevos** se encuentran muchas veces actitudes paralelas y hasta proyectos específicos de sustitución del propio pueblo por contingentes europeos. Ninguna de ellas, con todo, pudo llevar a cabo su proyecto con la congruencia y profundidad con que este objetivo fue alcanzado en el Río de la Plata.

A los ojos del patriciado ladino, rector del proceso, el gaucho —"ese hombre salvaje de chiripá y espuelas"— no podría ser jamás el ladrillo adecuado para erigir una nación. Uncidos al carro del liberalismo europeo, maravillados con la fórmula del gobierno republicano establecido en Norteamérica, atribuyendo su riqueza y sabiduría a las cualidades de la "raza anglosajona" expresaron en el lema "civilizar es poblar", el proyecto de sustituir el gauchaje

sativo por "gente de mejor calidad".

Examinaremos seguidamente en forma sumaria, las etapas fundamentales de la formación de los pueblos rioplatenses. Nos detendremos primero en el desarrollo del núcleo paraguayo del que derivó la protoetnia original, y después, en el proceso de sucesión que la transfiguró dando origen a la formación de la Argentina y Uruguay como **Pueblos Trasplantados.**

I. ASUNCEÑOS Y MISIONEROS

La ocupación europea del Río de la Plata no se hizo a partir de núcleos instalados en su desembocadura como podría esperarse. Se cumplió desde un punto situado en las riberas del río Paraguay, en el interior del continente: la ciudad de Asunción. Nacida como asiento de aventureros españoles que buscaban la sierra de Plata, cuya supuesta existencia ya había dado nombre a la región entera. Desde allí se harían hacia el interior las expediciones de Alvar Nuñez (1542) y de Irala (1548), en procura de las míticas riquezas de que hablaban los indios, y que se vino a comprobar luego que no eran otra cosa que las minas de Potosí ya descubiertas y aprehendidas por España desde la ruta del Pacífico. El campamento original se transformó en un villorio mestizo y un día rehizo el camino de regreso, poblando el Río de la Plata.

Con Asunción surge el paraguayo, **pynambí**, por el cruzamiento de aquellos pocos españoles de las expediciones de conquista con las indias guaraníes de la zona. Tal como los "mamelucos paulistas", se identificaron con la etnia del padre oponiéndose a la de la madre. Pero hablaban la lengua materna y proveían su subsistencia mediante técnicas esencialmente guaraníes. Terminaron por constituir una nueva etnia ya no europea ni indígena sino neoamericana. El núcleo de Asunción se multiplicó y vivió por décadas una existencia mixta de labranza y guerra, siempre prontos sus habitantes a dejar sus sembrados para enfrentar los ataques de indios bravíos, o invasiones de "mamelucos paulistas", y más tarde, las imposiciones inoportunas de las autoridades españolas o argentinas que querían someterlos.

En el oriente paraguayo, una segunda matriz étnica nacional se formaría con un perfil distinto, resultante de la acción de la Compañía de Jesús. Sus misiones paraguayas constituyen la tentativa más exitosa de la Iglesia de cristianizar y asegurar un refugio a las poblaciones indígenas sobre las que pesaba la amenaza de esclavización por parte de los pobladores europeos, y organizarlas con bases nuevas capaces de garantizar su subsistencia y progreso. Expulsados los jesuitas de los territorios españoles (1767) bajo la acusación de que estaban estructurando una "República Cristiana" que más adelante se independizaría, las misiones desaparecieron en contados años, asaltadas por la burocracia colonial, por los asunceños y por los "mamelucos paulistas", y ex profeso desorganizadas para abolir aquellas características consideradas comunizantes. Ya a fines del siglo XVIII los indios misioneros se habían dispersado; habían sido esclavizados, y llevados a regiones lejanas, se habían disuelto en el mundo de los gauchos, o se habían refugiado en los bosques esforzándose por reconstruir la vida tribal, mientras que sus tierras y ganados pasaron a las manos de los nuevos dueños.

La tercera matriz se constituiría con los pocos españoles y sus mestizos que fueron trasladados de Asunción para fundar Buenos Aires como nuevo punto de poblamiento y como puerto de comunicación con España.

1. — La región rioplatense y todo su enorme **hinterland** descrita por los descubridores como "tierra de ningún provecho", nace a la civilización con la introducción del ganado bovino en la segunda mitad del siglo XVI. La primera tropa fue traída de San Pablo en el Brasil, a través de cientos de leguas de territorios vírgenes hasta Asunción donde se reprodujo bajo la vigilancia de sus pobladores. De este ganado paulista criado en el Paraguay salieron los primeros planteles, primero hacia la mesopotamia argentina (1588) y medio siglo más tarde para las misiones jesuíticas del alto Uruguay, expandiéndose por la región entera, multiplicándose en forma astronómica en la vastedad de aquellos campos cubiertos de pastizales y cortados de aguadas. (4)

En las primeras décadas, el ganado de Asunción como el de Buenos Aires, constituía el bien público de mayor valor, y aquel cuya propiedad y usufructo más se discutía. Se carneaba únicamente vacas y bueyes viejos. El cuero era materia prima empleada en mil usos. Las lámparas de sebo daban la mejor luz. El buey de servicio era empleado en la labranza y aseguraba todo el transporte terrestre; era el bien más valioso. La leche servía para hacer queso y era la base de las comidas más apreciadas.

Los primeros rebaños aumentaron suficientemente como para ser divididos en diversas estancias de media legua por una y media que fueron concedidas al principio en los campos próximos a Buenos Aires. De allí y de los otros núcleos, huyeron muchas veces al campo libre donde se multiplicaron como ganado "cimarrón" junto a caballos y perros igualmente salvajes.

A mediados del siglo XVII debían sunar millones de cabezas, la mayor parte arisca, cuyo disfrute pasa a ser libre; primero mediante rodeos destinados a reunir las tropas y conducirlas a las estancias para "aquerenciarlas"; luego por medio de verdaderas cacerías realizadas por el único interés del cuero y del sebo, tal era la profusión. Inmensos rebaños colmaban los campos en todas las comarcas, desde el Chaco paraguayo y la Pampa argentina a las campiñas uruguayas, llamadas entonces "vaquerías del mar".

Para los indios chaqueños, así como para los de las planicies onduladas del Uruguay y de la Pampa, la ganadería salvaje era una caza nueva, prodigiosamente abundante, más grande y mejor que cualquiera de las nativas, que había invadido todo el contorno como una promesa de hartura inagotable. Algunas tribus vieron en las nuevas especies solamente una caza más rica. Otras —imitando al español— domesticaron a su manera los caballos y los vacunos, saltando así de una economía de cazadores y recolectores al pastoreo, sobreponiéndose así a las otras tribus, principalmente a las agricultoras e imponiéndoles su dominio. Este fue, sobre todo, el caso de los **Guaikurú** en la área paraguaya y de los Araucanos en la Pampa argentina.

Con el ganado surgió un hombre nuevo, el gaucho, proveniente de las poblaciones neoamericanas de Asunción y Buenos Aires, reclutado entre los mestizos, los indios guaranizados y misioneros. En la multiplicación del hato salvaje, tenía su condición de especialización ecológica y de expresión como tipo étnico. Al poco tiempo se diferencia del criollo **pynambí** de Asunción y del ladino rioplatense para destacarse como una configuración sociocultural nueva. Probablemente conservara el guaraní como lengua materna, tal como ocurriera con el "mameluco paulista" y la difundiera dando nombres en esta lengua a casi todos los ríos y montes de las regiones por las que el ganado se diseminara. Conserva, por igual, la aversión guaraní a los indígenas de otras castas tribales.

La competencia y la lucha abierta entre los gauchos y los ladinos, y entre ambos y los indios misioneros y tribales, estalla tempranamente, durando hasta la liquidación de las misiones y la extinción de las tribus. Pero, por un tiempo largo, los tres contingentes neoamericanos crecieron mientras luchaban, componiendo núcleos ladinos o gauchos que originalmente también hablaban guaraní, en Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes, y otras provincias. Culturalmente eran comunidades en lo esencial indígenas por la lengua que hablaban, por lo que cultivaban y comían, por las artesanías textiles que fabricaban. Con el tiempo se vuelven más occidentalizados por la masa de elementos europeos que absorbieron, tanto en plano genético por la miscegenación, como en el social por la destinación histórica de fuerza disociativa de las unidades tribales independientes; y en lo cultural, por su españolización lingüística, la cristianización y finalmente, la adopción de todo un amplio aporte de elementos culturales ibéricos.

Prácticamente estos neoguaraníes, sólo tuvieron que retroceder frente a dos grupos: uno compuesto por los indios chaqueños **Guaikurú, Mbayá, Abipon y Mocobí** y por los canoeros **Payaguá**, de la misma filiación lingüística, los cuales haciéndose jinetes y exploradores de rebaños salvajes, fueron capaces de contener su expansión y aun de vencerlos; el otro formado por los indios misioneros dirigidos por los jesuitas y organizados en comunidades autárquicas con regiones distantes.

La aniquilación de ambos, sólo se lograría con la colaboración indeseada pero conveniente, de sus émulos brasileños: los "mamelucos paulistas". En tanto que las primeras misiones jesuíticas crecieron y se enriquecieron, ya en el siglo XVII, los paulistas se dedicaban a asediarlas para capturar y esclavizar a los indios destribalizados y robar su ganado y las joyas de sus iglesias. Estos asaltos de saqueo y captura de esclavos, obligaron a las misiones a trasladarse varias veces, a costa de inmensos sacrificios. Los paulistas se dirigieron al Mato Grosso, Brasil, para explotar las minas de oro de Cuiabá, aliándose allí con los indios **Guaikurú** con los que hacían trueque de sus ganados por baratijas y alcohol y a los que

lanzaron contra Asunción, y al final dominándolos también.

2. — Los jesuitas llegaron a tener 30 misiones en el Paraguay. Sin embargo, solamente algunas de ellas alcanzaron un alto grado de organización abrigando a millares de indígenas. No sólo compusieron los primeros núcleos económicamente poderosos de la región, sino que fueron matrices de una formación socio-cultural nueva —la misionera— que habría dado otra fisonomía a los pueblos rioplatenses si no hubiese sido diezmada y dispersa cuando estaba en pleno florecimiento.

Los indios pacificados y atraídos por los religiosos, se instalaban en aldeas que, gracias a su propio trabajo orientado por los jesuitas, se iban transformando en villas. En torno a una plaza central cuadrada, se edificaba la Iglesia y la residencia de los padres —muchas veces en magníficos edificios de piedra ricamente labrada— la escuela, el almacén general, la casa de huéspedes y la casa de los jóvenes, en edificios más pobres. Cada familia indígena residía en uno de los alojamientos dispuestos en amplias construcciones de palo a pique o de adobe, abiertos a una galería cubierta.

La tierra era dividida en lotes que se alternaban periódicamente para la labor, asignados a las familias que debían sacar de ellos su sustento pero, depositando las cosechas, como medida precautoria, en el almacén común. Las mejores tierras de labranza eran reservadas como **tupambaé** ("cosa de Dios") y trabajadas colectivamente. Su producción mantenía a los padres, funcionarios, artesanos y a los carentes de recursos o incapacitados para el trabajo y además servía para socorrer a la comunidad en caso de necesidad. El ganado, la yerba mate y la fabricación de paños también se consideraba **tupambaé**, proveyendo los artículos que los jesuitas negociaban para adquirir todo lo que la misión necesitaba importar como herramientas, sal y ornamentos religiosos.

Cada misión mantenía escuelas para niños y niñas, donde los mejor dotados aprendían a leer y los más hábiles eran iniciados en un oficio y se hacían carpinteros, tejedores, alfareros, pintores, escultores y hasta orfebres. Algunos chiquillos indígenas aprendían español, y unos pocos, destinados al sacerdocio, estudiaban también latín. Toda la estructura misionera —basada en la organización colectiva de la fuerza de trabajo, en un sistema distributivo que premiaba o sancionaba la devoción y la productividad, pero con ausencia de la propiedad privada de la tierra y de la esclavización personal del trabajador, se aproxima mucho más a la formación teocrática de los Incas, y a otras tantas civilizaciones basadas en la agricultura de regadío, que a las formaciones capitalistas-colonialistas basadas en la empresa privada, en el monopolio de la tierra y en la esclavización de la mano de obra. La coexistencia de las dos formaciones en la misma área era impracticable, motivando codicias y generando conflictos, al fin de los cuales prevalecería la formación históricamente más avanzada, aunque más deshumanizada.

Controlando centralizadamente la economía de todas las misiones, con centenas de miles de indios, los jesuitas terminaron por hacerse grandes comerciantes, dueños de millares de cabezas de ganado, de enormes provisiones de yerba mate y de víveres en general, así como de la gran producción artesanal de telas. A fin de comercializar en mejores condiciones esta producción llegaron a tener navíos propios de alto calado. Tal prosperidad en el océano de la pobreza paraguaya y rioplatense, suscitaría finalmente poderosas codicias que contribuyeron en forma decisiva a la ruina del sistema jesuítico. Por otra parte, el proyecto ignaciano, aunque no fuera movido por el irredentismo y por el carácter comunizante de que lo acusaban, se oponía como vimos, tan frontalmente al plan colonial y a su ordenación oligárquica que difícilmente podrían coexistir **misioneros** y **ladinos.**

Sin embargo, más que una acumulación de riquezas, las misiones eran un sistema productivo. Una vez derrocado, el indígena misionero se hundió en una vida tan miserable como la de aquellos que no habían sido conducidos a los refugios jesuíticos. Quizá se vio sometido a peores condiciones, ya que como productos de una asimilación artificiosamente llevada, los indios reducidos de origen no guaraní apenas se habían guaranizado, y difícilmente podrían competir con los **ladinos,** aun por las posiciones más bajas detentadas por las capas más pobres, pero sin embargo, libres. De este modo pasaron de comuneros primero, a esclavos en los cañaverales del Nordeste brasileño, cuando eran capturados y vendidos por los "mamelucos paulistas"; a siervos bajo el yugo de los que se apoderaban de las tierras y

ganados de las misiones; o en el mejor de los casos fueron a engrosar las filas de los gauchos más pobres.

La matriz asunceña de los **pynambis** y la jesuítica de los **misioneros,** terminaron por fundirse dando nacimiento al neoguaraní moderno, que presenta todas las características de **Pueblo Nuevo** formado por la deculturación de las matrices originales y por su sujección colectiva como área de dominación mercantil europea. La supervivencia del guaraní como lengua materna y de las técnicas indígenas de agricultura de "coivara", del cultivo del maíz, de la mandioca, y de otras plantas, el uso de bienes tales como el mate y la hamaca de dormir, así como el mantenimiento de un cuerpo de creencias y hábitos tribales, les asegura una fisonomía peculiar y arcaica. A esta matriz indígena se sumarían las contribuciones europeas, principalmente la ganadería, algunos cultivos y técnicas nuevas y la reordenación social como fragmento de una economía mundial, que suple muchas de sus necesidades, y que en cambio exige una producción mercantil que absorbe gran parte de su fuerza de trabajo.

3. — El neoguaraní paraguayo forma con el **ladino** y el **gaucho** rioplatense, tres variantes de una única protoetnia. Los distingue la orientación de los neoguaraníes principalmente hacia la agricultura y el artesanado; de los **ladinos** a la vida ciudadana y el comercio, y del **gaucho** al pastoreo especializado. Todos se ligan empero, a un único tronco formativo como resultantes de un solo proceso de ocupación y colonización del área que envolvió sobre todo a españoles y a indígenas guaraníes deculturados como partes recíprocamente complementarias de una misma sociedad en formación. Configuraban, así, una protoetnia capaz de madurar como etnia nacional dominadora de toda la región, si los hechos históricos posteriores no la hubiesen desfigurado y sumergido bajo el alud de otras formaciones.

Las luchas que siguieron por décadas a la independencia, seccionando el Río de la Plata en varias provincias autónomas en permanente conflicto, agrava el aislamiento de los neoguaraníes paraguayos, ya naturalmente segregados por su condición mediterránea. Treinta años después de la independencia argentina, no quedaba todavía definida la posición del Paraguay en el sentido de si era una parcela sobreviviente de un virreinato inexistente, una provincia rebelde o una nación independiente. Finalmente, se afirman como nacionalidad luego de una larga oposición a Rosas, quien para forzarlos a aceptar la jurisdicción argentina, dificultó aun más sus contactos con el exterior por el Río de la Plata.

Esta larga incomunicación y una serie de gobiernos autocráticos y patriarcalistas como el de Francia, seguido de la orientación autárquica de los dos López —padre e hijo—, hicieron del Paraguay una nación autosuficiente, apoyada en la pequeña propiedad agrícola y en un activo artesanado incipientemente mercantil. Sobre esta economía natural, premonetaria en sus principales ramos productivos, mediante el control oficial de la exportación de la yerba mate, de los cueros y de las maderas finas, y el cierre del país al comercio y a las finanzas internacionales, los López consolidaron una política estatal que convirtió al país en una isla de autonomismo económico y de autoafirmación política en América Latina.

Sacando ventajas de su aislamiento el Paraguay construyó el primer ferrocarril y la primera línea telegráfica de América Latina bajo el control del estado, al contrario de las iniciativas similares que se multiplicaban en el continente, todas ellas organizadas por empresas concesionarias británicas. Con idénticas bases se construyeron fundiciones, astilleros, fábricas de instrumentos agrícolas, de armas y municiones, textiles y hasta de papel. Encima de esta infraestructura se organizó un ejército que era probablemente en 1865, el mayor y uno de los mejor armados de América del Sur. En tiempos de paz los soldados se ocupaban en obras civiles, como construcción de vías férreas, canales de riego, puentes, caminos y tendido de líneas telegráficas, además de las industrias estatales y de las obras públicas.

Se afirma además de López que alfabetizó casi la totalidad de los paraguayos, que envió cientos de jóvenes a estudiar o cumplir períodos de aprendizaje en Europa, y que contrató especialistas europeos y norteamericanos en un esfuerzo extraordinario por formar un cuadro de comando técnico y militar para el país. Simultáneamente, enardeció el valor nacional guaraní, transformando su pueblo en un **Herrenvolk** dispuesto a expandirse sobre sus fronteras brasileñas y argentinas a fin de romper su aislamiento y alcanzar mayores dimensiones

territoriales bajo el comando del mariscal Francisco Solano López.

El Paraguay se lanza a la guerra contra el Brasil —invadiendo territorios fronterizos del Mato Grosso— en la esperanza de que representaba la causa de los pueblos del interior y en la expectativa de que éstos se sublevaran junto a él contra Buenos Aires y Montevideo, sus tradicionales opositores, y contra el imperio brasileño que disputaba también el control del Río de la Plata. Lucharon solos, puesto que tanto Argentina como Uruguay se pusieron de parte del Brasil. Habían desaparecido ya como fuerza actuante capaz de una reacción militar, todos los caudillos que habían combatido la hegemonía bonaerense y que hubieran podido levantar al gauchaje en apoyo del neoguaraní.

El pueblo paraguayo fue aplastado después de varios años de lucha. Su combatividad instigada por la fanática determinación de López, puede apreciarse comparando los datos de los censos nacionales de 1853 y 1871. En aquel primer año anterior a la guerra, los paraguayos sumaban 1:337.489; en 1871, restaban apenas 222.079 de los cuales 28.746 eran ancianos o inválidos, 106.254 mujeres y 86.079 niños. Al margen de tantas vidas el Paraguay perdió la mitad de su territorio original. Sólo en 1950 —casi un siglo después— volvería a rehacerse su población de antes de la guerra de la Triple Alianza. En este período, la población de América Latina había crecido prodigiosamente, quedando el Paraguay que detentara antes una posición de vanguardia, en un enorme retraso.

El Paraguay ha sido, sin embargo, en el orden social y económico, un experimento demostrativo de la potencialidad de la protoetnia neoamericana, de lo que podrían realizar los **Pueblos Nuevos** de América Latina, si fueran llevados por una orientación autonomista. El apartamiento respecto a la expansión imperialista europea que siguió al período colonial, no significó pobreza y atraso, sino por el contrario, progreso técnico y económico y desenvolvimiento cultural. La capacidad civilizadora del neoguaraní, del ladino, del gaucho, así como también del **llanero** venezolano, del **cholo** del altiplano andino, del **copero** mexicano, del **montuvio** ecuatoriano, del **huaso** chileno, y del neobrasileño, quedaría demostrada con una elocuencia que no se repetiría hasta nuestros días.

II. GAUCHOS Y LADINOS

La suerte de la fracción gaucha de la etnia original rioplatense y paraguaya, sería menos espectacular, pero los llevaría por igual a la extinción.

Los primeros núcleos gauchos rioplatenses tuvieron el mismo origen que el neoguaraní en cuanto descendientes de colonizadores venidos de Asunción. Crecieron junto con el ganado en aquellos primeros villorios famélicos sirviendo a los pocos peninsulares y a los **criollos** enriquecidos, orgullosos de la nobleza de su estirpe y de su blancura, aunque no en tal grado que impidiese que sus machos se hiciesen también procreadores con cuantas indias y mestizas pudiesen. En realidad, aquella gente ibérica no podía ser fanáticamente blanca y opuesta al mestizaje después de mezclarse durante siglos con moros y africanos en la frontera avanzada de Africa sobre Europa que es su península.

El desvelo expreso en muchos documentos del siglo XVI, por obtener de España el "remedio" del casamiento con algún español, de las hijas de familia que envejecían solteras a falta de "hombres buenos", indica que sus hermanos se conformaban con las de la misma tierra, de preferencia con las indias del tronco guaraní que los primeros colonizadores encontraron en las islas y costas de los ríos Paraguay, Uruguay y de la Plata. A estos contingentes originales se agregaron los indios misioneros, aficionados a la vida pastoril, aun antes de la diáspora provocada por la destrucción de sus refugios jesuíticos. Y más tarde, los productos del mestizaje con los indios de la margen oriental —**charrúas, minuanes** y otros— que, de recolectores y cazadores seminómades se hicieron jinetes y dueños de los campos y del ganado que en él se multipilicaba, al mismo tiempo que se guaranizaban. Su dominio en ciertos parajes era tan incontestable que a fines del siglo XVII estos indios de las "vaquerías del mar" lograron establecer, un **modus vivendi** con los corambreros neoamericanos, cobrando derechos de "cuereada" y admitiendo en sus toldos algunos fugitivos que se casaron entre ellos y procrearon descendencia ya gaucha.

Indios de grupos tribales e indios guaranizados en las misiones y sus mestizos agauchados, por la convivencia en medio de los conflictos, se interinfluencian y miscegenan profundamente. Así, el gaucho aprendió el uso de la boleadora (cuerda de cuero de dos o tres puntas rematadas en bolas de piedra envueltas en cuero) con la que el indio trababa la carrera del ñandú y que pasa a ser uno de los principales instrumentos de caza de las reses chúcaras.

Originario de todas estas matrices, el gaucho es la contraparte humana del pastoreo salvaje de las pampas y campos rioplatenses. Vive recorriendo los campos en cabalgatas, abatiendo el "ganado de nadie" donde le conviniese; carneando para "churrasquear" lo que le apeteciera y vendiendo los cueros a los pulperos de campaña o a los contrabandistas. A veces se coloca como peón temporario para las vaqueadas libres destinadas a juntar grandes cantidades de cueros, o acampa en los latifundios de los estancieros ricos por el gusto de participar en rodeos como si fuera una actividad deportiva. Siempre puede salir campo afuera cuando lo desee, manteniéndose libre o sometiéndose voluntariamente, como soldado, por un vínculo personal de lealtad, pero siempre más en calidad de acólito que de servidor. Contrasta por esta independencia con el campesino **ladino** que se deja atar al villorio y a la labranza o que se coloca al servicio de las estancias como peón subalterno.

La lucha abierta con el indio caballista sólo se desataría al ralear los rebaños, con la entrada de los brasileños en la disputa de las vacas y los cueros, con la fijación de una frontera y con los esfuerzos de limitación del disfrute de acuerdo a los intereses de la oligarquía rural y del patriciado.

En la primera etapa del conflicto, se volcarían todos, **ladinos y gauchos**, contra los indios. Frecuentemente, tanto en Argentina como en Uruguay, partidas armadas recorrieron los campos desbaratando a los indígenas, asaltando sus tolderías, diezmándolos. Era preciso limpiar los campos de sus antiguos ocupantes humanos para que en ellos creciese mejor y más controladamente el ganado. El indio reacciona y lleva sus ataques a cuantos núcleos poblados puede, dificultando el acceso a los territorios más apartados y la vigilancia de la frontera. Algunos se asocian a los brasileños que bajaban de Río Grande del Sur a la Colonia del Sacramento —con lo que Portugal disputaba a España el dominio sobre el área— o que atravesaban la frontera para negociar cueros y reses por herramientas y armas.

A medida que la lucha se ensaña, se especializan unos y otros. Los **ladinos** organizan tropas regulares, instalan fortines en los puntos más avanzados a fin de asegurar la ocupación de los campos. Los grupos de indios, vueltos por efecto de la persecución sistemática, bandas dispersas, arrojados más allá del confín ganadero, parten de allí en **malones** para atacar de sorpresa las estancias apartadas, los caseríos del desierto o las caravanas de carretas que cruzaban los campos. Es una lucha sin tregua en la que uno a uno van siendo arrasados los toldos, sin que se hiciese ningún esfuerzo de pacificación.

El ordenamiento legal de la ocupación humana regida por Buenos Aires y Montevideo, se verifica por medio de concesiones de tierras de 100, 200 y hasta 500 leguas cuadradas, a los patricios ricos que se propusieran ocuparlas. En realidad, solamente muchos años después serán logrados parcial y sobre todo socialmente los propósitos de ocupación efectiva y de fomento económico procurados con tan generosas donaciones. Las mismas funcionaron más que nada, como un monopolio de tierras que conduciría fatalmente, al monopolio del ganado y a la conscripción de los hombres, poniéndolo todo al servicio de aquellos que controlaban las fuentes oficiales del poder y el comercio de la colonia. La contraparte de esta ocupación latifundista era el hambre de tierras de una población que se multiplicaba por los campos, y que era obligada a concentrarse en núcleos confinados en los retazos desocupados, como islas humanas en el mar del latifundio.

La ordenación oligárquica, sólo se cumpliría, sin embargo, a largo plazo.

Por mucho tiempo, la única riqueza seguiría siendo el ganado chúcaro, que crecía libre en la campaña donde debía ser cazado. Libre era su disfrute para quien fuera a buscarlo en los desiertos en que se hallaba. Y quien podía hacer esto era el gaucho.

Los cueros eran negociados en las **pulperías** a cambio de los pocos artículos mercantiles que interesaban al gaucho —yerba mate, sal, fósforos, caña, tabaco, cuchillos, arreos metálicos y pocas cosas más— o en los ranchos de los estancieros-comerciantes, yendo al final, a los puertos de exportación. Una pequeña parte pasaba por el mecanismo aduanero del monopolio colonial, lo demás era contrabandeado a través de los

puestos instalados a lo largo de los caminos que bordeaban las costas.

Con la apropiación de las tierras la población de la campaña se fue paulatinamente juntando en las inmediaciones de las **pulperías** que estaban diseminadas por toda la pampa como pequeños núcleos aglutinantes. Algunas crecieron y ganaron fama por su comercio ilícito, y también por la atracción que ofrecía la música y el baile, las carreras de caballos, los juegos de cartas y la presencia de las **chinas.** Al comercio y a los ranchos se agregó luego la capilla. Y así fueron surgiendo paulatinamente, los micronúcleos urbanos en competencia con el latifundio, siempre quejoso de que espantaban el ganado aquerenciado y privaban de aguadas.

Las reglamentaciones coloniales españolas que disciplinaban estrictamente la fundación de villas y ciudades —estableciendo la localización y disposición del caserío en torno a la **plaza,** y el loteo agrícola para asegurarle el suministro de los productos de subsistencia— ninguna aplicación tenían en el caso de estos núcleos espontáneamente nacidos, y enclavados en tierras pertenecientes al latifundio que todo lo abarcaba en sus dominios.

Mas tarde surgieron núcleos fundados por orden expresa de la Corona, con propósitos más militares que económicos o con el de amparar a los colonos llegados de España, pero sobre todo, intentando reunir la gente dispersa por los campos, para coartar las tropelías del gaucho e imponer la autoridad y el dominio de los estancieros.

Aquella "mina" de cuero, de sebo y carne que parecía inagotable, desenfrenadamente explotada por el hombre y mermada por los perros salvajes que se multiplicaban a su vez por la campaña, acaba por menguar. A mediados del siglo XVIII la disminución del ganado **cimarrón** de las antiguas "vaquerías del mar", preocupa seriamente a las autoridades. Comienzan las providencias para conducir las haciendas restantes a las estancias y para eliminar los canes salvajes y hambrientos que atacaban las reses viejas y los terneros e impedían la crianza de ovinos.

El gaucho tuvo en estos últimos rodeos y en la erradicación de los canes salvajes, la última tarea económica que aún lo vinculaba al sistema productivo y lo integraba a la sociedad global dándole un lugar y un papel en ella. Juntando el ganado **cimarrón** que se volvía propiedad de los que se habían apropiado de las antiguas tierras fiscales, separadas las vacas destinadas a la reproducción, podía carnear las otras. Pero esto, por poco tiempo.

En 1785, además del cuero, sebo y grasa, se inicia la explotación de la carne para la elaboración del **tasajo** que se exportaba a las Antillas, como alimento para los esclavos. Se establecen después con ese fin los saladeros que contienden por los rebaños e imponen disciplina al gaucho que ya no podría carnear una res cuando quisiera para sacarle el cuero y comer un asado abandonando el resto. La carne se convertía en la parte más apreciada del ganado.

Imposible sería imponer pacíficamente al gaucho, afecto a una dieta de carne y mate, la abstinencia de su principal alimento. Su reacción defensiva consistente en seguir carneando para comer —pero ahora deshaciéndose del cuero que lo delataría— transforma al gaucho en "ladrón y jugador, grosero y bárbaro", por hacer lo que siempre había hecho. Para terminar con esta "plaga de los campos", las autoridades de la ciudad mancomunadas con los dueños de las tierras, decretan un régimen de vigilancia que obliga a todo individuo de la campaña que no sea propietario, a colocarse al servicio de un patrón. En adelante, el que fuera encontrado en los campos sin la correspondiente "papeleta" quedaba sujeto a los rigores de la ley. De este modo todos los gauchos son declarados holgazanes y sometidos a prisión por transitar sin documentos u orden expresa de un juez. Para poner en ejecución las nuevas ordenanzas, se monta un servicio policial en la campaña, encargado de aprehender los **gauchos vagabundos** a los que se condenaba a cumplir servicios militares en la frontera con lo que se les compelía a colocarse como peones en las estancias.

Es así como se marginaliza al gaucho, a consecuencia de la reducción del ganado chúcaro, de la apropiación de la tierra entera por los hacendados y de las nuevas formas de coacción. Sólo le restaba ya una de sus funciones sociales: la de combatiente, que la ejercerá en las **montoneras** (tropas de gauchos en armas al mando de un caudillo) —que por años convulsionarían la campaña, expresando de este modo la oposición de las poblaciones del interior a la dominación y a la explotación porteña y montevideana.

Estas luchas siguen a la independencia (1810) y llevan al antiguo Virreinato del Río de la Plata al fraccionamiento en varias provincias separadas por efecto de la oposición de intereses entre el patriciado de comerciantes y funcionarios de las ciudades-puertos, y las poblaciones de tierra adentro. Estas procuraban esencialmente, romper el monopolio de importación dictado por Buenos Aires, asegurando la libre navegación de los Ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, y la nacionalización de las aduanas, cuyas rentas sólo beneficiaban a los porteños. Se buscó asimismo establecer más tarde un sistema proteccionista para las industrias artesanales del interior arruinadas por el libre cambismo impuesto por los comerciantes; además de crear medidas de amparo a los **ladinos** y **gauchos** del campo, llevados a extremos de penuria.

La mejor expresión del proyecto del patriciado se encuentra en las corrientes políticas que llegaron al poder con Mitre, Sarmiento y Avellaneda, con los que se planeó una nueva política económica cumplida después de 1880 mediante tres procedimientos complementarios — Primero, aprovechando las disponibilidades de tierras fiscales poniéndolas a la venta o dándolas en concesión bajo la forma de grandes propiedades, lo que permitió ampliar enormemente las bases del sistema de haciendas. Segundo, por el esfuerzo de modernización refleja, aparejado por el libre comercio y la inyección de capitales extranjeros, especialmente ingleses, que posibilitó la construcción de ferrocarriles, líneas telegráficas, instalaciones portuarias, etc., que preparan la instauración de una economía especializada en la exportación de carne y de cereales. Tercero, por la importación masiva de mano de obra extranjera. Esta política económica, racional y persistentemente conducida, transformaría en poco tiempo la sociedad rioplatense y le aseguraría un intenso desarrollo. Empero, al depender de los capitales y mercados extranjeros, el comando del destino nacional se habría de situar en el exterior.

Este proyecto, a pesar de ser antinacional y antipopular, por su carácter de designio extranjero en tierras americanas, opuesto a los intereses de la etnia que se había formado por un proceso secular, tuvo una grandeza únicamente comparable a la hazaña de la conquista. Sus conductores se propusieron la tarea gigantesca de recomponer el rostro y el cuerpo de la nación, inspirados por ideales europeos y por la mayor animosidad antigaucha, con el concierto del imperialismo inglés y fundamentados en un pacto del patriciado urbano con la oligarquía territorial. A través del libre cambio y de la concesión de privilegios, sustituyeron la dominación colonial española por formas nuevas más sutiles y más eficaces de control y explotación, que hicieron de las naciones del Plata apéndices de la economía europea.

Aún hoy subsisten en las divisiones y diferencias entre partidos federalistas y unionistas, así como en múltiples expresiones ideológicas, visibles efectos de esta polarización entre políticos ciudadanos y caudillos, entre gauchos y ladinos, entre ricos y pobres. En las últimas décadas, sin embargo, el patriciado porteño y montevideano, viviendo ya otra oposición que enfrenta las antiguas cepas nativas a las masas de inmigrantes, pero compuesto ahora, más por **gringos** que por **criollos,** procura expresar su nacionalismo en nombre de una identificación con el gaucho, vale decir con aquél que fue precisamente la víctima de su expansión y dominio.

Lo cierto es que los descendientes de inmigrantes que constituyen hoy casi la totalidad de la población —ya que el gaucho únicamente sobrevivió en las zonas más alejadas o en los estratos sociales más pobres— no consiguieron aún estampar su impronta en la ideología nacional. Los que ascienden procuran confundirse con la oligarquía patricia, impregnándose de su visión del mundo y de su ideología. Su intelectualidad no ha plasmado todavía una imagen de la nación como fruto de los abuelos **gringos,** y con dificultad ha ido perdiendo su sentimiento de inferioridad frente al patriciado de vieja extracción.

El cuadro real es infinitamente rico en matices reveladores de varias tendencias discrepantes dentro de esta caracterización sumaria. Así, por ejemplo, Sarmiento que compuso en "Recuerdos de Provincia" un canto nostálgico al viejo mundo gaucho, fue en su obra política el más extranjerizante de los estadistas argentinos. En una carta a Mitre confesaba:

> "Tengo odio a la barbarie popular. La chusma y el pueblo gaucho nos es hostil. Mientras haya un chiripá no habrá ciudadanos".

Luego se pregunta:

"¿Son acaso las masas las únicas fuentes de poder y legitimidad?"

Y responde solícito a su jefe político:

"Ud. tendrá la gloria de restablecer en toda la República el predominio de la clase culta, anulando el levantamiento de las masas".

Después al asumir la Presidencia, tomaría esta tarea a su cargo.

Con todo, y aun bajo el impacto de esta carga emocional antipopular, Sarmiento no podía dejar de ver los efectos de la ideología que propugnaba, al decir:

"Seamos francos, —no obstante que esta invasión universal de Europa sobre nosotros es perjudicial y ruinosa para el país, es útil para la civilización y el comercio".

La alienación de Sarmiento, intoxicado por la literatura racista de su tiempo, se manifiesta aún de modo más candente en una carta en la que escribe comentando el establecimiento de una colonia de emigrados de California en el Chaco:

"Puede ser el origen de un territorio, y un día, de un estado yanqui —con su idioma y todo— con este concurso genético mejorará nuestra raza decaída" (5).

Juan Bautista Alberdi, que fue uno de los ideólogos del liberalismo y de la europeización, se vuelve más tarde, el mayor portavoz de la etnia gauchesca, al apercibirse de que la condenaban al exterminio en nombre del progreso. La guerra contra el Paraguay, que despierta su percepción del proceso de sucesión étnica que se estaba llevando a cabo, aglutinaría, sin embargo la totalidad de las fuerzas en una movilización compulsiva que haría impracticable desde entonces, cualquier retroceso en la política de desfiguración de la protonacionalidad.

La autoimagen que se van definiendo en estas áreas, en su variante argentina y uruguaya, seguramente continuará valorando el contenido integrador del gaucho; aunque no tanto como ancestro común, sino como el antiguo señor de la tierra, nostálgicamente evocado como víctima de la "civilización". A medida que se reduzca la dominación patricia y oligárquica, tenderá a aflorar una nueva ideología de valoración de la hazaña inmigratoria y de la contribución gringa que fue la que dio al fin, a las dos naciones, la fisonomía que hoy tienen, no pudiendo ser ignorada o disfrazada por más tiempo.

La mejor expresión de la causa de los caudillos fue Artigas, el gran líder de los pueblos del interior. Un viajero inglés que recorría la campaña uruguaya lo describe de este modo.

"¿Qué crees que ví? Pues al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo, sentado en un cráneo de novillo, junto al fogón encendido en el piso del rancho, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa"... "Tenía alrededor de 1.500 secuaces andrajosos en su campamento que actuaban en la doble capacidad de infantes y jinetes" (6).

Así también debían verlo todos los patricios inbuidos de la ideología liberal, boquiabiertos ante todo lo que fuese europeo, especialmente inglés, y saturados del complejo de inferioridad étnica y nacional. Empero, Artigas no sólo fue el más bravo de los jefes militares que defendían la causa de las provincias, sino el ideólogo que vio con mayor claridad las posibilidades de una nación rioplatense al proponerse instituir la Patria Grande, y solucionar los problemas que arrostraba el pueblo humilde de la campaña, propugnando la reforma agraria.

Sus ejércitos de chiripá y lanzas se enfrentaban a las tropas oficiales uniformadas a la europea, así como el pueblo real se contraponía al pueblo rehecho y europeizado con el que soñaban Mitre y Sarmiento. Por sobre estos ejércitos de harapientos y no tanto por el resultado de las armas como por los acuerdos tomados en la "cumbre" entre brasileños, uruguayos y argentinos presididos por los ingleses, la civilización mercantil sería implantada en forma soberana en el Río de la Plata. Se sustituía de este modo la hegemonía española por la dominación inglesa, con pequeñas alteraciones en los cuadros intermediarios del poder de Buenos Aires y Montevideo.

El proceso se completa en 1880 con la plena institucionalización del régimen constitucional en los dos países, el sometimiento de todas las provincias interiores, y la implantación del monopolio de la tierra. Las tesis de Artigas habían caído, y con ellas las posibilidades ulteriores de desen-

volvimiento capitalista pleno y de industrialización del área; sólo la creación de una amplia clase media rural lo hubiera hecho posible, y ésto se hubiera logrado con su proyecto de reforma.

III EL ALUD INMIGRATORIO

El segundo ciclo de la historia rioplatense, llamado aluvial (J. Luis Romero, 1956) se inicia con un movimiento espontáneo de inmigración prontamente intensificado por los dirigentes nativos decididos a transfigurar el país étnica y económicamente a través de la captación de sangre europea y de la modernización tecnológica. Se esperaba así adecuarlo a las pautas de la democracia liberal y del progreso económico que a los ojos del liderazgo ladino jamás se ajustarían a la economía natural de subsistencia y de producción artesanal, combinadas con el pastoreo, ni tampoco al "carácter" inferior de las poblaciones mestizas nacionales. Se trataba pues de repoblar con europeos, así como de educar y vitalizar la economía vinculándola a la europea, como productora de alimentos a cambio de manufacturas.

Para conseguir el primer objetivo, fue promulgada una legislación que daba ventajas evidentes al inmigrante frente al nativo, y el gran esfuerzo gubernamental se centró en orientar hacia el Río de la Plata una parte de las olas inmigratorias y de los capitales que abandonaban Europa. Los primeros arrojados, por los efectos de la industrialización y de la renovación tecnológica de la agricultura; los últimos, en busca de aplicaciones más rendidoras a través de concesiones y empréstitos. Estos brazos y estos recursos permitirían que en pocos años los desiertos fueran cruzados por vías férreas, se equiparan los puertos y se instalaran frigoríficos, centrales eléctricas, fábricas, se alambraran las estancias, y asimismo, que se promoviera la triticultura, mecanizando el agro.

Al final del siglo, Argentina y Uruguay bullían con un millón y medio de inmigrantes, principalmente italianos y españoles, pero también alemanes, polacos y de otras nacionalidades y ambos países pesaban ya en el mercado mundial como grandes exportadores de carne y de trigo. Los inmigrantes continuaban desembarcando en forma multitudinaria. Esta ola inmigratoria cae sobre los estratos demográficos originales, como una avalancha; los cubre y pasa a imprimir sus propias características a la fisonomía de la nación.

Cuando Argentina alcanza la independencia en 1810, cuenta con cerca de 350 mil habitantes, gauchos y ladinos, habiendo incorporado ya entonces, entre éstos últimos, un grupo de europeos que contribuyeron a su más intensa europeización. Estos 350 mil neo-americanos, originados en todo el proceso secular de formación étnica, crecerían llegando casi al millón en 1850, tanto por el incremento vegetativo como —y principalmente— por la incorporación de inmigrantes europeos. De entonces en adelante el proceso de sucesión ecológica y de transfiguración étnica se intensificaría cada vez más. Sobre aquel millón original se lanzarían, en el siglo siguiente (1857/1950) 1,8 millones de italianos, 1,3 millones de españoles y cerca de medio millón de individuos de otros orígenes. Con esta incorporación masiva de inmigrantes la población argentina pasó a 4,8 millones en 1900 y a 17 millones en 1950.

En el Uruguay, el proceso de sucesión ecológica fue también avasallante. Su población de 74 mil habitantes en las vísperas de su independencia (1830), crecería a 221 mil en 1860, 35% de los cuales ya eran extranjeros, o sea, que su cuantía superaba la población original de 30 años antes. La población uruguaya salta, desde entonces, a 420 mil habitantes en 1872 y a cerca de un millón en 1908. En este último año, el contingente extranjero era de 181 mil en el conjunto del país (17,4%) y comprendía la mitad de la población de Montevideo que alcanzó a 309 mil habitantes. Era ya una urbanización prematura, provocada por el monopolio de la tierra que, tanto en el Uruguay como en Argentina, pasarían a representar de allí en adelante, el segundo factor dinámico —después del alud inmigratorio— para la conformación de las respectivas sociedades nacionales.

A fines del siglo pasado, ambos países se habían transmutado de **Pueblos Nuevos** en **Pueblos Trasplantados** como resultado de un acto de voluntad, de una política deliberada de sus élites ladinas, coincidente con un capítulo de la historia europea, en el que su principal producto de exportación era, junto con los capitales colonizadores, el europeo mismo. El proyecto presenta al principio, la apariencia de un gran éxito económico por el hecho de que el sistema se veía acrecentado por toda una in-

mensidad de tierras nuevas puestas a producir por los inmigrantes, así como por los efectos modernizadores de las inversiones complementarias que adecuaban la economía a la exportación, como ser: frigoríficos, ferrocarriles, puertos, bancos, etc.

Con los latinos —ya que no se pudo importar anglosajones— llegan los capitales ingleses, verdaderos empresarios del designio mercantil que se instaura en la campaña rioplatense y que la vuelve exportadora de productos alimenticios. Al iniciarse la primera guerra mundial, Inglaterra tenía casi tanto capital invertido en la Argentina (320 millones de libras esterlinas) como en la India y Ceilán (379 millones) al que se sumaban 36 millones más en el Uruguay. Y a estas cuantiosas inversiones hay que agregar las aplicaciones de capital norteamericano, francés y alemán.

Este enorme empleo de capitales europeos mide la importancia de la empresa de exportación de carnes y trigo establecida en el Río de la Plata. Su viabilidad se asentaba en la disponibilidad de mano de obra y de capitales europeos dentro del plan consistente en trocar alimentos por sus manufacturas industriales. Esta misma viabilidad, sin embargo, tornaría realizables intentos competitivos radicados en el Canadá, Australia y Nueva Zelandia, cuya producción creciente acabaría por fijar nuevos precios básicos para tales artículos, que además debían trocarse por manufacturas cada vez más gravosas. Las economías independientes argentina y uruguaya en consecuencia, se sumieron en crisis sucesivas, frente a competidores integrados en sistemas comerciales privilegiados y mejor preparados para la producción de los mismos artículos en virtud del carácter no oligárquico de su estructura agraria. Al establecerse más tardíamente en tierras vírgenes como sociedades estructuradas principalmente sobre la base de núcleos rurales de granjeros, los colonizadores de la región austral, así como los canadienses, encontraron mayores facilidades para absorber y generalizar la tecnología agrícola moderna, haciéndose capaces, primero de competir también con los precios de producción de alimentos en los países europeos importadores y más tarde, con los competidores rioplatenses.

Argentina y Uruguay, que habían aventajado enormemente a otras áreas exportadoras, y que habían conocido un largo período de prosperidad que permitió construir la infraestructura productiva y subsidiar la urbanización precoz de sus poblaciones rurales, entrarían así a perder el ritmo, y finalmente caerían en un atraso creciente en relación a aquellos competidores.

El impacto de las dos guerras mundiales, y más que nada de la segunda, sobre el imperialismo inglés produjo un vacío económico que los Estados Unidos de Norteamérica vendrían a llenar. En las repúblicas del Plata este reemplazo es menos evidente en virtud de sus vínculos con el mercado europeo y del carácter competitivo de su exportación frente a la norteamericana. Volvióse clara, sin embargo, a medida que declinaba la hegemonía internacional británica y ascendía la norteamericana, como nuevo centro de expansión y de dominio del sistema capitalista mundial.

Aislados durante las dos guerras y la crisis mundial, tanto la Argentina como el Uruguay, tuvieron entonces las primeras oportunidades de apelar a sus propia fuerzas, iniciando la industrialización. Esta vendría a reformar las tendencias a la urbanización por la movilidad de las poblaciones del campo dominado por el latifundio, hacia las ciudades, que se intensifica a partir de 1914. Surge así un creciente proletariado fabril y una clase media cada vez más vasta de comerciantes, pequeños empresarios, profesionales liberales, técnicos, burócratas, militares, docentes y empleados de servicios diversos. Tanto el estrato obrero como la clase media, son reclutados casi exclusivamente entre los inmigrantes que absorben todas las oportunidades de ascenso social.

Los norteamericanos son los banqueros de esta modernización refleja, actúan como suministradores de equipos industriales y como inversores, mediante la construcción de fábricas por parte de las grandes corporaciones, cuyos intereses en el área rioplatense superan rápidamente a todos los demás. Finalizada la guerra, prosigue la industrialización, aunque con ritmo menos intenso. Ahora es conducida por las corporaciones norteamericanas, las que aprovechando la libertad que se les ofrecía para mover sus capitales, saltan las barreras aduaneras estableciendo empresas propias o asociadas a capitales nacionales, a fin de explotar el mercado interno en expansión. Esta industrialización recolonizadora, dirigida desde afuera, dominada por el control accionario, por los contratos de asistencia técnica y por los derechos de patentes, pasa a absorber bajo la forma de remesas de lucros y **royalties** una porción creciente de la renta nacional.

La oligarquía sobrevive a la avalancha, anclada a sus bienes raíces, sobre todo, a la propiedad monopolística de la tierra y a los privilegios que se atribuyera, primero frente a los ladinos y gauchos, y luego frente a los **gringos** para asegurarse el dominio de la maquinaria estatal; armada de estos poderes complementarios, vuelve la tierra inaccesible también a los inmigrantes, imposibilitando la formación de una clase media rural que habría servido de sustentáculo a un amplio desarrollo posterior como mercado interno de la industria. (7).

Esta ordenación oligárquica llevaría a la metropolización precoz y refleja de las dos naciones platenses, con todas las distorsiones resultantes, sobre todo, la creación de vastas categorías parasitarias cuyas aspiraciones de consumo obligarían a crear mecanismos de redistribución de la renta nacional, siempre desfavorables a los gastos en inversión.

En este proceso el patriciado urbano gana, sin embargo, una nueva fisonomía, por la mezcla con los **gringos** económicamente más exitosa, cosa que condujo a la pérdida de las pautas aristocráticas, menos compatibles con los nuevos modos de vida y con las nuevas obligaciones de banqueros, políticos populistas e industriales. Gran parte asume una función puramente gestora de los intereses extranjeros, lo que contribuye a acendrar su pose extranjerizante y alienada, así como también los vuelve incapaces de ejercer el papel de burguesía nacionalista e industrialista. Por el contrario, al asociarse a los intereses exógenos afincados para engullir las rentas que contribuyen a crear, el patriciado rioplatense tiende a hacerse cosmopolita, manteniéndose, también él, como un componente extranacional y antipopular del sistema económico.

El **ladino** rural y los remanentes gauchos, tornados minoría casi insignificante, incapaces ya de influir en el destino nacional se ven marginalizados. Pueden ser identificados por fenotipo más indígena dentro de las capas más pobres de la población y en las zonas más atrasadas. Son los vaqueros de las nuevas estancias cercadas con alambrados, los leñadores, los yerbateros, los mineros del noroeste argentino. En las ciudades son los "cabecitas negras" que comienzan a ascender a la condición de obreros de la industria; son también los mendigos y las empleadas domésticas.

A medida que el inmigrante se instala en las ciudades insertándose en la nueva estructura integrada por una clase media y un proletariado, comienza a luchar grupalmente por la representación política; aquel que logra hacer fortuna pugna además por la participación en los círculos cerrados del patriciado y de la oligarquía. La historia de estas nuevas oposiciones seguirá rumbos distintos en la Argentina y en el Uruguay. En ambos casos, sin embargo, habría de constituir el factor dinámico del proceso histórico, que frente a la oposición irreductible entre sus intereses de asalariados y los de la oligarquía y el patriciado urbano, pondría en jaque todo el sistema socio-económico. Las contiendas tendientes a anular o a atraer a estos contingentes urbanos que componían el núcleo popular de las dos naciones, en medio de las crisis del sistema económico, presidirían, desde entonces, el proceso histórico de ambas.

NOTAS:

(1) Es muy precaria la documentación publicada hasta ahora sobre este tema, que parece constituir un punto ciego en la bibliografía argentina y uruguaya —esta última tendiente a admitir los **Charrúa** y otros pueblos no guaraníticos como matriz de los gauchos— y ambas poco interesadas en la materia.

(2) El idioma tupí del Brasil y la "lingua geral" resultante de él se distinguen del guaraní antiguo del Paraguay y del guaraní moderno en la misma proporción que el español del portugués.

(3) La designación **mameluco** dada a los paulistas (primeros pobladores mestizos de india y europeo de San Pablo) se aplica, por esto a todos ellos, mientras signifique agente despótico de dominio de sus propios pueblos, al servicio de aquellos que lo esclavizaban. Este es el sentido original dado a la palabra "mameluk" por árabes y otomanos.

(4) Otro plantel venido de Bolivia, descendiendo la margen derecha del río Paraguay, invadió el Chaco, donde también se multiplicó con igual fecundidad.

(5) Las citas de escritos de Sarmiento fueron tomadas de J. J. Hernández Arregui 1963:89/91.

(6) J. P. y G. P. Robertson, **apud.** J. Abelardo Ramos 1965:39.

(7) Condiciones excepcionales favorecieron la constitución de áreas granjeras de inmigrantes en algunas provincias argentinas y en las proximidades de Montevideo. Sin embargo, tales islas afectan muy poco el carácter latifundista de la estructura agraria de las dos naciones.

RICARDO RODRIGUEZ MOLAS

REALIDAD SOCIAL DEL GAUCHO RIOPLATENSE (1810-1852)

"...se cometen abusos que tienden a fomentar la antipatía del paisanaje hacia los porteños, o habitantes del puerto..."

E. M. Brackenridge

I. LEGISLACIÓN SOBRE LEVAS Y VAGANCIA CON RELACIÓN AL PEÓN DE CAMPO, POSTERIOR AL AÑO 1810

Las nobles palabras del **Himno**, "Libertad, libertad, libertad" y su eufórico mensaje: "Oíd el ruido de rotas cadenas", tienen plena vigencia en un estrecho círculo de personas, algo más amplio que el anteriormente compuesto por el español realista, pero siempre limitado a intereses personales y al establecimiento de un nuevo ente político. Mientras tanto, la realidad de la campaña era similar a la de diez, veinte o cincuenta años antes.

Los frecuentes reclutamientos, con destino a las fuerzas militares que resguardan la frontera o a los ejércitos patriotas que combaten contra los españoles, constituyen serios problemas de carácter social para el gaucho del período que transcurre con posterioridad a 1810: el 29 de mayo de aquel año —a cuatro días de la revolución— se reglamenta la estructura interna de las milicias y se acuerda elevar su número para poder hacer frente con mayor éxito a las necesidades de la guerra contra el absolutismo y la reacción. Con este fin, según sostiene una proclama de la Junta, queda establecida en Buenos Aires "una rigurosa leva, en la que serán comprendidos todos los vagos sin ocupación conocida, desde la edad de 18 hasta la de 40 años" (1).

De acuerdo con las informaciones impartidas, se pusieron en marcha inmediatamente pequeños grupos de soldados. Recorrían la campaña y reclutaban violentamente a los peones que veían en su gira. Procedieron con tanta rigurosidad que, debido a las quejas recibidas y a la conmoción social, tuvieron que enviarse nuevamente instrucciones a los jueces de la campaña sobre la forma en que debían hacerse las levas.

Fue tanto el celo en el cumplimiento del "deber" que, de acuerdo a lo expuesto por la Junta, "algunas tropas de carretas están enteramente paradas por haberles quitado todos los peones que eran necesarios para su tráfico". Lo sucedido constituye un inconveniente para el establecimiento de los ejércitos y crea una gran oposición dentro del sector que apoya económicamente el

(*) Este trabajo forma parte de un más amplio estudio del gaucho rioplatense, del cual el historiador argentino Rodríguez Molas adelantó fragmentos en la revista de la Universidad Nacional del Litoral (enero-marzo 1963).

nuevo orden político instituido. Por esta razón se establece el 19 de julio de ese mismo año, en una comunicación enviada a los jueces de la campaña:

> "Para cortar las extorsiones que pudieran causarse por las partidas destinadas a reclutar gente en la campaña, ha resuelto la Junta que solo se aprehendan los verdaderamente vagos y que para que no haya exceso alguno en esta parte, se califique la circunstancia de vago por informe de las justicias respectivas, sin cuyo requisito no podrán ser traídos a los cuerpos, ni serán admitidos en ellos sin una calificación de las referidas justicias que acrediten sean hombres sin ocupación, debiendo los encargados de las citadas partidas proceder en todo de acuerdo con vd. para su inteligencia y que cuide de su puntual cumplimiento" (2).

El impacto de las levas entre las poblaciones rurales planteará diversos problemas de índole económica. A Buenos Aires, desde el interior del país, llegan durante la cosecha de granos numerosos peones para trabajar en las quintas y estancias, mano de obra indispensable para la realización de aquellas tareas. En 1810 la cosecha de granos —luego de un año con abundantes lluvias y sin heladas— presentábase abundante en las numerosas sementeras porteñas. Eran, desde luego, indispensables los peones. Los labradores, temerosos, envían sus quejas al Cabildo de Buenos Aires por la retracción de aquellas migraciones de puntanos, santiagueños y cordobeses a raíz de las frecuentes levas con destino al ejército. Del mismo modo, las poblaciones locales habían huido a lugares más seguros, lejos de las partidas militares. La campaña está despoblada. Los labradores no encuentran a un solo peón en toda la jurisdicción poblada de Buenos Aires. Frente a problemas tan graves y que ponían en peligro el éxito de la cosecha en momentos de urgentes necesidades de alimentos, los cabildantes tratan la situación planteada en la reunión que realizan el día 18 de noviembre de 1810. La solución acordada en aquella oportunidad consiste en que la Junta envíe, como lo ha de hacer, notas a los jueces de paz de los distintos partidos y a los gobernadores de Córdoba, Santiago y San Luis, informándoles que hagan entender a sus respectivas poblaciones y del modo más público y "solemne" que no ha de molestarse a ninguno de los que concurran a trabajar en las cosechas "con levas, ni se les sujetará a ser recluta, sino que se le dejará libre su regreso al lugar que le acomode". Posteriormente ha de solicitarse inclusive el envío de peones para solucionar las urgentes necesidades de mano de obra (reunión del día 1º de diciembre de 1810). El 7 de diciembre, desde la ciudad de Córdoba informan a las autoridades porteñas que en aquella región también los agricultores necesitan urgentemente peones debido a las frecuentes "levas" y "banderas de reclutas" que hacen los jefes militares. Fueron aquellos años difíciles para los pobladores sin recursos económicos, enemigos tradicionales del servicio militar.

El espíritu liberal de los revolucionarios muy poco hace en aquel momento para mejorar la condición humana. Los planteamientos políticos y las necesidades económicas absorben la totalidad de las reformas. Es muy lento el proceso de transformación de la rígida concepción colonial sobre el tratamiento diferenciado que reciben los blancos —léase propietarios o autoridades— y sobre los castigos a los gauchos, negros y mestizos en general. Aún a comienzos de este nuestro siglo veinte hallamos en varias regiones del país situaciones similares a las coloniales. ¿La marginalidad social del **mensú** de los yerbales y los denigrantes sistemas utilizados para su explotación, no son acaso similares a las condiciones imperantes entre los peones bonaerenses del siglo XVIII? La persecución por parte de los latifundistas de la Patagonia a los indios y los bajos sueldos abonados a sus peones —maltratados por capataces y autoridades— tiene muchos puntos de contacto con la situación del gaucho en el siglo XIX (3).

Los trabajos forzados siguen empleándose como castigo. Es frecuente que se envíe a los presos como "voluntarios" para ayudar en la construcción de iglesias y otras obras públicas.

> "Por solicitud del cura de Baradero ha resuelto esta Junta que se remitan a su disposición con destino a la fábrica de aquella iglesia los reos de delitos leves, y se previene a vuestra merced para que así lo ejecute con los que pueda aprehender en ese distrito a su cargo, en inteligencia de que proporcionará al mismo cura la custodia de ellos, como también la comida, yerba y demás que le corresponda" (4).

Muchas veces, las partidas destinadas a reclutar hombres para el ejército no cumplen con su cometido. Entretienen para bien de los gauchos su tiempo concurriendo a "velorios" —en aquella época durante los velatorios de los niños se bailaba y bebía— y a las pulperías a fiestas de diversa índole.

> "Estando cierto que las patrullas que salen de los cuarteles en lo general, lejos de vigilar y cuidar del sosiego y tranquilidad del público, se dirigen a los velorios y casas donde hay diversión..." (5).

La situación del soldado gaucho en el transcurso de los primeros meses de la patria, acusa las mismas deficiencias que durante la dominación española. Pedro Andrés García, en el diario de la expedición que realiza a las Salinas Grandes, en el transcurso de los últimos meses del año 1810, denuncia varias deserciones entre los componentes de su partida. De setenta soldados que los acompañan —entre los que se encuentran incluidos "cincuenta milicianos de caballería, sin más armas que lanza, la cual expresaron no sabían manejar"— desertan veinte en el lapso de cuatro días. La deserción la causa el temor a los indios, las incomodidades del servicio, las penurias que deben sufrirse y otras causas semejantes. Este y otros ejemplos de la misma naturaleza que podemos enunciar, son ilustrativos.

Las levas hicieron impopulares a los porteños entre los pobladores de la campaña. Testigos imparciales y partidarios de la revolución, criticaron aquellas medidas dispuestas por el gobierno. Uno de ellos —estadounidense— que visita Buenos Aires a mediados de la segunda década, enviado por su país, analiza la situación del peón de campo y las peculiares maneras de ser del pueblo rioplatense (6). Sostiene que a la gente de campo —o gauchos, escribe— no se les permitía bajo el gobierno español "levar más arma que el cuchillo; al presente la única prohibida".

"En la recluta tropiezan con la misma dificultad que nosotros por el precio elevado del trabajo y por la libertad e independencia a que siempre el pueblo ha estado acostumbrado" (7). Las palabras del inteligente observador están plenamente demostradas en la documentación contemporánea de la provincia de Buenos Aires. Por otro lado, las medidas que se adoptan son en muchos casos más severas que las sancionadas anteriormente por los virreyes y gobernadores españoles. A raíz de este penoso sistema de alistamiento, las deserciones aumentan.

> "El gobierno actual ha intentado también medidas más fuertes que las tomadas por los virreyes; ha intentado una conscripción pero sin éxito. La práctica de las levas, a que se acudió en los Brasiles, como modo regular y ordinario de levantar soldados, no se toleraría. Los alcaldes, sin embargo, o magistrados de villa son requeridos para arrestar a todos los vagos que no tienen medios visibles de vida y los envían a los cuarteles donde se les trata rudamente hasta domarlos. Sin duda se cometen abusos que tienden a fomentar la antipatía del paisano hacia los porteños, o habitantes del puerto, aunque sin hacer impopular la causa de la independencia..." (8).

Gauchos y morenos ingresan como soldados en los ejércitos que luchan por la independencia. Los esclavos africanos adquiridos por el gobierno, pasan a engrosar inmediatamente las filas de las milicias patriotas "bajo condición de darles la libertad después de dos años de servicio" (9). Los jefes admiran su valor y sacrificio. Componen en su mayor parte la infantería y según se desprende de las estadísticas, una cuarta parte del ejército. En la caballería revistan los gauchos.

II. PUEBLO Y LITERATURA

El pueblo no está ausente de la realidad. La poesía popular, al poco tiempo de iniciarse la revolución, trata el tema de la diferenciación jurídica entre las personas. Bartolomé Hidalgo, el popular poeta de los cielitos y diálogos, anuncia a los gauchos que se reúnen en las pulperías y junto al fogón para escuchar la lectura de sus versos, que las leyes de los "poderosos" son injustas, a pesar de la denominación de igualdad que se le da al nuevo sistema político. En su característico estilo y en el lenguaje de los gauchos denuncia el poeta oriental:

Roba un gaucho unas espuelas
O quitó algún macarrón
O del peso de unos medios
A algún paisano alivió;
Lo prienden, me lo enchalecan,
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha;
Y de malo y saltiador
Me lo tratan, y a un presidio
Lo mandan con calzador;
Aquí la lay cumplió, es cierto
Y de esto me alegro yo
Quien tal hizo que tal pague,
Vamos pues a un Señorón;
Tiene una casualidá...
Ya se ve... se remedió...
Un descuido que a un cualquiera
Le sucede, sí Señor,
Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prisión,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, admiración,
¿Qué declara? Que es mentira,
Que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? no se sabe,
El Estao la perdió,
El preso sale a la calle
Y se acaba la junción,
¿Y esto se llama igualdá?

Muchos años más tarde, Hilario Ascasubi, el poeta gauchesco de las luchas contra Juan Manuel de Rosas, sostiene con valentía conceptos similares a los del popular Hidalgo. Escribe, refiriéndose a las guerras y a las constantes levas de soldados:

Y en cuanto se arma una guerra
sin más averiguación
de si es regular o injusta,
nos prendemos el latón,
y dejando las familias
a la clemencia de Dios,
andamos años enteros,
encima del mancarrón,
cuasi siempre unos con otros
matándonos al botón.
Así de la paisanada
Los puebleros con razón
suelen reirse, porque saben
que los gauchos siempre son
los pavos que en las cuestiones
quedan con la panza al sol.

La poesía emplea posteriormente con frecuencia el tema de la persecución al gaucho y de la injusticia cometida por propietarios y gobernantes (10). Era el del poeta gauchesco el lenguaje más apropiado para referir los males de su sociedad. Hernández resume en pocos versos la realidad que analiza en su poema: el dolor y la tragedia de una provincia donde

Tiene uno que soportar
el tratamiento más vil:
a palos en lo civil
y a sable en lo militar.

Y agrega:

Y es necesario aguantar
el rigor de su destino;
el gaucho no es argentino
sino pa hacerlo matar.

Este tipo de literatura refleja con claridad una situación que perdura durante el transcurso de muchos años. El desheredado —el hombre sin más bien que el horizonte—, no puede disponer del ganado que durante muchos años vagó por la llanura sin propietario, pues de él disfrutan unos pocos; los cambios políticos que con demasiada frecuencia se suceden, no significan nada: problemas de hacendados y de comerciantes, del Fuerte, del Cabildo... piensa, si es que puede hacerlo, junto a la llanura sin límites. Y allí, frente a él, una partida militar, un comandante y un juez de paz. Luego, un par de grillos y otros horizontes. Es la ley del más fuerte. La misma ley que rigió para su padre y para su abuelo. Pero la ley debe ser otra cosa, piensa el gaucho de Bartolomé Hidalgo:

Ella es igual contra el crimen
y nunca hace distinción
de arroyos ni de lagunas,
de rico ni pobretón:
Para ella es lo mismo poncho
que casaca y pantalón...
Pero es platicar de balde
y mientras no vea yo
que se castigue el delito
sin mirar la condición
digo que hemos de ser libres
cuando hable mi mancarrón.

II. LAS LEVAS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

No todas las críticas son de origen literario. Además de los mencionados testimonios son frecuentes en las primeras décadas del siglo XIX las quejas formales remitidas a los gobiernos patrios. En ellas se refieren los excesos cometidos por las partidas militares entre los distintos sectores

de la población, cuando cumplían con las partidas que recorren la campaña para obtener por este sistema "voluntarios" que siempre van más allá de lo establecido por las de por sí estrictas disposiciones oficiales. Una extensa y detallada carta con referencias de fundamental importancia sobre el estado social de la zona de Chascomús —similar al de otras regiones— se remite en 1811 a Cornelio Saavedra, presidente de la Junta. El autor del informe es el alcalde del pueblo (11). En él se queja de los graves excesos y perjuicios que causa al vecindario una partida del cuerpo de caballería, enviada por las autoridades para detener "vagos y reclutas".

"Gente de la campaña me hacen presente a Vuestra Excelencia que ni con haberme comportado con dicho comandante con la mayor urbanidad y héchole presente la superior disposición de Vuestra Excelencia de 19 de julio último, sobre el régimen que en ella ordena a los jueces salgan a reclutar gente de la campaña y a éstas que hayan de proceder en todo de acuerdo con el juez. No ha sido suficiente a contener los desórdenes de los citados oficiales con los peones de los hacendados y labradores, sacándolos del trabajo y conduciéndolos amarrados a esta frontera y a la de los Ranchos, como ha sucedido a un peón mío a quien la partida le hizo soltar el arado de la mano y lo condujo a la frontera de los Ranchos por vago" (12).

La preocupación del alcalde radica en la falta de mano de obra y no en los problemas que con la leva le acarrean al indefenso peón. Quien sepa dar algo de su escasa propiedad puede salir airoso del reclutamiento. El alcalde refiere que un asalariado que se encuentra bajo sus órdenes tuvo que entregar a cambio de su libertad, "dos caballos de estima". Los ejemplos son numerosos y nos dicen de las desdichas de los gauchos en aquellos años, mientras la patria inicia sus primeros pasos.

"tenían de este modo —agrega— las partidas solas por las estancias causaban una desolación de peones trayéndolos amarrados de las casas de sus amos, saqueando cuanta friolera encontraban de noche en los ranchos como se prueba por quejas puestas a este comandante y perjudicando a los amos en sus labores pues tenían que venir a hacer presente al señor González ser sus verdaderos peones pues lo acreditaban sus papeletas."

Las leyes se sucedieron. La colonia permanece incólume en el espíritu de la legislación —a pesar de las progresistas disposiciones de 1813— y el ejército espera al gaucho para que dé su sangre que sostendrá a un nuevo sistema político y económico que mejoraría sensiblemente su existencia recién tres cuartos de siglo más tarde.

Por un bando que el 30 de agosto de 1815 da a conocer el gobernador Manuel Luis de Oliden —un jalón más en la historia de las persecuciones del siglo XIX— se prosiguen con las normas españolas sobre la materia. En el primer artículo establece que todos los individuos de la campaña que no tuviesen "propiedad legítima" serían considerados "de la clase sirviente", pudiéndose apelar a esta denominación únicamente por una sola vez.

Denominado el peón se le ordena el uso de la "papeleta", firmada por el estanciero y visada por el juez del partido "sin cuya precisa calidad será inválida", debiendo renovarla cada tres meses. Y además la clasificación: "Todo individuo de la clase de peón que no conserve este documento será reputado por vago", se escribe, agregándose que quien transite por la campaña tenga su papeleta, pero sin la debida autorización o licencia del juez de paz para hacerlo, "será reputado por vago". Los derechos más elevados del hombre como el de libre tránsito se consideran graves delitos y se restringen (13).

A raíz de las disposiciones sobre las levas, vagos fueron los soldados de la Independencia. El gaucho así denominado por las autoridades y el negro libre, luchan en los ejércitos; comprenden, a pesar de las irregularidades cometidas, que lo hacen por una causa justa. El estanciero, en cambio, permanece en la campaña o instalado en su casa de la ciudad, acrecentando sus intereses. Mientras tanto, los "vagos" son detenidos para el servicio de las armas "por cinco años, en la primera vez y en los cuerpos veteranos" (14).

Si físicamente el gaucho no es útil para el ejército, debe entonces reconocer a un patrón "a quien servirá forzadamente —se escribe— dos años en la primera vez por

su justo salario y en la segunda por diez". Cada tres meses —para controlar así con certeza sus menores movimientos— debe presentarse ante el juez de paz y renovar la visación de la "papeleta". Se aplica indudablemente un servicio personal con características de servidumbre. Bajo éste, el individuo pierde totalmente su libertad; fue además instrumento de venganza personal, de persecución, y causa de innumerables males de toda índole.

Los hechos prosiguen. Por las causas ya señaladas, el 14 de julio de 1816, aniversario de una revolución que desea extirpar las diferencias en el tratamiento entre los hombres, se determina:

> "Artículo 14. Las partidas celadoras aprehenderán con actividad y viveza a toda clase de hombres vagos para aumentar con ellos las fuerzas de línea" (15).

De acuerdo con una resolución del 11 de mayo de 1819, autorízase a la justicia ordinaria a proceder sumariamente contra los individuos considerados vagos y malhechores:

> "Se autorice a aquellas justicias ordinarias para imponer castigos prontos, y ejecutarlos sin consultas de la Cámara, como previene el reglamento".

La sucesión innumerable de decretos y leyes determinando levas de toda índole entre los pobladores de la campaña, influye para que muchos se alcen y huyan a lugares apartados de Buenos Aires, como a las "Islas del Tordillo", más conocidas como los Montes del Tordillo, situados en el actual partido de Dolores. En aquella región "molestan" a los estancieros instalados en las cercanías, propietarios de campos que pocos años antes habían obtenido a treinta y cinco pesos la legua cuadrada (16).

En la zona se fabrica carbón con la abundante madera existente. Pesados carretones arrastrados por bueyes lo trasladan periódicamente para su venta en la ciudad de Buenos Aires. Los estancieros no miran con simpatía a los peones ni a los empresarios que se dedican a esos menesteres, por lo general —como se escribe en 1817—, "vagos y desertores".

IV. EL GAUCHO ENTRE LOS AÑOS 1820 Y 1830

Las disposiciones posteriores señalan en sus reglamentos medidas similares, como ocurre en el decreto sancionado por Bernardino Rivadavia el 9 de noviembre de 1821. En su primer artículo ordena que:

> "Se faculta a todos los jueces territoriales de la Provincia para aplicar la pena de azotes a los ladrones que se aprehendan in franganti". (17).

Con la reglamentación de este castigo colocan en manos de la autoridad un arma eficaz para utilizarse en beneficio de los hacendados. Durante aquellos años recrudecen las penalidades contra los gauchos. Los propietarios hacen uso de todos los medios posibles para continuar con el predominio que tradicionalmente venían ejerciendo. Recordemos que el azote fue y será luego, durante mucho tiempo, aplicado en las cárceles y en el ejército.

La tierra se encuentra en manos de un escaso número de personas que disfrutan feudos de muchas leguas de extensión. Las estancias permanecen baldías, sin cultivo de ninguna especie. La edificación es rudimentaria; el casco del "establecimiento" lo componen algunas casas construidas con paja y barro. Raramente hallaremos un arado.

Un periodista porteño escribe sobre los latifundistas:

> "Estos [los ricos] no sólo tiene baldío e inculto este terreno, sino que por convenio alguno permiten que otro lo cultive. Así es que por esto los pobres se arrinconan a vivir juntos en el terreno más estéril y árido, porque tan solo en éste ningún rico tiene propiedad" (18)

Son muchos los que claman por una **reforma** sustancial de la situación imperante en la campaña de Buenos Aires. Se dice: "no solamente es justa, es necesaria" (19). Había que "cortar de raíz los malos usos, y costumbres dañosas"; debíase sanear todos los aspectos: político, económico y social. Pero como siempre, oír que se desea cambiar la estructura reinante, causa pánico entre aquellos que poseen la tierra.

> "... y al oír que la palabra **reforma** va a mejorar a los infelices, que cabalmente oprimían, se irritan y dan voces diciendo: **reforma** injusta, ilegal e ilegítima: reforma usurpadora de los derechos de los hombres" (20).

El autor de estas líneas opina que 1823

será el año más adecuado para realizar los cambios.

> "A este propósito muy juiciosamente se expresa J. Rousseau diciendo: «los pueblos, lo mismo que los hombres, no son dóciles sino en la juventud, cuando llegan a viejos ya son incorregibles»". (21)

En primer lugar poblar la llanura. Poblarla racionalmente, distribuir a los posibles inmigrantes con lógica. Evitar en lo posible, opina Pablo Ramírez, que sean muy grandes las concentraciones urbanas. Otro punto de su reforma radica en la supresión del latifundio y de las tierras improductivas; "todo individuo debe limitarse a solo el terreno que necesite para su labranza, su hacienda, su cultura o su habitación" (22). Más adelante agrega: "hombres hay en nuestra campaña que poseen cuatro leguas de terreno famoso y sólo ocupan la mitad de la cuarta". Los pobres debían poseer tierras. Pero para que pudiera concretarse el deseo deben permitir que pudieran establecerse libremente pues los estancieros

> "expelen de un lugar fértil a los habitantes, sólo porque éstos no son hartos ricos para comprar este lugar entero."

Y temeroso lo acusen de pretender "que los grados de riqueza sean los mismos", aclara que únicamente desea una pobreza "soportable". Su reforma radica, entre otros aspectos, en aumentar los impuestos a los ricos de manera que no lo sean en un grado tan alto para "que los hombres superficiales dejen de decir que es el único medio por donde un hombre se hace respetable en la sociedad" (23). Analiza Ramírez otros problemas de la campaña que necesitan una urgente reforma: la organización de las estancias, la educación de los hijos de los estancieros, la religión, el transporte de ganado, la medicina... Sobre este tema sostiene:

> "Hay unos adivinos o profetas, que curan males que Pedro, Juan o Diego de cincuenta leguas distantes les introdujo con el resuello o con el pensamiento. Estos son de mucho crédito y muy apreciables en la campaña, ya por su ciencia infusa, ya por la extravagancia de las medicinas que al humano cuerpo aplican. Estos hombres son perjudiciales, y debían ser castigados y perseguidos severamente, porque son los profetas de la mentira, los que cimentan la superstición en un grado que cuando se hallan poseídos de sus dogmas, al hombre que disuadirlos quiere lo desprecian, por más razón que predique. No hay otro medio, sino la severa autoridad para en el olvido sepultar este abuso" (24).

Otros testigos relatan la realidad del poblador rural. Al parecer, la situación no se presenta en forma halagüeña. Los ranchos eran siempre taperas y servían de albergue a la numerosa familia del gaucho.

> "¡Pero qué triste y desconsolante es la imagen que presentan, por lo general, nuestras habitaciones de la campaña! Un charco de agua detenida y hedionda, un pozo sin brocal, que es más bien la madriguera de los sapos que el bebedero de la familia, un grupo de barro y pajas que se dice rancho, son los objetos que hieren la vista y llegan a rebajar en la campaña, hasta la importancia de la vida; y qué fatalidad es esta en que se halla la mejor porción del globo, la parte de la tierra que pudiera asemejarse a la Arabia Feliz?
>
> ¿Por qué andan desnudos casi y sin calzones los habitantes de este país donde las majadas son inmensas? ¿Por qué se sientan sobre esqueletos de bestias muertas, donde el junco se cría en abundancia, donde el sauce viene con fecundidad, y donde todo lo necesario para la vida cómoda lo produce la naturaleza casi sin cultivo? ¿De dónde vienen ese enjambre de pordioseros que no cuentan para su alimento con otras viandas que unos andrajos de carne casi corrompida, pendientes de la choza que se les está cayendo?" (25).

Las preguntas se pueden resumir en una sola: ¿de dónde provienen tantos males? Del ejercicio ilegal —sostiénese— del derecho de adquirir tierras: "efectivamente todos saben que nuestra campaña es habitada por cien propietarios, y setecientos que no lo son: éstos son los pordioseros, éstos son los que forman ese enjambre de familias miserables. Se aclaran luego otros conceptos; vagos son aquellos hombres "que no tienen la propiedad del terreno que habitan", los "que forman su choza a las inmediaciones de un hacendado para comer de sus despojos". No trabajan la tierra, sostiene el anónimo redactor de la nota, pues "les falta el

estímulo de la propiedad, y la sospecha bien fundada de que serán lanzados de un día para otro, si llega a amostazarse el propietario más cercano".

Las causas son las mismas que siempre señalan los que saben analizar este problema social con ecuanimidad. La justicia, testigo contemporáneo, nada puede hacer para subsanar estos hechos. Ella, agrega, "escucha ciertamente los clamores de los hacendados por la extirpación de estas poblaciones detentadoras". La mendicidad y el robo son dos resultados de aquella desproporción en la riqueza. Pablo Ramírez sostiene esa tesis y analiza en su plan de **Reforma de la Campaña,** como hemos visto, los distintos problemas que plantea la realidad económica de Buenos Aires.

Las autoridades remiten el decreto del 9 de noviembre de 1821 que mencionáramos anteriormente a los distintos partidos de la campaña. Algunos pobladores —por lo general alcaldes y jueces de paz— contestan enviando sugerencias que permitan ampliar las medidas represivas y solucionar fácilmente los problemas. Son éstas totalmente opuestas a los conceptos vertidos por Pablo Ramírez .

Es interesante destacar que en la numerosa correspondencia se advierte con extremada claridad el enfrentamiento de dos tipos de explotación primaria: agricultura y ganadería. Un poblador le escribe a Rivadavia:

> "Yo me he prometido sostener la agricultura con espada en mano, haciendo sacar todas las haciendas demás que se hallen en este partido de chacras. Yo tengo en venta hace seis meses mi chacra porque ya he visto prácticamente que el echar la alma trabajando no es más que para provecho de haciendas dañinas, siguiéndose lo expuesto que se halla un vecino honrado si trata de hacer respetar sus propiedades" (26).

Afirman: un vecino propietario de ganado puede causar más de tres mil pesos de daños a varios labradores al mismo tiempo (27). Con tal motivo, remítese un proyecto de bando para controlar dichos aspectos económicos y sociales. En él se toman severas medidas contra los pulperos: "no podrán abrir sus negocios los días de fiesta, comprar cueros vacunos o caballares, botas de potro o yegua" y lazos (28). Se sugiere la supresión de los juegos de cartas, pato y otros (29). Las prohibiciones de mayor peso, como es natural, están destinadas contra aquellos denominados vagos y mal entretenidos. El deseo expuesto y las numerosas sanciones solicitadas, son —podemos afirmar sin temor a errar— la más pura realidad dentro de sus respectivas jurisdicciones.

De acuerdo con las ideas predominantes, los patronos presentan periódicamente la lista de sus peones a los alcaldes, para que éstos a su vez las remitan a los jueces de paz. El juez confecciona la respectiva papeleta "expresándose en ella la filiación de cada peón, las que serán por el tiempo de tres meses, el que concluido deberá hacerse nuevamente con arreglo a lo arriba expuesto" (30).

Pero el control era aun más severo: todos los patronos tenían la obligación de hacer "que sus peones duerman en la casa de su habitación, sin permitir por pretexto alguno que salga ninguno de ellos de noche a las vecindades de lo que suelen sucederse algunos perjuicios". El deseo de los propietarios no termina en el control, según lo sancionado, de la movilidad de sus peones de un partido a otro. Se vigilan atentamente los paseos cotidianos por los alrededores del sitio de trabajo. Mayor servidumbre que la establecida —a menos que se impusiera la esclavitud— no podía exigirse.

El incumplimiento de cualquiera de las disposiciones es suficiente causa para clasificar de vago al gaucho. De otros partidos de la campaña se remiten sugerencias de diversa índole, similares a la ya citada. En abril de 1822, desde Arrecifes, un ganadero expone su pensamiento y sostiene que los hacendados deben estar divididos de los labradores; esto es, "que no sea permitido sembrar en los terrenos de estancias porque estorba el descanso de las haciendas que se corren y alborotan por defender las sementeras" (31)..

Para poder criar ganado vacuno —el deseo era excluir al pequeño propietario— debíase "ser dueño o poseedor de media legua de tierra de frente y legua y media de fondo" (32). Con esta medida podría legalizarse lo que en la práctica fue un hecho normal durante varias décadas. Las adjudicaciones de tierras a militares preponderantes y a políticos influyentes, señalan el cumplimiento de las aspiraciones de predominio total.

Llegamos así al año 1822 y con él a uno

de los decretos que señalan otro de los jalones en la legislación represiva. Nos referimos al firmado por Bernardino Rivadavia el día 19 de abril y donde en líneas generales insiste en conceptos expuestos anteriormente. Por él se castiga severamente a los vagabundos, denominándoselos "clase improductiva, gravosa, nociva a la moral pública e inductora de inquietudes en el orden social".

No se define a quiénes deben señalarse como vagos, indicándose, en cambio, que serán destinados al servicio militar. Los que no fuesen útiles para el servicio del ejército, quedarán sujetos durante un año para realizar trabajos públicos con goce de sueldo. En caso de reincidir serían destinados a la misma ocupación durante tres años. La tercera vez "será sujeto —se escribe— a los mismos trabajos por ocho años con el salario que se le designe". Las decisiones que se toman están estrechamente ligadas con los informes y consejos que desde distintas zonas de Buenos Aires remitieran agricultores y hacendados.

Dentro de aquella misma línea de pensamiento podemos mencionar las medidas tomadas el 17 de julio de 1823, referentes a los contratos de trabajo. A todo trabajador, se establece, al ser empleado debe munírsele de un documento que certifique "el tiempo por el que el peón se conchaba y el servicio y prestación que ha convenido con su patrón" (artículo 2º). Está encargado de expedir la "papeleta" el comisario de la zona. Para poder obtener un nuevo empleo debe presentar este documento donde se constatan las tareas realizadas, su conducta y el cumplimiento de los anteriores contratos (artículo 3º). Sin los estrictos requisitos mencionados nadie puede admitirlo en una estancia, considerándose su no cumplimiento como un delito.

En el decreto que comentamos se agrega además, la tantas veces señalada cláusula sobre la movilidad. Los peones debían tener permisos de sus patronos, acordado por escrito, para ausentarse de los límites de la estancia (artículo 4º). "Vencidos los días (artículo 6º) que en ella se expresan, el peón que se halle fuera de la estancia, chacra o establecimiento del patrón, será tenido por vago y forzado a contratarse por dos años en el servicio de las armas".

A fines de aquel año la Junta de Representantes de Buenos Aires sanciona una **Ley militar** por la cual envían al ejército permanente a "los ociosos sin ocupación en la labranza y otro ejercicio útil", a los que fuesen encontrados los días de trabajo "en casas de juegos, tabernas, carreras, y diversiones de igual clase", a los "hijos de familia sustraídos de la obediencia de sus padres" y a "los que por uso de cuchillo, arma blanca y heridas leves, son destinados por la ley a presidio". A los primeros los condena a dos años de servicio en el ejército y a los mencionados en último lugar a cuatro.

La única prueba admitida para considerar vago a un peón era el testimonio verbal de los alcaldes y jueces de paz (34). Esta falta de sentido legal se refleja además en el aumento de las condenas estipuladas anteriormente: de dos a cuatro años y de cuatro a seis.

El problema siempre está pendiente. En una circular que envía el gobierno (35) a los distintos jueces de paz de la campaña se mencionan las diversas resoluciones expedidas sobre los denominados vagos y mal entretenidos.

> "Con este objeto se han expedido ya diversas resoluciones; pero el gobierno observa con dolor, que no han producido, ni producen, todo el bien que era de desearse. Entre éstas el gobierno no puede prescindir de recomendar a los jueces de paz los decretos de 17 de abril de 1822 y 13 de mayo del mismo año. El primero es de suma importancia para obtener la extinción de los vagos de esa clase".

Recomiendan las autoridades la aplicación del sistema de contratos. Sostienen que con aquellas medidas asegurará a los hacendados el número de brazos necesarios para las diversas faenas. Debía tomarse especial cuidado en el cumplimiento estricto de las disposiciones policiales. Ordenan, por esta razón, que los jueces de paz "procedan con toda energía y que en su virtud todo aquel que no se halle con la respectiva contrata, sea irremisiblemente aplicado al servicio de las armas, conforme al precitado decreto". Además, se desea lograr que los pobres no puedan cultivar la tierra:

> "Otro mal de grave trascendencia advierte el gobierno que existe en la campaña. Tal es el que causan algunos hombres que bajo el pretexto de **pobladores** o **labradores** y sin tener acaso

más fortuna que una choza, permanecen en algunos terrenos baldíos o de propiedad particular bajo la denominación de arrimados, sin trabajar acaso, o sin rendir todo el producto que necesitan para su sostén y el de sus familias" (36).

La riqueza está destinada al rico latifundista. El pobre debe permanecer condenado a trabajar para siempre a las órdenes de un propietario. Pero el silencio de muchos años sobre aquellos denigrantes hechos sociales se ha quebrado. No faltan voces valientes que por distintos medios dan a conocer su oposición a un sistema de aprobio y de vergüenza para una nación que se considera civilizada. El periodismo nuevamente se hace eco de la situación imperante a causa de las levas. El país se encuentra en guerra contra el Imperio del Brasil y se necesitan con urgencia soldados para enviar al ejército. Las partidas armadas recorren la campaña de Buenos Aires y con extremada violencia reclutan peones con y sin "papeleta". La agitación social llega a términos insostenibles.

Un vecino del pueblo de San Isidro, en las cercanías de la ciudad, en una carta enviada a **El Tribuno** refiere que debido a las levas, los jornaleros y los peones emigran en grandes cantidades a regiones tranquilas. Esta emigración en masa —calcula que por cada hombre reclutado huyen dos— hace que escaseen los brazos para levantar la cosecha de trigo (37). La situación era angustiante, similar a la planteada en 1810. Otras críticas de la misma naturaleza, públicas y privadas, reflejan los verdaderos términos del problema que aqueja a un gran sector de la población. Un hecho semejante referido a lo social ocurrirá posteriormente durante la guerra contra el Paraguay.

El 22 de noviembre de 1826 **El Tribuno** hace apasionada referencia por segunda vez a lo que denomina "furioso arrebata hombres" que no perdona, como agrega, "bicho viviente, por seguir la expresión vulgar". Relata en aquella ocasión algunos hechos concretos que ocurrieron en el ámbito provincial:

> "Son innumerables los atentados que con motivo de la leva se han cometido por los agentes del poder, ya entrando por las estancias y chacras, ya echando el guante a los conductores de tropas de ganado, a los carreteros que venían de la campaña hacia la ciudad con frutos de aquélla y generalmente a cuanto se les presentaba a mano. Pero lo que más ha exaltado a **El Tribuno** es la noticia que ha tenido por un conducto fidedigno de que a un anciano respetable, que a 90 años de edad unía la desgracia circunstancial de ser ciego, se le ha tomado el único varón que le servía de apoyo, como también a su anciana consorte, en su desvalida senectud, dejándole en el desamparo que es consiguiente, y una hija mujer. Por el mismo conducto sabe también **El Tribuno** que así en el Luján como en otras partes se tomaron por sorpresa a varios individuos que se habían hecho reunir para el importante acto de sufragar en la elección del último S. R. que se han incorporado al congreso por la nueva provincia de Buenos Aires; de manera que en el único acto en que el pueblo se reúne para ejercer por sí la soberanía se encontró con esa asechanza y fue víctima de su docilidad. Por estos solos ejemplos se graduará a qué punto han llegado las tropelías. ¡Y aún hay miserables que las jutifican!

Por una nueva ley (38) recibe autorización el gobierno de reclutar "por los medios que considere más convenientes", cuatro mil hombres. Esta autorización recibirá numerosas críticas por parte de los partidos políticos opositores. Los gauchos huían a lugares apartados, lejos de la férula del juez de paz o del comisario. Lugares preferidos eran los denominados montes del Tordillo en Buenos Aires, las apartadas islas del río Paraná o los montes de Montiel situados en el sur de la provincia de Entre Ríos (39).

Las levas en aquel momento están destinadas a obtener soldados, tanto para el ejército como para la marina. En algunos casos se realizan reclutamientos separadamente y en distintas regiones. Existen constancias de estos hechos, como los ocurridos durante el transcurso del mes de marzo de 1827 (40).

De las provincias del interior del país viajan numerosos peones para conchabarse en las chacras y estancias. El número de personas que emigran de regiones propensas a sequías se acrecienta durante la recogida del trigo. En su mayor parte son santiagueños que bajan a la llanura bonaerense, como venían haciéndolo desde el siglo XVII. Aprovechan el viaje para vender en la campaña sus ponchos y mantas (41). Los pobladores porteños los distinguían fácilmente por su vestimenta característica en aquella zona del país: chiripá de poncho, calzoncillos de lienzo, poncho azul a rayas punzó, denominado "santiagueño" y sombrero de color blanco. A raíz de las medidas de las autoridades prefirieron durante varios años quedarse en sus lares antes de correr el albur de ser incorporados al ejército. Temían y con justa razón, transformarse en soldados, y en esas temporadas de peligro la campaña, como en ocasiones anteriores, nuevamente se despuebla.

La miseria imperante en las guarniciones militares del interior del país asombra a los viajeros extranjeros, poco acostumbrados a espectáculos de aquella índole. En aquel momento de la guerra contra el Imperio del Brasil, el capitán Hall encuentra en San Luis a un grupo de forzados reclutas para el ejército. El espectáculo, nada edificante por cierto para una nación que se reputara civilizada, difiere del relatado en otras páginas donde señala los aspectos pintorescos del gaucho, la vida en la ciudad o las costumbres de los distintos pobladores de la pampa bonaerense. Relata que encontró "una banda de personas del aspecto más mísero, reclutadas para enviarles a Buenos Aires y pelear contra los portugueses. Eran —agrega el viajero inglés— unos trescientos, y la noche anterior habían intentado recuperar su libertad tratando de dominar a la guardia. Se cubrían con ponchos viejos; pero tenían poquísimo más encima; parecían mal alimentados, y, en conjunto, formaban la cuadrilla más salvaje que yo haya contemplado". (**Las pampas y los Andes. Notas de viaje**, traducción de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1918, p. 206). Más adelante, al llegar a la ciudad de San Luis, la capital de la provincia, necesita el auxilio del herrero para solucionar un desperfecto de su coche, pero éste no puede hacerlo "por estar —como le contesta— ocupado en hacer cadenas para llevar a Buenos Aires los trescientos reclutas" que poco antes había observado con asombro el capitán inglés. La condición jurídica del peón de campo era similar a la de cincuenta años antes, durante los gobiernos españoles, y a la posterior a mayo de 1810.

La oposición a los reclutamientos, la inseguridad que acosa al hombre de campo y la escasez de brazos para levantar la cosecha, determinan al gobierno federal de Manuel Dorrego a prohibir el uso de la leva (42). La decisión no es terminante y podrá realizarse "sólo en casos extraordinarios y de una urgencia del momento", permitiéndosele únicamente al gobierno determinarlo. Se condenará en adelante a los que empleen ese castigo, sean alcaldes, jueces de paz, comisionados o jefes militares.

Pero la necesidad puede más que el deseo y en mayo de 1828 se hace nuevamente [illegible] instrumento legal para obtener marinos con destino a la flota del almirante Brown. "Ignoráis —coméntase sarcásticamente— que los que en tiempos pasados eran tribunos del pueblo, son hoy gobernadores, jefes, ministros, oficiales mayores y ordenan como bueno, lo que tenían entonces por horrible" (43).

V. LA DOMINACIÓN DE JUAN MANUEL DE ROSAS, ESTANCIERO Y SALADERISTA

Juan Manuel de Rosas representa en el gobierno la tendencia económica y social del estanciero. Hace uso durante su tiranía de una política demagógica con el fin de contener la posibles reivindicaciones de los gauchos y mantenerlos contentos. Su propaganda se basa en el halago a los bajos instintos. Este hecho se advierte con claridad en las opiniones vertidas en los pasquines y en el periodismo federal. En sus páginas se critica a los políticos unitarios, invitándose al degüello. Tratan además de atraerse de esta manera al pueblo, enemistándolo con los comerciantes de la ciudad. Afírmase públicamente que los estancieros son los defensores de los intereses de los gauchos y los únicos que se preocupan por su bienestar. Se escribe, por ejemplo:

> Cielo, cielo que sí
> Cielito, y es evidente
> El hacendado es de plebe,
> Y un tendero hombre decente.
> Esto es lo que se ha aprendido
> Con la civilización:
> Si no saben otra cosa
> Más sabio es mi mancarrón.

El ejemplo es terminante y no necesita mayores aclaraciones. En una carta de Juan Manuel de Rosas, redactada en 1817, muchos años antes que detentara el gobierno de Buenos Aires, relata los distintos proble-

mas de la campaña a raíz de los perjuicios que recibe de aquellos que denomina vagos. No se desprende de los términos de la nota, su valor de "gaucho entre los gauchos" como pregonarían sus partidarios años más tarde. Por el contrario, refleja a un hombre timorato, enemigo del gaucho. Escribe refiriéndose a su estancia:

> "Apenas es cumplido un mes que fui acometido en mi estancia; porque traté de impedir en ella corridas de avestruces que se hacían por decenares de hombres, que con tal pretexto corrían mis ganados, usaban de ellos, no los dejaban pastar, y me los alzaban. Mi vida se salvó de entre los puñales; y desde entonces solo pende mi existencia de un golpe seguro con que la asesten los ociosos y mal ocupados" (44).

En posesión del poder prosigue con la aplicación de las leyes contra la vagancia y realiza levas en forma similar a los gobiernos anteriores. En pocas palabras, retrata Domingo Faustino Sarmiento su gobierno:

> "¿Quién era Rosas? Un propietario de tierras.
>
> "¿Qué acumuló? Tierras.
>
> "¿Qué dió a sus sostenedores? Tierras.
>
> "¿Qué quitó o confiscó a sus adversarios? Tierras." (45).

Tierras; con ellas pueden criarse ganados y el propietario, dentro del ámbito nacional, considerarse un personaje. La tierra —que otorga señorío feudal— es indispensable para ser alguien. Los pobres, debido a la firme estructura horizontal, nunca alcanzarán a poseerla. El bien raíz es el elemento diferenciador en el Río de la Plata, especialmente en la gran zona ganadera.

Durante la despótica administración gubernamental de Rosas prosiguen las levas. En 1830, al poco tiempo de hacerse cargo del poder, sanciona un decreto ordenando que los milicianos, para transitar libremente por la campaña, deben disponer de su correspondiente "papeleta" firmada por el alcalde del partido. Además, los individuos enrolados en la milicia —se dispone— no podrán mudar de domicilio sin dar cuenta previamente al mayor del cuerpo, a quien presentarán una papeleta de los alcaldes de barrio con el visto bueno del comisario de la sección (46).

En el mensaje a la decimoséptima legislatura, leído el 27 de diciembre de 1831, refiere su actitud frente a los denominados vagos y mal entretenidos, haciendo de aquel problema un planteo de orden nacional, de acuerdo con la importancia que le asigna. Expresa, entre otras cosas, que "se ha practicado un crecido enganche de voluntarios, y destinándose al servicio militar los vagos y mal entretenidos. Sobre este plantel —agrega— se han formado varios escuadrones" (47).

De acuerdo con lo que sostiene en el mensaje del año 1848, muchos jueces de paz no cumplen con las estrictas órdenes impartidas para castigar a estos individuos y enviarlos a Santos Lugares, cárcel situada en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires. Por esta razón trata por medio de nuevas disposiciones de remediar lo que considera un "gravísimo mal".

En el ejército, el gaucho inicia otra nueva serie de sufrimientos y de penurias. Desde el primer día de su ingreso ve como una necesidad imperiosa la deserción. A pesar de la indisciplina reinante en los cuerpos situados en los fortines apartados, los castigos que suelen aplicarse por parte de los superiores —generalmente oficiales ineptos— son extremadamente crueles.

> "La disciplina de los cuerpos armados es tan mala como su estado; los reclutas llevan consigo todos los vicios dominantes en el país, la pasión por el juego y de las bebidas fuertes, la pereza, la suciedad, el espíritu de rencilla que cuesta a la nación tantos hombres como las guerras. Los castigos son corporales y muy crueles, pero con todo, no constituyen un freno suficiente para los desórdenes, y la mala elección de los oficiales es otro obstáculo hacia un mejor estado de cosas. Estos son generalmente jóvenes que salen de su familia para ocupar las plazas vacantes del ejército, principalmente, porque no sirven para otra cosa, o porque la irregularidad de su conducta los hace una carga para sus parientes" (48).

El gaucho, impulsado por su espíritu de independencia, al poco tiempo de estar enrolado deserta. Por esa causa era muy difícil, según la opinión de los testigos, encontrar con frecuencia soldados veteranos. La renovación era permanente.

> "Esta inclinación a la deserción explica, sobre todo, cómo la República Argentina no ha podido conservar, hasta hoy, una fuerza armada permanente y bien organizada; pero otro hecho que contribuye no menos poderosamente es el defecto de la ley para el reclutamiento de los ejércitos y la manera infame con que se procede. Desde que aparece una guerra, se procura recoger a todos los malhechores y vagabundos; se los lleva al lugar de reunión y se los encierra en el cuartel hasta el momento de la partida; se les enseña, rápidamente, un poco de ejercicio, se los equipa, se los arma y el cuerpo está formado. Las prisiones son el almácigo de los soldados de la República; bandidos y criminales son libertados mediante un centenar de palos, después de este castigo se les saca los grillos y quedan transformados en soldados. Los ciudadanos y todos aquellos que poseen algo se exceptúan del servicio militar; los que tienen inclinación hacia esa profesión entran al ejército con un grado" (49).

Dentro del ejército lo esquilman los pulperos, en combinación con los jefes militares (50). Cuando el dinero se les termina, empeñan sus efectos personales o se les abre un crédito:

> "...y, como el vendedor real era, al mismo tiempo, el cajero y el que debía pagarles los sueldos, no corría riesgo alguno al mostrarse confiado, y se encontraba a reparo de toda pérdida" (51).

Los pulperos, gracias a este sistema de pagos hicieron grandes fortunas y muchos se instalaron al poco tiempo con estancias en algún sitio de la campaña (52). Por lo general, los propietarios de las pulperías son parientes de las autoridades civiles y militares del fortín. En Junín —denominado Fuerte Federación en el año 1832— se encuentran instaladas dos: una, atendida por la suegra de un teniente coronel y otra, por un pariente cercano del comadante del fuerte (53). Los ejemplos son ilustrativos. El mismo hecho ocurre en todas las poblaciones fronterizas. Hernández, al retratar la trágica realidad de la llanura con posterioridad a 1852, no podrá dejar de referirse a las iniquidades que cometen los pulperos con los sueldos de los soldados. El comerciante del **Martín Fierro**, como otros:

> Era un amigo del Jefe
> Que con un boliche estaba,
> Yerba y tabaco nos daba
> Por la pluma de aveztruz,
> Y hasta le hacía ver la luz
> Al que un cuero le llevaba.

El surtido del negocio —peyorativamente denominado boliche— lo forman algunos frascos y muy escasas mercaderías; pero a pesar de la pobreza, "tenía apuntados a todos con más cuentas que un rosario". Y al llegar al fortín una ínfima parte del dinero de la paga, luego de varios meses de paciente espera, gráficamente apunta el poeta que "el pulpero se quedó con la mascada". Y el gaucho nuevamente debe esperar...

Durante aquellos años del gobierno federal no disminuyen los rigores del gaucho-soldado.

Los castigos impuestos por Juan Manuel de Rosas no dejan nada que envidiar a los más severos de los españoles. Las leyes, réstanos decir que en lo referente al ejército siguen teniendo vigencia, son las coloniales. Bajo ese signo se desarrolla la vida del miliciano en la frontera. La leva, desde luego, impera con toda la fuerza de las antiguas disposiciones. Por algo, Juan Manuel habíase propuesto **restaurar** el viejo espíritu ideológico de los realistas.

Un ejemplo, entre tantos: en el mes de junio de 1836 se detiene en el Fuerte Federación —Junín— a varios desertores, condenando los jefes militares a dos a la pena máxima y a los restantes a sufrir trescientos latigazos y a prestar tres años más de servidos en la frontera (54).

Los caballos para el ejército interesan tanto como los peones. Periódicamente, en las frecuentes guerras, el gobierno requisa hombres y bestias. Un colono, Samuel Morton, refiere sobre sucesos ocurridos en 1842: "El gobierno ha requisado todos los caballos a fin de llevar adelante la guerra, y evitar que caigan en manos de los enemigos".

Mansilla tiene sobradas razones al escribir sobre el resultado "práctico" que tuvo en empleo del **Se resistieron o el quisieron disparar, y tuvimos que matarlos** (56). Agrega además: "El hombre de las campañas por doquier se consideraba oprimido, —aun cuando el mayordomo o el capataz eran mansos—, por una entidad ausente, el **patrón**, que vivía en Buenos Aires o en la capital de su provincia". Una vez más la te-

mática feudal esta presente con todos sus elementos.

> "Era la servidumbre. ¡Y qué servidumbre! El patrón o sus representantes podían cohabitar con las hijas y hasta con la mujer del desheredado; ¿a quién recurriría? O se hacía justicia por sus propias manos" (57).

La dedicación de los jueces de paz y de los jefes militares ayudan a realizar aquella servidumbres. Sobre ellos anota un viajero francés que conoció Buenos Aires durante los últimos años del gobierno de Rosas:

> "Hay en las campañas argentinas, hombres más temibles que el **gaucho** malo y que hacen más daño, sin verse obligados a huir de la justicia, porque ellos mismos representan la autoridad legal y la justicia. Son los funcionarios honrados por Rosas con favor y su confianza; los jefes militares de campaña y los jueces de paz " (58).

Los testimonios que demuestran este proceder son múltiples. Otro testigo que recorre en 1847 la provincia deja anotadas en su libro de recuerdos hechos similares: "Cuantas veces el gobierno necesita de auxilios de esta naturaleza, sus oficiales les visitan los establecimientos de campo y hacen marchar a quien se les antoja, para incorporarlo al ejército" (59). Como siempre, las levas, tanto durante el gobierno de Rosas, como durante los anteriores y posteriores, son injustas y se llevan a cabo con aquellos que no poseen bienes. La tierra impera, el feudo y el ganado siguen siendo las causas de las leyes.

NOTAS

(1) El decreto de la Junta está firmado por todos sus integrantes. El artículo tercero establecía la leva; en otros se toman medidas de diversa índole sobre armamentos, padrones, etc. **(Registro nacional,** tomo I, pág. 28).

(2) **Registro nacional,** tomo I pág. 57.

(3) La caza, con rifle, del indio fue denunciada por los padres salecianos en numerosas ocasiones. Cf.: JOSÉ MARÍA BORRERO, **La patagonia trágica,** Buenos Aires, s/f. Posiblemente editado en 1922.

(4) Comunicación enviada a todos los alcaldes de Buenos Aires, el 7 de junio de 1810. Documento en el Archivo de la Nación, Buenos Aires.

(5) Comunicación existente en el Archivo General de la Nación, Buenos Aires, fechada el 11 de junio de 1810.

(6) E. M. BRACKENRIDGE, **Escu. La independencia argentina,** Buenos Aires Editorial América Unida, 1927, 2 volúmenes. La edición inglesa es del año 1820.

(7) **Opus cit.,** tomo II, pág. 96.

(8) **Opus cit.,** pág. 97.

(9) Cf.: RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS, **Negros libres rioplatenses, en Buenos Aires,** año I, número 1.

(10) El tema social en la literatura gauchesca fue analizado, entre otros por Álvaro Yunque en su libro titulado **La literatura social argentina** (Buenos Aires, Editorial Claridad, 1941). Cfr. además: ENRIQUE BIANCHI, **Martín Fierro un poema de protesta social,** Buenos Aires, Guille mo Kraft, 1952; AMÉRICO CALÍ, **Martín Fierro ante el derecho penal,** Buenos Aires, V. Aveledo, 1948, 70 págs.; JOSÉ MANUEL ESTRADA, **La campaña,** en Obras completas, tomo 9, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1903, págs. 103-122.

(11) Juan Lorenzo Castro. Está firmado el 24 de octubre de 1811.

(12) Archivo General de la Nación, División Nacional, Sección Gobierno, **Establecimientos públicos, 1811.** Sala X-A. 3-C. 3-Nº 3.

(13) El bando del gobernador Manuel Luis de Oliden consta de once artículos. En el primero se establece que el individuo puede apelar a la designación de vago y sirviente: "nombrará por su parte un vecino honrado, y el Alcalde por la suya otro, y de la resolución de los tres juntos no habrá apelación". En el noveno se ordena: "Para que esta providencia tenga su debido cumplimiento, se faculta a cualquier vecino de la campaña para que pueda tomar conocimiento de los individuos que transitan por su territorio y en el caso de faltarles los requisitos mencionados en los artículos anteriores remitirlo al Juez territorial para que informado del hecho tome las medidas consiguientes". Las papeletas debían renovarse cada tres meses. **(Registro Nacional,** tomo I).

14) Posteriormente, se establece la misma reglamentación, con pequeñas variantes: "que todo individuo que no tenga propiedad legítima de qué subsistir, será reputado en la clase sirviente, debiéndolo hacer constar ante el Juez territorial de su Partido. Es obligación que se muna de una papeleta de su patrón, visada por el Juez. Estas papeletas se renovarán cada tres meses. Los que no tengan este documento, serán tenidos por vagos. Para transitar, esta papeleta debe ser visada y con licencia del Juez. Se castiga a los vagos con cinco años de servicios en el ejército de línea. Los que no sirvan para este destino, están obligados a reconocer un patrón a quien servirán por obligación durante dos años, por su justo salario en la primera vez, y en la segunda por diez años". (Citado por E. F. Sánchez Zinny en **La guardia de San Miguel del Monte,** Buenos Aires, 1939, pág. 175).

(15) Se toman en aquella oportunidad otras medidas denominadas de "seguridad". En el artículo cuarto se ordena: "Se dispondrá en igual forma por el mismo señor Gobernador Interdente un padrón de toda la esclavatura comprendida en los 33 cuarteles, desde la edad de 16 a 60 años, con nominación de amos, estado de éstos y su nación. El número de ella compondrá dos o más tercios con la denominación de **esclavatura cívica"** Las severas medidas que se toman en esta ocasión son debidas al temor de ser invadido el país por una fuerza realista. **(Registro nacional,** tomo I, pág. 368).

(16) Rolando Dorcas Berro en su monografía titulada **Nuestra Señora de los Dolores** (La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1939) se refiere a la adquisición de tierras con tres leguas de frente y otras tantas de fondo "a la Pampa". Menciona asimismo y transcribe el Reglamento Provisional del 25 de enero de 1816 para otorgar estancias al sur del Río Salado, no menores de doce leguas cuadradas.

En el artículo trece se establecía que para "evitar en lo posible que con el tiempo se reduzcan las estancias a chacras, o se vean interpoladas con ellas, como sucede en nuestros campos con otable perjuicio de los criadores; no podrán por ningún título ni en caso de repartición de herencia, dividirse ninguna suerte de estancia en menos de doce leguas cuadradas". Con esto se desc ba perpetuar el latifundio.

(17) El texto del decreto no figura en el Registro Oficial, tomándoselo de una copia existente en el Archivo General de la Nación de Buenos Aires (Gobierno Nacional, Sección Gobierno, **Estado Mayor General. Reforma Militar.** Oficios públicos. 1822, Sala 9-C. 12-A. 10-Nº 1).

Buenos Aires. Noviembre 9 le 1821. Los clamores de los honrados habitantes de la campaña que llegan instantáneamente a los oídos del gobierno por los robos que cometen los vagabundos que la infestan le han decidido a decretar lo siguiente, entre tanto se construye la cárcel de la Provincia, y se establece la legislación correccional.

1º — Se faculta a todos los jueces territoriales de la Provincia para aplicar la pena de azotes a los ladrones que se aprehendan infraganti.

2º — Esta pena no podrá exceder de cincuenta azotes y para aplicarse deberá justificarse el crimen por un sumario verbal de dos testigos.

3º — Los jueces territoriales sobre la costa del Paraná quedan además facultados para registrar los barcos pequeños que navegan por aquellos puertos siempre que se hagan sospechosos.

4º — En el caso de encontrarse en estos buques frutos o efectos robados serán detenidos, dando cuenta inmediatamente al Gobierno.

5º — Los jueces territoriales quedan responsables de cualquier abuso que cometan en virtud de estas facultades.

6º — Se hará saber el presente decreto a todos los habitantes de la campaña por los jueces en sus respectivas jurisdicciones.

Rodríguez, Bernardino Rivadavia

(18) PABLO RAMÍREZ, **Reforma de la campaña compuesta por el joven...,** Buenos Aires, Imprenta de Alvarez, 1823.

(19) PABLO RAMÍREZ, **opus. cit.** pág. VII.

(20) **Opus cit.,** pág. 15.

(21) **Opus cit.,** pág. 20.

(22) **Opus cit.,** pág. 44.

(23) **Opus cit.,** pág. 53.

(24) **Opus cit.,** pág. 62. Sobre el curanderismo puede consultarse, entre otros, el siguiente estudio: **Martha Biache: El curanderismo enfocado a través de los procesos legales,** Buenos Aires, 1962, 20 págs., copia mimeografiada.

(25) **Boletín de la Industria,** Buenos Aires, miércoles 29 de agosto de 1821, número 3, pág. 1.

(26) Carta a Bernardino Rivadavia enviada por Leonardo Domingo de Gándara, fechada en el partido de Morón el 23 de febrero de 1823. (Archivo General de la Nación, División Nacional, Sección Gobierno, **Estado Mayor General, Reforma Militar, Oficinas Públicas,** 1822, Sala X-C. 12-A. 10-Nº 1).

(27) "Pueden alcanzar a 3.000 pesos los daños hechos por sólo un vecino a varios labradores que hoy los veo lamentarse en mis puertas" **(Ibidem).**

(28) "Todo pulpero de esta villa como los de la capilla de Merlo tendrá precisamente su pulpería cerrada en los días Domingos y en todos los de obligación de Misa desde el principio del toque tercero de la primera Misa hasta la conclusión de dicha y lo mismo sucederá en la Misa parroquial" **(Ibidem).**

(29) "Quedan privados desde este día todos los juegos de baraja, taba, bolos, etc., en donde medie el interés de cuatro reales en dinero ya sea en casas de pulpería o en otras cualesquiera particulares sin distinción alguna al que fuese pillado jugando, como el dueño de casa que hubiese consentido el juego o dado naipes para hacerlo"... "Queda absolutamente privado el juego de pato en las chacras como en las estancias y el que fuese pillado en dicho juego será reputado como vago con aplicación a las penas designadas a los de esta clase" **(Ibidem).**

(30) Se establece, además: "Ningún peón de toda la traza de chacras podrá salir de la casa de su patrón, ya sea en día de trabajo o en cualquiera"... Las penas para aquellos que salieran de los límites de la propiedad de su patrón eran variadas: limpieza de la plaza pública, prisión por ocho días, ser enviados al ejército como vagos...

(31) Plan enviado por Mario Andrade, estanciero de aquel partido.

(32) "Que nadie pueda ser hacendado o criador de ganados sin ser dueño o poseedor de media legua de tierra de frente y legua y media de fondo"... En el lenguaje patriarcal del estanciero sostiene: "Asimismo debe ser prohibido tener agregados en las estancias, no solo porque corrompen el candor de las familias, sino también porque dañan al propietario que los mantiene o a sus vecinos y tal vez cuando más se necesita de ellos desaparecen dejando suspensar operaciones precisas y de mucha utilidad particular y pública. Las estancias son laboratorios que necesitan gente; pero ha de ser propia o asalariada para que pueda responderse de su conducta y no tenerla ociosa".

(33) El 17 de diciembre de 1823.

(34) **La sancionada por la Junta de Representantes de la Provincia, el 10 de setiembre de 1824.** "Los jueces de quienes habla el artículo cuarto de la ley militar de 17 de diciembre de 1823, no admitirán más pruebas en favor de los sujetos aprehendidos por la Policía como vagos, que los informes verbales de los jueces de paz o alcaldes de barrio".

(35) El 18 de marzo de 1825.

(36) **Manual para los jueces de paz de campaña,** Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1825.

(37) **El Tribuno.** Buenos Aires, sábado 18 de noviembre de 1826, número 12.

(38) Del 2 de enero de 1826.

(39) En **El Tribuno** se anota: "Al menos, si hay intención de obrar de esa manera, que se avise con tiempo, pues no faltará quien prefiera irse a los montes del Tordillo o a las islas del Paraná".

(40) Se refieren algunos ejemplos sobre las levas con destino a buques del ejército en un artículo publicado en **El Tribuno,** el día 28 de marzo de 1828.

(41) **Diario de Parchappe,** en CARLOS A. GRAU, **El fuerte 25 de Mayo en Cruz de Guerra,** Buenos Aires, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1949, pág. 333. Parchappe recorre la pampa bonaerense entre los años 1827 y 1828.

(42) Decreto fechado el 20 de agosto de 1827 y que lleva la firma de Manuel Dorrego y de Juan Ramón Balcarce. En sus considerandos se expresa: "Considerando el Gobierno, que el inestimable derecho de la seguridad personal es el goce y el bien por excelencia, del hombre social: que fuera de los casos en que la ley ordena su suspensión, es atentatorio a los derechos primordiales del hombre todo acto en contrario, por más que se invoque la conveniencia pública para justificarlo; que las levas, que de algún tiempo a esta parte se han adoptado en las provincias con repetición, sobre ser extremadamente abusivas, no son bastantes a llenar el objeto a que se dirijen, perjudican la industria, la agricultura y el pastoreo, pues promueven la emigración para fuera de nuestra Provincia, haciendo alejar de ella, por el temor que infunden a los hombres de que tanto necesita para aumentar su población y riqueza; y finalmente, desmoralizan y humillan al pueblo a fuerza de acostumbrarlo a presenciar actos de violencia que degradan la majestad de las leyes, y predisponen los ánimos al abatimiento, que siempre fue precursor de la servidumbre; y persuadido el Gobierno que solo casos de un orden y urgencia muy extraordinaria y momentánea pueden hacer que no se encuentren otros medios que la suplan, ha acordado y decreta".

(43) Una crónica de los sucesos se da a conocer en **El Hijo mayor del Diablo Rosado** (Buenos Aires, sábado 17 de mayo de 1828).

(44) Documento mencionado por Alfredo Montoya en su **Historia de los saladeros argentinos,** Buenos Aires, Editorial Raigal, 1956, pág. 41.

(45) DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, **Obras Completas,** tomo XXIII, **Inmigración y colonización,** Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1951, pág. 292.

El interés de Rosas por la tierra llega a tal extremo que todos los "servicios" prestados por él se le retribuyen en tierras. Recordemos únicamente la acción en cumplimento del tratado de Benegas, donde entre otras cosas recibe en propiedad la sociedad Rosas, Terrero y Cía. la renombrada Estancia del Rey, de dos leguas de frente por tres de fondo. De este expediente en el Archivo del Museo Mitre hay una copia caratulada: "Testimonio de la transferencia de la Estancia del Rey en la Pcia. de Buenos Aires que se adjudica a la Sociedad Rosas, Terrero y Cía. en pago del ganado entregado por éstos a la Provincia de Buenos Aires para que cumpliera con sus compromisos". Véase además: RICARDO LEVENE, **La anarquía del año 20,** Buenos Aires, 1954.

(46) **Registro nacional,** tomo III, pág. 260, Decreto firmado por Rosas y Tomás Guido.

(47) BENITO DÍAZ, **Juzgados de paz de campaña de la Provincia de Buenos Aires** (1821-1854), Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Historia, 1959, pág. 211.

(48) PARCHAPPE, **opus cit.,** pág. 358.

(49) **Ibidem,** pág. 359.

(50) Parchappe refiere el caso de un comandante cuyo cuñado atendía una pulpería. Los soldados, anota, "esquilmados despiadadamente, consumían en una o dos oportunidades, un mes entero de sus sueldos"... (Opus cit., pág. 381). ... "los pulperos tienen siempre interés en congraciarse con los oficiales, con el propósito de hacerse pagar las deudas que los soldados contraen diariamente en su casa"...

(51) PARCHAPPE, **opus cit.,** pág. 382.

(52) RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS. **Variaciones sobre la pulpería rioplatense** en **Revista de la Universidad,** Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, 1961, número 14, págs. 136-142.

(53) RENÉ PÉREZ, **Apuntes para la historia de Junín,** La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1950, pág. 20.

(54) **Los escritos de Frank Pedlington,** en **Anuario de Historia Argentina,** año 1939, Buenos Aires, 1940, pág. 378.

(55) LUCIO V. MANSILLA, **Rosas. Ensayo histórico-psicológico,** Buenos Aires, Sociedad impresora Americana, 1945, pág. 79.

(56) **Opus cit.,** pág. 79.

(57) Opus cit.

(58) XAVIER MARMIER, **Buenos Aires y Montevideo en 1850,** Buenos Aires, El Ateneo, 1948, pág. 75.

(59) WILLIAM MAC CANN, **Viaje a caballo por las provincias argentinas, 1847,** Buenos Aires, 1939, pág. 120.

LAURO AYESTARAN

LA PRIMITIVA POESIA GAUCHESCA EN EL URUGUAY

"Los diálogos de Hidalgo y de sus imitadores, no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puede negarse que fueron el gérmen de esa peculiar literatura gauchesca, que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana."

Marcelino Menéndez y Pelayo: **Historia de la poesía hispano-americana,** Madrid, 1913, tomo II, pág. 469.

"Bartolomé Hidalgo descubre la entonación del gaucho; eso es mucho. No repetiré líneas suyas; inevitablemente incurriríamos en el anacronismo de condenarlas, usando como canon las de sus continuadores famosos. Básteme recordar que en las ajenas melodías que oiremos está la voz de Hidalgo, inmortal, secreta y modesta."

Jorge Luis Borges: **Aspectos de la literatura gauchesca,** "Número", Montevideo, 1950, pág. 8.

1. CARACTERES GENERALES

La historia de la poesía gauchesca del Río de la Plata es la historia de la más sorprendente alquimia literaria que da, como resultado, uno de los cuerpos orgánicos más diferenciados y originales en la literatura de las tres Américas del siglo XIX.

Repetidamente se han lamentado los más eminentes historiadores y críticos de este movimiento, de la ausencia de una recolección de aquellos materiales folklóricos que, presumiblemente, venían corriendo por tradición oral desde el siglo XVIII hasta el momento en que los escritores posteriores al 1810 apresaron en el papel impreso su más alquitarada esencia. Esta es una de las ilusiones más curiosas. Seguros estamos de que lo que hubieran hallado, los habría sorprendido grandemente. Si el proto-folklorista de tal época se hubiera lanzado por esos campos de Dios —las tiernas cuchillas de la Banda Oriental, la desolada pampa o la mesopotamia argentinas—, habría recogido, en efecto, un sedimento folklórico colectivo de supervivencia del gran arte del romance, del villancico amatorio o navideño, de las letrillas virreinales de las coplas y décimas a lo profano y a lo divino, que configuran aún hoy un hecho tradicional latente. Por excepción no socializada, algún "changador", o "gauderio" le habría dictado "varias coplas que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores" al decir de Concolorcorvo, ese viajero misterioso que hacia ellos se acerca en la Banda Oriental alrededor de 1773 (1)

En ese sentido se ha sobrevalorado la función de aquel payador dieciochesco que se encarna, por ejemplo, vívidamente, en el Santos Vega de Mitre, Ascasubi u Obligado. Repite sicológicamente un hecho tan antiguo como toda la cultura occidental por lo menos y emplea fórmulas que se llamarán: "canto amebeo" en la antigüedad helénica, "tensón" y "joc parti",

en el ciclo trovadoresco, "payada de contrapunto" o "compuesto" en el ámbito rioplatense. El payador es un personaje de excepción y, como tal, no lleva en sí la representación de la colectividad folklórica. Se distingue de esa colectividad y resulta tanto más legendario, cuanto más individual y menos representativo. Quienes han realizado en el campo recolecciones folklóricas convendrán en que el cantor o recitador "de largas mentas", dicta, muchas veces, melodías y versos no socializados; su fama radica en su originalidad y, claramente, se diferencia de ese común denominador que presenta el hombre de todos los días, de gris tonalidad, donde vive normalmente la verdad folklórica.

No se crea, sin embargo, que ese sedimento folklórico del siglo XVIII, de presumible filiación culta europea o virreinal americana, fuera exactamente igual al importado; el pueblo debía haberlo fecundado en su augusta memoria; le habría alterado, quizá, alguno de sus caracteres específicos; y, al hacerlo sobrevivir, lo *folklorizó*. Esta es, por otro lado, la dinámica del folklore en nuestro continente.

El gaucho, en tanto, estaba esperando su turno; todavía no era un hecho folklórico. Y esa hora recién suena setenta años más tarde, después que el primitivo grupo de denodados escritores de la primera época fijan su léxico y lo implantan como lenguaje del día para devolverlo, luego, a la colectividad. Ahora que, por supuesto, esta literatura primigenia es popular, porque el escritor afina su oído para percibir la más sensible vibración de ese pueblo, le habla en su más secreto mecanismo y sobre él se apoya. Es popular, sí, pero aún no es folklórica. Y si el folklore "es la ciencia de las supervivencias inmediatas", al decir de Carlos Vega, cuya teoría aceptamos, esta literatura tiene que desaparecer de la capa superior, de actualidad, para aflorar en el estrato folklórico.

Vamos a estudiar, pues, el momento histórico en que el escritor culto —cultos eran todos los hombres citados en el parágrafo precedente— elige a un tipo aislado del ámbito rural rioplatense y lo recrea literariamente, por una profunda e imperiosa necesidad social y política de la época.

En las postrimerías del siglo XVIII ya está definida la imagen del gaucho anteriormente llamado changador, gauderio, guazo o camilucho en los documentos coloniales. Pero antes de entrar en las características de su tipo, cabe hacer notar que todos esos documentos son de parte interesada. Es la autoridad la que va a describir al transgresor; es el español el que va a definir a un tipo americano que nace. En cierto modo, esos documentos están viciados de insensibilidad antropológica; sus autores proceden de la misma manera que el antiguo etnólogo que quiere medir los alcances y la profundidad de una cultura indígena —su "paideuma" como diría Frobenius— con los "tests" de la alta civilización europea. Uno siempre piensa que si el indígena tuviera también sus "tests" y marchara con ellos al viejo mundo, el resultado de su encuesta sería altamente comprometedor para el orgullo de la cultura occidental. En esta descripción hay que suspender, pues, el juicio, y sin darle mayor trascendencia al adjetivo, atender a lo lisamente substantivo que es, por otro lado, la única y aprovechable verdad objetiva que ellos poseen.

El gaucho, en todo ese *corpus* documental dieciochesco, es un desclasado, holgazán, cuchillero, caballista y nómade; sobre todo y fundamentalmente: contrabandista. La verdad es que en ningún momento representa al proletariado campesino y su área de dispersión abarca las hoy provincias argentinas de Santa Fe —donde acaso aparece por primera vez—, Buenos Aires y Entre Ríos, la Banda Oriental en toda su extensión y la parte sur de Río Grande Do Sul, en el Brasil. Cabe reconocer, no obstante, que en la Banda Oriental el gaucho tiene en todo el siglo XVIII su *habitat* más definido, justamente por el especial estado de su organización ganadera. En la Argentina y en el Brasil existe un parcelamiento si no mayor por lo menos bien definido, del suelo; el Uruguay es, todo él, una inmensa estancia salvaje. Hasta la primera década del siglo XVIII sólo posee dos poblaciones: Soriano y Colonia, (ésta última, una simple plaza fuerte en permanente estado de guerra entre españoles y portugueses). A los diez años de fundada Montevideo, todo el país sólo cuenta con trece estancias. A mediados de ese mismo siglo, los centros poblados, fuera de algunas "doctrinas", no son más que cuatro, debiéndose agregar a los dos iniciales, Montevideo y Maldonado. Recién en la segunda mitad de esa centuria se fundan una docena más de pueblos. En su informe de 1795, el virrey Arredondo deja sentado su asombro ante este estado de cosas: "yo no sé cómo explicarme con respecto á los inmensos campos de la Banda Oriental de este río, donde, como V. E. sabe, se encuentran estancias de dominio particular, cuyo número de leguas compite con el que tie-

nen muchas monarquías y repúblicas, y aturde a los que no son hijos de la tierra". En ese mismo documento propone el virrey una solución: "Así como dije que la agricultura se podía hacer aquí más extensa, siempre que continúe la introducción de negros bozales, digo también ahora que esta introducción proporciona á los estancieros el hacerse de un regular número de criados con poco dinero, y poder de este modo resguardar sus estancias sin mucho gasto". Por último y ante el auge del contrabando en la Banda Oriental en la que participa el gaucho casi como única profesión suya organizada, exclama con impotencia: "Todos quisiéramos encontrar una llave con que cerrar de algún modo esta gran puerta". (2)

En la Banda Oriental — no así en la Argentina y en el Brasil la línea de división entre el peón de estancia y el gaucho se halla muy poco acusada. En las faenas de tasajo y corambre de los ganados cimarrones y alzados, participan el peón y el gaucho, éste último en calidad de trabajador a destajo, en algunas oportunidades.

Su filiación étnica es bastante clara: presumible mezcla de español o portugués con indígena, especialmente charrúa (recuérdese de paso que el charrúa emigra a Santa Fe durante el coloniaje) Su número, por otro lado, no pasa del millar en la Banda Oriental. En el año 1776, el francés Bougainville se refiere, por primera vez, concretamente al origen étnico del gaucho: "Se ha formado desde hace algunos años al norte del río [en la Banda Oriental] una tribu de bandidos que podrá hacerse más peligrosa para los españoles, si éstos no toman rápidas medidas para su destrucción. Algunos malhechores escapados de la justicia, se han retirado al norte de Maldonado; unos desertores se han unido a ellos; insensiblemente el número se ha acrecentado; han tomado mujeres entre los indios y ha comenzado una raza que no vive más que del pillaje. Roban bestias en las posesiones españolas para conducirlas a las fronteras del Brasil donde los Paulistas se las cambian por armas y vestidos. ¡Desdichados los viajeros que caigan en sus manos! Se asegura que son actualmente más de seiscientos". (3)

A punto de extinguirse el charrúa — la tribu más diferenciada que habitaba nuestro territorio en el momento del descubrimiento — sobrevive en la sangre del gaucho. No es una simple imagen literaria pensar que el río de la sangre sigue corriendo en las venas de esta nueva raza que nace. En numerosos documentos dieciochescos, ambos destinos son unidos. El virrey Avilés, en su informe de 1801, se refiere, en un mismo párrafo, a "los vagos que infestan aquellos campos robando ganado y mujeres y cometiendo varios homicidios" y a los "jentiles Charrúas y Minuanes, á desamparar aquellos terrenos ó reducirse á poblaciones, libertando aquellas estancias de sus incursiones en cualesquiera de estos casos". (4) Tiene el gaucho usos, costumbres e instrumentos del charrúa, entre ellos, el más notable: las boleadoras. Diego de Alvear en su diario (1783-91,), de la demarcación de límites, se anticipa con una aguda intuición a idear lo que habría de ser un escuadrón de gauderios armados de lazo y boleadoras. Veinte años después, las guerras de la independencia van a darle la razón. Dice así el precitado documento: "Una Milicia constituída sobre el pie de montura, lazo y bolas de los *Gauchos* ó *Gauderios* (así se llaman á los hombres de campo) por la ligereza de estas armas, nada expuestas al orín, q.e excusan el peso y el gasto de las municiones, su segura prontitud á obrar en todos tpos. secos ú de lluvias; y finalmente por su mayor alcance, nos hace presumir, podría sacar alguna ventaja sobre el Sable de la Caballería de Europa, en algunas circunstancias de la guerra, no tiene duda q.e sería utilisima y álomenos la novedad no dexaria de sorprehender y causar su efecto en las primeras funciones. La fogosidad delos Caballos Europeos no sabria conservar su formación á los pocos tiros de bolas: y el Sable ni la bayoneta impedir los estragos del Lazo". (5)

Concolorcorvo agrega, además, otros detalles de su vida en la Banda Oriental, precisando la distinción entre el gaucho y el colono: "Se pasean a su albedrío por toda la campaña con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen á su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero cantando y tocando". Cuando Espinosa y Tello, que viene en la expedición Malaspina, baja en Montevideo y, adentrándose un tanto en el país, toma contacto con ellos en 1794, anota lo siguiente: "Si es verano se van detrás del rancho á la sombra y se tumban; si invierno, juegan ó cantan unas raras seguidillas, desentonadas, que llaman de *Cadena*, ó el *Perico, ó Mal-Ambo*, acompañándolo con una desacordada guitarrilla que siempre es un tiple. El talento de cantor es uno de los más seguros para ser bien recibidos en cualquier parte y tener comida y hospedaje". (6)

Conviene recorrer las crónicas y diarios de viaje de Oyarvide (7), Aguirre (8), Lastarria (9)

o la muy importante de Manuel Cipriano de Melo (10) para reiterar esta impresión definida.

El gaucho completa su cuadro de disponibilidades con dos instrumentos: uno, musical, que ha tomado de la capa superior, la guitarra a la que llama vihuela, a la antigua usanza renacentista española; otro, de combate, las boleadoras que ha tomado de la capa inferior, etnológica, charrúa.

Es necesario, pues, comenzar por no confundir al campesino — patrón o peón de estancia — con el gaucho. Incluso es de imaginarse que como personaje pintoresco y excepcional, no representa el gris y tranquilo común denominador del hombre de campo; ni en sus costumbres ni en la jerga de su habla. Se conserva, a este respecto un precioso documento del léxico campesino deciochesco en el sainete colonial *El amor de la estanciera* que, presumiblemente, data de 1787. (11) Al "galán joven", Juancho se le ha confundido equivocadamente con un gaucho; es, sin embargo, un hombre de trabajo. La obra no acusa el desplante gauchesco de la literatura que va a nacer más tarde. Abunda, eso sí, en neologismos dentro de un habla de pura estirpe hispánica. No obstante, son ya neologismos asimilados y, como tales, precursores del dialecto rioplatense. Se trata de uno de los pocos documentos del habla campesina — no estrictamente gauchesca — de que disponemos en tan remota época. Y si lo que define — según vamos a ver — el carácter de la poesía gauchesca es su tono, convengamos en que *El amor de la estanciera,* no puede ser un claro antecedente como actitud mental y literaria.

De pronto la sociedad toda del Río de la Plata se convulsiona ante las invasiones inglesas, en 1807. Montevideo expresa literariamente la memorable reconquista con dos hechos del más puro corte académico: la alegoría dramática del presbítero Juan Francisco Martínez, *La lealtad más acendrada* y *Buenos Aires vengada,* y las odas de José Prego de Oliver, donde naufraga la natural fuerza popular del hecho en una fría y pedantesca contienda de los dioses.

Tres años más tarde suena la augusta hora de Mayo y el gaucho se enrola en los batallones de la patria naciente. No interesa, a los efectos que nos proponemos, analizar la sinceridad, o, mejor dicho, el convencimiento de su actitud; lo cierto es que, en número representativo figura en las huestes artiguistas. El "gaucho", es, además, un epíteto despectivo de los españoles hacia los batallones de patriotas, y éstos recogen el insulto y lo trascienden a una categoría de símbolo por obra y gracia de sus poetas primigenios. En este momento el antiguo gauderio desaparece casi como fenómeno social aislado y es recreado literariamente como una imperiosa necesidad dialéctica.

Aquí nace justamente toda la literatura gauchesca que se presenta como un cuerpo orgánico hasta el final de la Guerra Grande (1851), y que el lector podrá comprobar en el cuerpo documental de este trabajo.

Los caracteres de la literatura de esta primera mitad del siglo XIX son bien distintos de los de la segunda. Perdida su funcionalidad estricta, la poesía gauchesca sigue dos caminos: 1º) desciende al lecho folklórico campesino y late casi hasta nuestros días como supervivencia inmediata; 2º) se eleva a una categoría artística en el *Martín Fierro,* de Hernández, quien entra a paso firme en la gloria seguido jerárquicamente por dos baqueanos en estas lides: el argentino Estanislao del Campo con su *Fausto,* y el uruguayo Antonio D. Lussich con *Los tres gauchos orientales.*

Una razón *de dialéctica* política preside esta literatura augural gauchesca que hoy analizamos. La preside y la origina. Tiene que hablarle al hombre de la campaña para atraerlo a la causa de la independencia en los primeros tiempos y escoge un tipo diferenciado: el gaucho. Se sustituye por él. Mas, no conviene seguir adelante sin aclarar previamente que el poeta gauchesco no es un gaucho. Incluso, su experiencia anecdótica del hecho gauchesco no es muy rica. Aunque parezca extraño, desde el punto de vista estético, esto es lo normal. A los fines puramente artísticos, la experiencia es de distinto orden; está más en la sustancia que en el accidente, y convengamos en que la sustancia está dada en las esencias más intransferibles por la ceñida precisión de estilo que no deja paso a divagaciones pretendidamente "literarias", o, mejor dicho, retóricas.

Y esto fue lo que se le pasó por alto a Emilio A. Coni en su serio y despiadado libro contra el gaucho, (12) cuando objetó, desde Hidalgo hasta Hernández, pasando por Ascasubi y Estanislao del Campo, la falta de veteranía de todos ellos en cosas del campo, sus equivocaciones en faenas campesinas, en pelajes de caballos o en el conocimiento de secretos resortes que diferencian al baqueano del "maturrango".

Decíamos que la funcionalidad ceñida de esta poesía era su rasgo más acusado. No fue una preocupación retórica la que movió a Hidalgo, a Araúcho o a Ascasubi a redactar sus cielitos, diálogos, media-cañas o décimas. Fue una fulminante necesidad de expresión. El hecho artístico se les dio por añadidura pero no por azar, en el ajuste estricto de todos los resortes estilísticos. Todos ellos eran escritores de estirpe; con una naturalidad maravillosa dieron en el blanco de la poesía.

Y esta poesía tiene, además, varios caracteres comunes que conviene examinar pausadamente.

Cuando el "estilo gauchesco" nace después de 1810, su éxito fulminante lo transforma en una afiladísima arma dialéctica que pasa por distintas manos y colores, pero que sigue siempre fiel a su destino de expresividad del mundo circundante de la hora. Es patriota hasta el éxodo del pueblo oriental; después de 1820, expresa la amargura y desazón del día; en ese momento la Banda Oriental se halla soguzgada alternativamente por portugueses y brasileños y aparece, entonces, en una hoja impresa, una de las piezas más espléndidas de esa literatura: el *Cielito del Blandengue retirado,* que extractamos en sus estrofas pertinentes:

"...No me vengan con embrollas
De patria ni montonera,
Que para matarse al ñudo
Le sobra tiempo á cualquiera..."

"...Cielito cielo que sí
Baya un cielo para todos
Mirá que lindos patriotas
Los Portugueses y Godos..."

"...Cielito cielo que sí
Baya un betun por detras
Tres patrias hei conocido
No quero conocer mas..."

(De autor desconocido, entre 1821 y 1823).

En la década 1830-1840, se transforma en vara rectora de una justicia distributiva contra los malos políticos que se han enriquecido con la patria naciente, contra los oportunistas, contra los banqueros, contra los periodistas más o menos venales o "papeleros":

"...Venda aunque fuere su patria
En cambio de un carachá
Que después todo se olvida,
Y de ella será fiscal.
Cielito cielo, cielito
Cielito viva la gente
Que tiene con tuito el mundo
Un empleo permanente..."

(De "Manucho", en 1831)

"...Maniale, duro no mas
Hasta que muestren el cebo,
Que con los rechupetones
Que á la pobre Patria dieron
Les ha cresido la panza
Como les crese á los cerdos..."

(De autor desconocido, en 1832.)

"...Montá de una vez Ticú
Dale guasca al moro biejo,
Y haceles un tiro é bolas
A esos diablos papeleros..."

(De autor desconocido, en 1832).

Al estallar la Guerra Grande, este movimiento alcanza su tensión máxima y, con ella, se cierra su primer período funcional. En ese momento, Hilario Ascasubi, que hacía ya diez años se hallaba en Montevideo, encarna al Gobierno de la Defensa. Varios anónimos justifican literariamente al Gobierno del Cerrito que, en el mismo tono, responde a las andanadas del gran poeta cordobés; he aquí el "tónico" que en 1845 les recomiendan los hombres de Oribe a los "salvages unitarios, tan hambrientos como rotosos que se hallan encerrados en la infeliz plaza de Montevideo":

"...De osamentas salvajunas
Podridas y agusanadas
Tomarás diez cucharadas
Para saciar las hambrunas:
Bebereis luego en ayunas
El agua del Yaguaron
Por donde huyó el Pardejón
Chorreando hasta los talones
Dejando allí los calzones
A la *triple intervencion*..."

"...La dentadura postiza
De Vazquez boca prodida
Antes que se ponga roida
La fregaras con ceniza
Despues con vinagre y tiza
Pasado por un tamiz
Le lavarás la nariz
A Suarez rudo vegeto
Salvage, inmundo Peveto
Lechuzon de la Matriz..."

(De autor desconocido, en 1845).

Esta es, pues, la línea política que sigue sinuosa y estrechamente la historia de la pos-

sía gauchesca en el Uruguay, durante la primera mitad del siglo XIX.

Se ha repetido insistentemente que la poesía gauchesca es anti-pueblerina. Conviene precisar el término de "pueblero" que casi siempre está representado, en todo este cuerpo literior, por el "doctor" o mejor aun, el político que maneja desde su tranquilo bufete o en las antesalas de las convenciones de paz, los hilos invisibles de la lucha. Convengamos en que éstos no son la más limpia representación del hombre de los centros poblados. Este hombre normal *de pueblo*, lo conoce profundamente como que vive al lado suyo, lo cual explica que el poeta gauchesco, que es un pueblero, no sea precisamente un tránsfuga. En realidad, "el pueblero", como "el gaucho", son dos símbolos un tanto gruesos que expresan dos políticas con todas las grandezas y las miserias inherentes. Por eso dirá, en 1832, un verso anónimo semi-gauchesco, que hemos recogido en nuestra compilación:

"...Presidente Rivera
Hombre benigno:
¿Cuando querras librarnos
de tanto pillo..."

(De autor desconocido, en 1832).

Hilario Ascasubi nos va a exponer con una espléndida claridad toda esta teoría:

"..Así de la paisanada
los pueblerios con razon
suelen reirse, porque saben
que los gauchos siempre son
los pavos que en las custiones
quedan con la panza al sol,
y el que por fortuna escapa
de cair en el pericon
despues de sacrificarse
saca un pan como una flor
cuando tiene por desgracia
que arrimarse á un figuron..."

(De Hilario Ascasubi, en 1833).

¡Qué admirable anticipo, en el orden literario, de lo que casi cien años más tarde van a decirnos, a través de su teatro, Ernesto Herrera en *El león ciego* o Justino Zavala Muniz en *Fausto Garay, un caudillo!*

Y esta diatriba contra el mal político se torna más directa y acerba aun contra el extranjero interventor que quiere resolver en pocos días y muchas antesalas el conflicto de la Guerra Grande. Oigamos al mismo Ascasubi su interpretación gauchesca del diplomático inglés Lord Howden quien, en 1847, casi resuelve la paz en favor de Oribe:

".. Como *apareao* al invierno
ha *caido* por esta tierra
un *Loro* de Inglaterra
¡mozo lindo para yerno!
Hombre *Loro* tratador
que en el Rio de la Plata
trató con *Loro* Batata,
y el *Loro Restaurador*.
Y como tengo mis dudas
de cómo se llama el hombre,
pues no estoy cierto si el nombre
es don *Júden* ó don Judas..."

[Lord Howden]

(De Hilario Ascasubi, en 1847).

Mas, entremos en los otros caracteres de esta poesía que tocan de cerca el problema estrictamente literario de ella.

La casi totalidad de las composiciones se hallan cortadas con el patrón del verso octosílabo que las entronca con la más pura tradición hispánica del siglo de oro. La naturalidad plástica de este verso de ocho sílabas, que corre con la fluidez de la palabra cotidiana pero con la gracia del canto, no es una solución caprichosa, sino que obra como un resorte central dentro de esa maquinaria poética. El empleo del endecasílabo, por ejemplo, presupone un refinamiento métrico, incluso una tensión lírica y espiritual, distinta de las horas cálidas y cambiantes en que vive esa poesía. Por ello, salvo en aquellas piezas en que la frase musical de la danza —una media caña o una refalosa, por ejemplo — obliga a extender o acortar el número de sílabas para llenar las percusiones del ritmo sonoro, en todo el resto reina, soberano, el renglón octosílabo. Y este octosílabo se organiza en dos principios estróficos: el romance y la décima; el primero de ellos engendra una variante métrica criolla: el cielito; la segunda se presenta, a veces, bajo la forma de "trovo" o "glosa".

El romance reconoce el más antiguo y popular cuño español; es la forma métrica más adecuada para el relato o el diálogo; mas, cuando llega a América en el siglo XVI, es en la península ibérica un alto hecho cultural y actual; hasta el amanecer de la literatura gauchesca está latiendo, en el ámbito folklórico americano, como supervivencia inmediata. Hoy, a punto de extinguirse, sólo se conserva en el Uruguay a través del repertorio infantil, al decir de Carlos Vega, el último reducto de un folklore que va a morir. Hoy, el hecho folklórico es, justamente, el que fue actual y superior en la época de Hidalgo y Ascasubi. Entonces el folklore era presumiblemente el del ciclo del romance. De él lo extraen los poetas de la primera hora para enfrentarlo a la rica y compleja oda endecasílaba que los poetas coloniales del tipo de Lavardén o Prego de Oliver practicaban a diario.

El cielito, que reconoce una antigua filiación romancesca, es una cuarteta octosílaba cuyos versos 2º y 4º riman en forma consonante o asonante; ahora bien, lo que define a esta especie es el hecho de que *en* sus estrofas pares se presenta el siguiente estribillo en el primer verso y en el comienzo del segundo:

Cielito, cielo que sí.
cielito, etc....

Este estribillo se ordena de las formas más variadas, siendo las más comunes:

Ay cielo, cielo y más cielo
. . . . . .
Allá va cielo y más cielo
. . . . . .
Cielito, cielo, eso sí
. . . . . .
Digo mi cielo, cielito
. . . . . .
Cielito, cielo, velay
. . . . . .
Cielito, cielo, cielito, etc.

Paralelamente con el romance y su derivado gauchesco, el cielito, obsérvase en esta recolección el empleo constante de la décima. Esta tiene de la antigua "espinela" del Renacimiento, la ordenación de la rima consonante y la pausa en el cuarto verso, innovaciones ambas que fueron las que justificaron la invención de Vicente Espinel en el siglo XVI, ya que la simple sucesión estrófica de diez líneas existía de mucho antes.

La décima, que es hoy la estrofa más socializada del folklore lírico-musical uruguayo, fue implantada decididamente por esta generación de escritores gauchescos de los albores del siglo XIX. Actualmente se entona con melodía de estilo, milonga campesina y cifra.

Esta décima gauchesca se presenta, a veces, bajo la forma de "trovo". El trovo es la acepción dieciochesca de la décima en glosa. Consta de una cuarteta octosílaba llamada "cabeza" y de cuatro estrofas de décima llamadas "pie". Si el lector subraya el último verso de las cuatro décimas, reconstruirá, otra vez, la cuarteta inicial. Tiene su origen en el "zéjel" arábigo del siglo IX, y después de pasar por un período de esplendor en la edad de oro de la literatura castellana, corre a América alrededor del 1600 para sobrevivir en el pueblo. En 1832 se publica en el periódico montevideano "El Domador", un trovo cuya cabeza es la siguiente:

"No sueldos y ño Terrenos,
Chamusquina y Rabo Tieso,
Solo son Opositudos
Porque no tienen un peso..."

(De autor desconocido, en 1832)

Esta variante de décima en glosa estaría clasificada, de acuerdo con el tratado de Juan Alfonso Carrizo ([13]), entre "las glosas propiamente dichas del sistema C", cuyos principios regentes son dos: 1º) hay tantas estrofas en el pie, como versos en la cabeza; 2º) todos los versos de la cabeza, se repiten por su orden al final de las estrofas del pie. Estos versos de "El Domador", según su autor, fueron escritos "para cantar". En nuestros viajes de recolección folklórica hemos encontrado numerosos ejemplos similares; por la vía culta se conserva un trovo del siglo XVIII, escrito en Montevideo, por José María Pérez y Villada. Sobre ambos hemos escrito un comentario pertinente no hace mucho. ([14])

En casi insignificante proporción aparecen, también, en nuestra compilación la quintilla, la cuarteta y la octavilla. La media-caña y la refalosa exigen una versificación de pie forzado que se adapta, decíamos, a las necesidades del ritmo musical.

Entre los caracteres expresivos de esta poesía, y fuera de su contenido dialéctico de arma de combate, cabe destacar dos o tres direcciones que tocan más de cerca con la calidad sustancial de esta literatura.

En primer término: es un verbo poético conjugado en tiempo presente. Nace al calor del día y vive en su hora más luminosa y asoleada. Ausente de la nostalgia de lo pretérito, esta literatura se diferencia claramente de la posterior gauchesca la cual va a deleitarse, justamente, con el recuerdo de épocas pasadas. No rememora hazañas; las vive en ese momento y, por ello, quizás, no les da esa trascendencia resonante con que el recuerdo las transfigura. La muerte vigilante, el suplicio, la guerra, son accidentes inevitables y cotidianos que rondan al poeta. Él, apenas subraya con un humor agrio o un sombrío gracejo, estos acae-

cimientos. La valentía y el miedo no son cualidades afirmativas o negativas sino lisos y cambiantes estados de ánimo. Hay una pieza admirable en ese sentido: Manuel Oribe anuncia, con varios días de anticipación, que el 25 de agosto de 1843 asaltará Montevideo con diez y ocho mil hombres y cuarenta piezas de artillería. Hilario Ascasubi, desde la plaza sitiada, no puede resistir más la impaciencia de ese ataque que, presumiblemente, habría de liquidar al Gobierno de la Defensa, y le sale al paso con cuatro décimas como para quebrar el suspenso y decidir al sitiador a la acción:

"Pero amigo don Ciriaco
usté solo se ha *guasquiao*
pues *naides* le ha preguntao
si está en *carnes* ó está *flaco.*
Con diez y ocho mil y el *naco*
de los cuarenta cañones
nos sacan á pescozones:
¡qué diablos se anda empacando!
¿ó sigue siempre esperando
el verano y los melones?
Con seis mil de gente infantes
toda tropa *violinista*
¡el demonio que resista,
y la burra que lo aguante!
Atropelle y al instante
verá aónde vamos á dar:
¿á qué nos quiere asustar?
¿no es mejor de que mansitos,
nos *agarre* á toditos,
y nos mande *aserruchar?...*" etc.

(De Hilario Ascasubi, en 1843).

Cuando en 1872 publicó en París sus obras completas, recordando esta circunstancia, al transcribir la composición de referencia, anotó lo siguiente: "Con tan terrible amenaza se asustaron todos los sitiados; y el *Gaucho* [Ascasubi] más asustado que ninguno, apenas atinó a cantar los versos siguientes que dedicó al presidente legal, antes del ataque".

La gracia corre, además, a tubo suelto en este iluminado cuadro de la poesía gauchesca. Una gracia sana y pimpante que está latiendo hasta en el empleo del documento escatológico, esa "mala palabra", que suena con una limpieza trascendida por su misma necesidad de irrupción. La imagen vuela con velocidad fantástica desde la más refinada intención hasta el más grueso epíteto. La felicidad en la observación directa, la graficidad de la imagen se revelan en todas y cada una de estas poesías. Tomemos, por ejemplo, a uno de los escritores no oficialmente representativos del género: Manuel de Araúcho. He aquí cuatro momentos de primera categoría literaria en ese sentido, donde, como al pasar por un prisma, se abre todo el espectro de la imaginería gauchesca: ya tiernamente amistosa en la primera, ya sombría y sentenciosa en la segunda, con expresivo gracejo en la tercera y gruesamente colorida en la cuarta:

"...Mande que vayan cebando
Un matecito ño Trejo,
Y vamos un verde echando,
Mientras le saco el apéro
A este mi mancarron bayo
Porque ya lo vé que tiene
El corazón palpoteando..."

"...Mire, que no somos zainos
Por mi parte, le aseguro
Que si le sirvo de enfado,
Donde hay yeguas potros nacen,
Y hai en el campo caranchos,
Que comen la carne humana,
Cuando algún tajo bien dáo
Nos echa á dar cuenta á Dios
De todos nuestros pecaos..."

"...De allí yo me fui derecho
A ver si tomaba un trago.
Fuí al café de Catalanes,
Había un monte soberano
Y en dos entreses amigo
Me dejaron tiritando..."

"...Eché mano al alfajor
Diciéndole: ladronazo,
Largue el mono, hijo de angúlo,
O sino le saco el guano..."

(De Manuel Araúcho, en 1835)

Otra peculiaridad definida de esta poesía finca en el hecho de que el paisaje está ceñido a la dimensión física y espiritual del hombre. La escala humana se halla siempre presente; no hay descripción que no esté sometida naturalmente a una funcionalidad estricta dentro del poema. Al describir la batalla de Carpintería en 1836, oíremos a "Perico Cielo" esta felicísima acotación plástica:

"...¿No has visto cuando hace el viento
Sobre el trigal una raya
Que se dueblan á la furia
Las espigas en batalla?
Pues ansi los milicianos
Se metieron al fandango
Sin desmentir dela fila
La pisada de un chimango..."

(De "Perico Cielo", en 1836).

Decíamos que una característica definida de todo este movimiento reside en el hecho de su organicidad compacta. Tiene algo de la coparticipación colectiva de numerosos escritores en una sola obra; incluso los nombres de los personajes —Chano, por ejemplo, o Contreras— pasan de mano en mano; los inaugura Hidalgo y los recoge Ascasubi.

El estilo, en este caso, es una gran superestructura, no una definida expresión personal, al punto de que si nos propusieran como problema estilístico fijar el autor de una composición poética de este grupo, tendríamos que recurrir a un criterio histórico —personajes o sucesos a los que se refiere dicha composición y que ya trató determinado autor—, y no al matiz estrictamente literario de la misma, que presenta en todos los autores una extraña unidad inquebrantable. No hay una sola nota discordante. Y sin proponérselo deliberadamente como doctrina estética nacionalista, sin decretos ni academias, estos escritores dan en la flor más diferenciada de la nacionalidad.

Por algo el pueblo la recoge y la fecunda, luego, y la hace sobrevivir hasta nuestros días. Está apoyada inicialmente en el pueblo —aunque no es obra anónima de gente de pueblo— y hacia él vuelve cuando muere en el estrato superior. He aquí, en verdad, "la sabia agricultura de la muerte", como diría Quevedo.

2. LOS ESCRITORES

De entre el puñado de autores desconocidos, escritores cultos que incursionaron en la vena gauchesca, y literatos funcionales del género, tres nombres refulgen con luz propia en este repertorio de la primera mitad del siglo XIX: **Bartolomé Hidalgo, Hilario Ascasubi y Manuel de Araúcho.**

No es de extrañar que incorporemos al poeta cordobés Hilario Ascasubi en el cuadro de la literatura gauchesca uruguaya. Después de dos anteriores estadías en 1824 y 1830, se radicó, a partir de 1832 y por espacio de 19 años, en nuestra capital. En ese período escribió y publicó el ochenta por ciento de su obra, incluso las dos primeras entregas del *Santos Vega.* Escribió en el Uruguay sobre sucesos uruguayos y dentro del más diferenciado acento popular de nuestro país. Por derecho conquistado, y no por el accidental y gratuito hecho de su nacimiento, Ascasubi debe integrar, entonces, nuestro patrimonio literario en la misma medida en que el montevideano Hidalgo integra también, el patrimonio literario argentino. Y he aquí que este canje de nombres viene, en último término, a soldar aun más la unidad histórica de la familia rioplatense.

Las dos ajustadísimas composiciones gauchescas de Manuel de Araúcho fueron, para nosotros una revelación que nos obliga a un comentario más pausado sobre su persona.

Junto a las de ellos, se deslizan varias composiciones de autores desconocidos, algunas de las cuales son de singular calidad gauchesca, como el *Cielito del Blandengues retirado* (Nº 14), y dan, a todo este repertorio, la fuerza misteriosa y secreta de lo popular.

Los restantes autores son nombres de reconocido ejercicio literario que, accidentalmente, dan en la flor del léxico gauchesco: **Francisco Acuña de Figueroa** (1790-1862), el viejo cantor de nuestros fastos históricos y de nuestra minucia cotidiana, un escritor de estirpe que nos brinda, entre otras composiciones, un cielito culto en 1829; **Fernando Quijano** (1805-1871), el adelantado del primitivo teatro uruguayo, proteico personaje, actor, autor, músico de afición, bailarín, militar, periodista, director de escena y, a ratos, versificador; **Alejandro Magariños Cervantes** (1825-1893), que ensaya una variante gauchesca del Arrorró y recoge ciertas fórmulas del arte payadoresco; y **José Prego de Oliver** (1750-1814), el cantor colonial de la gesta de las invasiones inglesas, que nos ofrece una letrilla amable con típicas locuciones o giros criollos.

La recopilación se inicia con una extensa composición colonial que, si no es en ningún momento obra de "mester de gaudería", anticipa empero misteriosamente cierto airecillo gauchesco y una vívida descripción del personaje en torno del cual se organiza toda esta literatura.

Bartolomé Hidalgo — La biografía de Bartolomé Hidalgo animada inicialmente según se supone por José Rivera Indarte en 1842 y detallada seriamente por Martiniano Leguizamón en el siglo actual, fue coronada con una excelente monografía de Mario Falcao Espalter, hasta ahora el trabajo más completo, que alcanzó dos ediciones complementarias. En ese ínterin, la obra de Hidalgo fue vastamente irradiada a través de exégesis, biografías y antologías, y hoy cuenta con una bibliografía que llega casi al medio centenar de títulos. (15)

Algo hemos avanzado en el sentido de un mejor conocimiento de nuestro augural poeta gauchesco. Entre las más remotas biografías

inéditas, nos cumple destacar la de Andrés Lamas cuyo manuscrito que data de 1845 aproximadamente, se conserva en el Archivo y Biblioteca "Pablo Blanco Acevedo" del Museo Histórico Nacional. (16) En ese entonces, Lamas preparaba una antología poética "Poetas del Río de la Plata" y en el capítulo dedicado a Hidalgo, estampa una biografía, conocida hoy a través de los trabajos de Juan María Gutiérrez y transcribe el unipersonal *El Triunfo* fechado en 1818 y los tres conocidos diálogos gauchescos. Este manuscrito aún inédito, sin aportar mayores datos, viene a robustecer la exactitud de la paternidad de estas cuatro piezas atribuidas al poeta uruguayo.

Nació nuestro escritor en Montevideo, el 24 de agosto de 1788, siendo sus padres Juan José Hidalgo y Catalina Ximénez, ambos naturales de Buenos Aires y de condición social muy modesta. No ha quedado ningún recuerdo de su envoltura física. Sus biógrafos más antiguos aseguran que era de constitución débil y enfermiza. Hoy podemos agregar un solo detalle a este respecto, que debe ser manejado con sumo cuidado. En 1817, a través de una correspondencia inédita de Joaquín de la Sagra y Periz, éste le llama "mulatillo". En cierto modo, esta afirmación viene a coincidir con la del Padre Castañeda quien, en 1821, desde "La Matrona comentadora", lo llama "oscuro montevideano", agregando "que es un tentado de eso que llaman igualdad, para lo cual hay algunos impedimentos físicos". Hidalgo editó entonces su folleto *El autor del diálago entre Jacinto Chano y Ramón Contreras contesta a los cargos que se le hacen por La Comentadora*, la única pieza que en vida publicó con sus iniciales "B. H." y en la que, con noble entonación y dejando a un lado las malevolentes palabras de su contrincante, declaró: "Que sirvió a la patria de 1811 a 1815; que tuvo bajo su cuidado más de $ 80.000 en efectivo, y útiles del ejército y $ 3.000 en especies; que estuvo en el sitio contra Montevideo y en los 22 meses del nuevo sitio, sin que jamás faltara a su deber; que en 1818 vino a Buenos Aires, donde se le ofreció un cargo en la secretaría de Gobierno que no aceptó, porque no había venido a buscar empleo, sino a trabajar, como estaba acostumbrado a hacerlo para mantener a su madre infeliz, cuya situación dependía del sudor de su frente". (17)

¿Corría en sus venas alguna parte de sangre africana, o lo de "mulatillo" y "oscuro" fueron sencillamente indignos epítetos de desprecio? ¿Cuáles eran sus "impedimentos físicos"? El documento de Sagra y Periz no es muy claro al respecto, y sobre él volveremos en el correr de la presente nota biográfica.

En 1803, Hidalgo entró de dependiente en el comercio de Martín José Artigas, padre del caudillo, y en 1806 le encontramos como empleado del Ministerio de Real Hacienda, en calidad de meritorio. Durante las invasiones inglesas se batió en la acción del Cardal, el 20 de enero de 1807, integrando presumiblemente el "Batallón de los Partidarios de Montevideo". Desalojados los ingleses, Hidalgo retornó a su puesto en el Ministerio, donde permaneció hasta que la convulsión artiguista de 1811 le atrajo a su seno.

Ya en esa época, Hidalgo se hallaba en contacto con las musas; unas musas retóricas, altisonantes y patrióticas que le dictaron sus primeros himnos y marchas. La formación literaria del que había de ser nuestro primer poeta gauchesco, ya estaba asentada entonces, al punto de que desde el periódico "Gazeta de Montevideo", que defendía la dominación hispánica, se le tilda de "cultolatiniparlo". (18) Esta noticia, hasta ahora inédita, viene a corroborar la presencia de algunas perdidas composiciones de Hidalgo anteriores a las ya conocidas, puesto que su *Marcha Nacional Oriental*, la primera que poseemos, fue escrita dos meses más tarde. En todo caso, revela que nuestro poeta no se improvisó bruscamente en el ejercicio literario.

Atraído desde el primer momento por la Revolución, en 1811 acompañó a las tropas artiguistas en Paysandú y Salto. Fue administrador y comisario de guerra y se incorporó a las fuerzas patriotas en el memorable sitio de Montevideo. En ese ínterin, compuso, además de la *Marcha*, dos cielitos patrióticos que, según consigna Francisco Acuña de Figueroa en su *Diario Histórico* del sitio, los soldados entonaban acompañándose a la guitarra, en las noches del asedio. Este es el único documento probatorio de la existencia de tales cielitos entre 1812 y 1814, aun cuando debe advertirse que las notas a la crónica rimada del sitio, donde figuran dichas referencias, fueron redactadas años más tarde por Acuña de Figueroa y en ninguna de ellas se habla de Bartolomé Hidalgo como presunto autor de las mismas.

Al mes siguiente de la entrada de Alvear en Montevideo, producida el 23 de junio de 1814, Bartolomé Hidalgo, que venía con las tropas, fue nombrado administrador de Correos. Retiradas las fuerzas argentinas en 1815, el nuevo gobierno nacional de Otorgués designó a Hidalgo Ministro Interino de Hacienda, puesto que dejó al poco tiempo para ocupar el cargo de Oficial Mayor en el mismo ministerio. El 30 de enero de 1816 representóse, en la Casa de Comedias, su unipersonal *Sentimientos de un Patriota* y, casi de inmediato, se le nombró Director del mismo teatro.

El teatro montevideano fue, desde su fundación hasta el final de la Guerra Grande, espejo de costumbres y de ideales políticos. La suya es la más apasionante historia general de nuestro país. Nació en 1793 "para divertir los ánimos delos habitantes de este Pueblo que podrían padecer alguna quiebra en su fidelidad, con motibo dela libertad, que había adoptado la República Francesa" (19), según declara su fundador, Manuel Cipriano de Melo, al hacer testamento en 1806. Durante más de medio siglo, el teatro fue la más formidable arma dialéctica de convencimiento. El gobernador español Antonio Olaguer y Feliú ordenó su erección en plena dominación hispánica, como institución de alta finalidad política; en él se entonaron loas a la monarquía española y se representaron comedias donde se exaltaba la tutela de sus serenísimas majestades. Cuando en 1807 los ingleses tomaron Montevideo, éstos cometieron la más grave equivocación política: clausuraron el teatro y lo habilitaron como local de compra y venta de casimires y productos del país. (20) Creyeron, quizás, que con la fundación de "La Estrella del Sur", el primer periódico montevideano, podían obtener idéntico resultado. Se olvidaban de que, en ese entonces, la mayor parte de la población era analfabeta. Así les fue. Al cabo de unos meses tuvieron que retirarse en derrota. Cuando el Gobernador Elío tomó las riendas del gobierno, muy hábilmente reabrió, con toda pompa, el teatro y, en él, se representó el drama alegórico del presbítero Martínez *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada* donde se exaltaba la reconquista de Buenos Aires y se cantaban loas a los reyes hispánicos. Amaneció el sol de Mayo, y ocupada Montevideo por el gobierno patrio, Otorgués, con un alto designio político, provocó el estreno del unipersonal de Hidalgo *Sentimientos de un patriota* y nombró luego a aquél director del teatro. Al penetrar en Montevideo las tropas portuguesas, al mando de Lecor, éste transformó el teatro en arma política favorable a la monarquía lusitana. Convenía al Barón de la Laguna propiciar las representaciones teatrales y dar lustre a su brillante cohorte. Estaba dentro de sus planes. Cerrada, en los primeros tiempos la Casa de Comedias y adeudándose a los cómicos de la compañía de Juan Quijano y su esposa Petronila Serrano varios emolumentos, resolvió, el 4 de junio de 1817, que los actores fueran pagados en sus atrasos, la mitad en moneda y la otra mitad en especies (21); dos días más tarde, se les instó a que se hiciesen cargo del teatro en algo así como una sociedad cooperativa (22), cosa que se cumplió llevándose a escena *Las esposas vengadas*, pieza interpretada por la Compañía Quijano con la intervención de un jovencito llamado Juan Aurelio Casacuberta quien tomó a su cargo el último papel del reparto: un criado. (23) Con el correr de los años; Casacuberta había de ser el más grande actor americano del siglo XIX. Llegaron luego los días memorables del desembarco de la Agraciada. Obtenida, por fin, la libertad de la Nación, el mismo día en que se juró la Constitución, el 18 de julio de 1830, gobierno y pueblo clausuraron los fastos del día con su concurrencia al teatro donde se representó *Lanuza, fiel defensor de las leyes* (24), exaltación del orden jurídico, como convenía a este acaecimiento. Al estallar la Guerra Grande, siguió siendo el teatro una formidable tribuna de convencimiento político, esta vez en pro del Gobierno de la Defensa; en sus tablas se representó la ardiente pieza de Francisco Xavier de Acha *Una víctima de Rosas*. Recién después de 1851, el teatro penetró en la organización comercial de la época y perdió su sabroso color político que lo había definido como un fino sismógrafo a través del cual se registraban las menores vibraciones del orden social y político.

Pero volvamos a nuestro primigenio poeta. Durante el período netamente artiguista, Hidalgo escribió un segundo unipersonal *Idomeneo*, cuya autenticidad se ha puesto en duda, la *Marcha Nacional* de 1816, al saberse de la invasión de Lecor, y el *Cielito Oriental* contra los portugueses, en agosto de ese mismo año.

El 27 de enero de 1817 entró Lecor, al frente de las tropas portuguesas, en Montevideo e Hidalgo pasó a ser censor de la Casa de Comedias. De este último período montevideano del poeta, data su epitalamio *A don Francisco Solano de Antuña en su feliz unión*, fechado el 7 de enero de 1818.

Con fina crueldad o, acaso, con la complicidad del escritor, el Barón de la Laguna puso a Hidalgo, cuyos versos contra los portugueses aún resonaban en los oídos de los patriotas, a la tarea de corrector de los textos

literarios que se representaban en la Casa de Comedias. Fue en este momento cuando Joaquín de la Sagra y Periz escribió desde Montevideo a su amigo Agustín Rodríguez, en carta fechada el 1º de mayo de 1817: "Para celebrar la venida delos pacificador.s y divertir al Pueblo se abrió el teatro baxo ladireccion de Quixano este dió p.r primera la comedia titulada spre. triunfa la inocencia, enq.e noseq.e papel hace uno denros. Reyes de Castilla: fué llamado aldia sig,te p.r Bianqui (Rexidor) y recivió deél una seria reprehension diciendole q.e el gobierno militar sehabia quexado de q.e nombrase á nros. reyes en la representación, y q.e se abstuviese dehacerlo: Pasó áver al Governador Sebast.n Pintos, yeste le dixo. q.e no era cierta la quexa. p.r su parte, p.ro q.e puesto q. este Pueblo havia estado dividido en bandos y q.e el obgeto del teatro era procurar la honesta distraccion del publico y no elfomento deaquellos, novolviese ádar álus ninguna pieza q.e de cualquier forma pudiese ([chocar a o]) disonar á cualquiera de ellos. Posteriormente llevó una comedia al mulatillo hidalgo (q.e esta de corrector) y en una escena donde p.ra publicar unbando decia el original,*por el Rey;* borró estas palabras, y puso *por el General.*" (25)

De todas maneras, tanto daban a Hidalgo reyes españoles como generales lusitanos. Pese a todo ello, al poeta se le hacía insostenible la situación en un Montevideo dominado por los portugueses y, en marzo de 1818, emigró a Buenos Aires.

El período de creación más trascendente de Hidalgo abarca los tres años finales de su vida. A partir de 1820 escribió sus últimos cielitos, que se vendían por las calles como hojas sueltas, a la manera de compuestos, y, al año siguiente, sus tres diálogos patrióticos. Contrajo matrimonio con la porteña Juana Cortina, el 20 de mayo de 1820. Atacado de tuberculosis pulmonar, murió en las afueras de Buenos Aires, en el caserío de Morón, el 28 de noviembre de 1822. "Fue tan oscuro su destino —dice Falcao Espalter— que al morir, su cadáver ha sido pasto de la fábula, pues nadie sabe aún donde fueron a parar los tristes huesos de aquel hombre. Posiblemente, la miseria, que como un fraile del Orden de San Francisco, le acompañó desde la cuna a la sepultura, mezcló en la fosa común las cenizas aún calientes de Hidalgo. Pero este mismo olvido, esta desventura suprema es prenda de inmortalidad ante los ojos del espíritu: de entre la muchedumbre de los muertos, sus huesos darán luz". (26).

Hilario Ascasubi. — La infancia y la adolescencia de Hilario Ascasubi están envueltas en un hálito de fantasía o leyenda que el mismo interesado tuvo la gracia socarrona de propiciar. Efectivamente, la vida de Hilario Ascasubi hasta 1850, fue contada de manera algo contradictoria por Emilio Mangel du Mesnil (27), José María Torres Caicedo (28), Bénedict Gallet de Kulture (29), y Heraclio C. Fajardo. (30) Ascasubi prohijó algunas de ellas en el prólogo de la edición francesa del *Santos Vega* en 1872 y, a su vez, en tono zumbón publicó en *Aniceto el Gallo* su fragmentaria autobiografía. Ninguna de ellas concuerda exactamente en el detalle.

Su biografía fue nuevamente esbozada, a su muerte, por Rafael Hernández —hermano del autor de *Martín Fierro* y amigo personal de Ascasubi— en *Pehuajó.* (31) En nuestro siglo, la trazaron, otra vez, Ricardo Rojas (32), Martiniano Leguizamón (33), Eleuterio F. Tiscornia (34) y Manuel Mujica Láinez (35), este último su biógrafo más completo, hasta la fecha. No obstante, en todas ellas hay algunas diferencias de fechas y de hechos.

Para complicar aun más este estado de cosas, vamos nosotros a aportar algunos documentos inéditos —la constancia de un Hilario Ascasubi "vecino de Montevideo" en 1824; o su partida de matrimonio en 1832, y no en 1837 como hasta ahora se ha venido repitiendo— que se intercalan en la compleja cronología de su vida.

A principios de 1807, el andaluz Mariano Ascasubi de indudable ascendencia vizcaína, y su esposa Loreta Elía, de familia cordobesa, emprendían viaje desde la Córdoba colonial hacia Buenos Aires, en pesada carreta. Al llegar a la posta de Frayle Muerto, donde hoy se levanta la ciudad de Bell-Ville, doña Loreta sintió dolores de parto y dio a luz un niño. El día 14 de enero de 1807, nació Hilario Ascasubi. No hay constancia certificada del hecho, ni del lugar ni de la fecha. Rafael Hernández, en 1896, deja sentado que "nació en un punto de la Provincia de Córdoba que él nunca quiso recordar, á imitación de Cervantes el 14 de Enero de 1807." (36). Ya desde el día de su accidentado nacimiento, la leyenda comenzó a rondar, pues, en la biografía de nuestro poeta.

Radicados los padres en Buenos Aires, recibió su primera instrucción en el Convento de San Francisco. Alrededor de 1819 fugó de la casa paterna y emigró del país en una leva, en calidad de tambor de una goleta, donde le ocurrieron toda clase de aventuras. Entre bromas y de veras, años más tarde, Ascasubi relataría personalmente todos estos acontecimientos: "yo soy hombre corrido, sabido, leido y escribido, porque de *charabon* me agarró un *flaire* que confesaba á mi hermana [Clara Ascasubi], y me llevó al convento de San Francisco, adonde me enseñó hasta la mitá de la Bramática [gramática] en latín, y el ayudar á misa; y no aprendí la Jergafría [geografía] porque le hice una *juida* al padre, y luego me agarraron de *leva* para los barcos, cuando la guerra con Portugal; y entonces me soplaron de tambor á bordo de una *boleta,* que la mandaba un oficial de marina criollo patriota y guapo, medio parecido á muchos de los de hoy en dia... si señor"... "como le iba diciendo: en la boleta salimos y anduvimos por esos mares de Cristo traginando de corsario, hasta que nos pagó un *albazo* y nos agarró con barco y todo un comendante llamado *Yuan das Botas,* guapazo el Portugués; y ese mesmo me llevó á Portugal, y me tuvo hasta que me le escapé en otro barco y fuí á dar por las tierras de Uropa en la Inglaterra y la Francia; por allá me aguanté como cinco años, de manera que hasta soy *lenguaraz* en esas lenguas. Luego de Uropa, caí á Malparaiso: de alli por la cordillera atravesé y anduve en todas las guerras del dijunto Quiroga, que esté gozando de Dios, y de ahí vine á Entre-rios, y últimamente á Buenos Aires, aonde estoy á su mandao." (37)

Según sus biógrafos, Ascasubi se hallaba de regreso en Buenos Aires en 1823, y hacia setiembre de 1824 partía para Salta, transportando la benemérita imprenta de los Niños Expósitos que, en esa provincia, iba a hacer gemir sus prensas, por última vez, bajo la nueva denominación de "Imprenta de la Patria" y, posteriormente, "Imprenta del Estado".

Ahora bien; un nuevo documento viene a iluminar el período que va desde su llegada a Buenos Aires hasta su partida a Salta. En ese ínterin, Hilario Ascasubi se radicó en Montevideo y, acaso, fue éste el primer contacto que tuvo con nuestros hombres y con nuestra ciudad adonde volverá primero en 1830 y luego, en 1832, para permanecer a partir de esta última fecha por espacio de 19 años, y producir casi toda su obra literaria en nuestro medio. Efectivamente, entre el manojo de pasaportes correspondientes al año 1824, y cuya pista nos porporcionó, con su proverbial generosidad, el historiador don Juan E. Pivel Devoto, hallamos el siguiente, dirigido al Barón de la Laguna, y fechado en Montevideo el 26 de abril de ese año: "Hilario Ascasubi: Vecino de esta Ciudad ante V.E. con todo respecto, me presento y digo: q.e me es de Necesidad el pasar á B.s Ay.s á Diligencias propias y para verificarlo pido y suplico se sirva concederme la correspondiente licencia y recibiré Merced. [fdo.] Hilario Ascasubi". (38) Lecor firma la autorización de "Dese gratis o Pasaporte ao Supplicante" en el día de la fecha.

A los cinco meses, Ascasubi partía para Salta y editaba allí "La Revista Mensual de Salta", redactada por José Ildefonso Arenales y cuyo primer número vio la luz el 30 de setiembre de 1824. Por divergencias con el redactor —hijo del Gobernador Juan A. Alvarez de Arenales—, que trascendieron al público en ruidosa querella, Hilario Ascasubi abandonó la ciudad y se incorporó, a fines de 1825, al batallón de Cazadores del coronel José María Paz que intervendría en la guerra contra el Imperio del Brasil. Martiniano Leguizamón asegura que en 1827 se trasladó al Uruguay "siendo uno de los vencedores de Ituzaingó, como voluntario del contingente reclutado en Salta, cuando aún era menor de edad, pues había nacido en 1807". No trae documento probatorio; otros biógrafos declaran que, en ese momento, se hallaba en Catamarca en las guerras contra los caudillos.

En el período de su vida militar comprendido entre 1826 y 1828, ascendió de soldado voluntario a teniente del Regimiento 17 de Caballería de línea, en Catamarca; pasó, luego, al regimiento de Granaderos de Colombia y el 27 de actubre de 1826 intervino, con las fuerzas de Lamadrid, contra Quiroga en la batalla del Tala, ganada por éste último. Un año más tarde, acompañó, otra vez, a las tropas de Lamadrid en el combate del Rincón de Valladares, en el que volvió a triunfar el caudillo riojano. Huyó Ascasubi a Salta y estuvo varias semanas entre la vida y la muerte, atacado de chucho. Convaleciente todavía y en el período durante el cual Facundo Quiroga había decretado una amnistía, conoció al Tigre en una entrevista que Bénedict Gallet de la Kulture relata en una página de pintorescos y brillantes contornos.

Dirigióse, después, a Santiago del Estero y, de allí, saltó a Buenos Aires. En 1828 se

cerraba el primer período militar de Ascasubi al enrolarse éste en el Partido Unitario. Lavalle, en su calidad de Gobernador Interino, lo elevó al grado de capitán.

Triunfante Rosas, Ascasubi pasó al Uruguay en 1829, encontrándose con Lavalle en la ciudad de Mercedes. Fue esta la segunda estadía del poeta en nuestro país. A principios de setiembre de 1830, redactó el único número del periódico "El Arriero Argentino" (39), de violenta política antirrosista, editado por la Imprenta del Universal, y preludio de sus posteriores actividades periodísticas en "El Gaucho en Campaña" (40), de 1839 y "El Gaucho Jacinto Cielo" (41), de 1843.

A fines de ese mismo mes de setiembre de 1830 Ascasubi volvió subrepticiamente a Buenos Aires, y fue apresado por los agentes federales de Rosas. Casi dos años permaneció, entonces, en prisión, siendo cruelmente tratado hasta que, en agosto de 1832, después de saltar un muro de diez metros de altura, logró huir, escondiéndose en el Convento de San Francisco. Una noche, desde el Riachuelo, cruzó en una pequeña embarcación a la costa oriental y, de allí viajó hacia Montevideo. Cuatro meses más tarde, el 22 de diciembre de 1832, se casaba en la Iglesia Matriz (42) con Laureana Villagrán a la que, presumiblemente, conocía desde sus anteriores estadías en nuestra capital. Su partida de matrimonio ilustra, en reproducción facsimilar, este trabajo. Trece hijos diole su esposa; tuvo la tristeza de enterrar a once de ellos. Tan sólo Horacio y Américo Ascasubi sobrevivieron al padre.

Su casa en Montevideo fue refugio de los emigrados argentinos que en la década 1830-1840 huyeron, en gran número, de la tiranía rosista. Sin grandes medios de fortuna y dedicado a las tareas más diversas, dividió el tiempo entre sus trabajos y sus versos. Fue importador de camisas, vendedor de lanas, corredor de alhajas y panadero. Al estallar la Guerra Grande en 1843, Hilario Ascasubi tenía establecida una panadería y se preocupaba por mejorar el pan de munición que se servía a las tropas durante el asedio. Hombre de empresa y lucha, en pleno sitio hacia 1847, pidió pasaporte al Departamento de Policía para trasladarse con trece peones suyos a las islas de Yaguarí, en el Río Uruguay. No establece la referencia qué suerte de negocio tentaba Ascasubi en esta oportunidad; presumiblemente se trataría de la importación de lanas o maderas a la plaza de Montevideo. Consigna simplemente un aviso del "Comercio del Plata". "Departamento de Policía. / Solicitan Pasaporte. — Día 1.º / D. Ilario Ascasubi, con sus peones Juan Morales, Pantaleon Perez, Raimundo Loizo, Antonio Reyes, Juan Guillari, Lazaro Morandi, Vicente Morales, Manuel García, Pedro Ramos, Manuel Verde, Antonio Aroche, Francisco Ramos, y José Díaz... Islas de Yaguarí". (43)

Decíamos que en esos diecinueve años de permanencia en Montevideo, Ascasubi escribió y publicó casi toda su obra, incluso parte del *Santos Vega*, cuyas dos primeras entregas se pusieron en venta en 1851 al precio de un patacón. (44) La folletería suelta de Ascasubi en ese período, reunida luego en los tres tomos editados en París en 1877, es bastante nutrida. Sin pretensiones de algo exhaustivo, publicamos a continuación una lista de 17 títulos, que vieron la luz en nuestra ciudad, entre 1830 y 1851.

1.—1830. Periódico: *El Arriero Argentino.* Un solo número. Imprenta Universal.
2.—1833. Folleto: *El diálogo gaucho en verso entre los dos paisanos Jacinto Amores y Simón Peñalva* sobre las fiestas cívicas del aniversario de la Jura de la Constitución en 1833. Imprenta del Universal (?).
3.—1839. Periódico: *El Gaucho en Campaña.* Cuatro números. Imprenta del Constitucional.
4.—1840. Hojas sueltas: *Parte de Echagüe*, redactado conjuntamente por Gerónimo Calignana e Hilario Ascasubi. Sin pie de imprenta.
5.—1840. Hoja suelta: *Media Caña del Campo para los Libres.*
6.—1843. Periódico: *El Gaucho Jacinto Cielo.* Catorce números. Imprenta de la Caridad.
7.—1844. Folleto: *Carta enssilgada que ha escrito el gaucho Juan de Dios Chaná soldado de la escolta del General Rivera, para D. A. Tier, Ministro que fue de la ciudá de Francia.* Imprenta del Nacional.
8.—1845. Folleto: *Carta gauchi refalosa. Escribida a las últimas. Por el masorquero invernado, á su compadre y paisano El Coronel Mordedor Mariano Maza violon.* Imprenta del Nacional.
9.—1846. Folleto: *Los Misterios del Paraná.* Imprenta del Comercio del Plata (?).
10.—1846. Folleto: *Paulino Lucero el payador argentino en el pago de su amigo Martín Sayago.*
11.—1848. Folleto: *La encuetada ó los gauchos y la intervención en el Río de la Plata.* Sin pie de imprenta.
12.—1848. Folleto: *La indireuta.* Imprenta Hispano-Americana.
13.—1848. Folleto: *Trovas de Donato Jurao.* Sin pie de imprenta.
14.—1849 Folleto: *Carta de Santos Contreras al Exmo. Gobernador y Capitan General del Continente Americano.* Imprenta Uruguayana.
15.—1850. Folleto: *Baldomero el Gaucho ó la Intervención de los californias en la Banda Oriental.* [Imprenta Uruguayana?].
16.—1851. Folleto: *Los Mellizos ó Rasgos Dramáticos de la Vida del Gaucho en las Campañas y Praderas de la República Argentina.* (1ª y 2ª entregas). No hemos visto la edición original.
17.—1851. Hoja suelta: *Cielito gauchi-patriótico para que lo canten en las trincheras de Montevideo sus valientes defensores.* Imprenta del Comercio del Plata.

A este inventario de publicaciones montevideanas de Ascasubi entre 1830 y 1851, corresponde agregar, como dato ilustrativo, las que en este último año publicó en Concepción del Uruguay (Argentina) y que vienen a completar el total de piezas conocidas del poeta, en el período de su permanencia en el país:

1851.—Folleto: *Urquiza en la Patria Nueva, ó dos gauchos orientales platicando en los montes del Queguay en el 24 de julio de 1851.* (Imprenta del Colejio).
1851.—Folleto: *Trobas y lamentos de Donato Jurao Soldado Argentino a la muerte de la infeliz D.ª Camila Ogorman...* (Imprenta del Colejio.)
1851.—Folleto: *Los veteranos ó las mentas del Restaurador Cuesta-Abajo.* (Imprenta del Colejio).
1851.—Folleto: *Los compuestos de Gualeguaychú.* (¿Fue editado en Concepción del Uruguay?).
1851.—Folleto: *Paulino Lucero el payador argentino. En el Pago de su amigo Martín Sayago.* (Imprenta del Colejio).

Al producirse el levantamiento de Urquiza, en mayo de 1851, Ascasubi se enroló en Entre Ríos, con el grado de teniente coronel, en las tropas del general revolucionario y en calidad de Ayudante de Campo del mismo asistió, al año siguiente, a la memorable batalla de Monte Caseros, acción que determinará el derrumbe del gobierno de Rosas. En ese momento alcanzó el grado de coronel. Eleuterio F. Tiscornia nos explica claramente su cambio de frente en el año 1853: "Sobrevino al año siguiente, en 1853, el movimiento separatista por el que Buenos Aires quedó fuera de la Confederación de las provincias. El poeta creyó ver en los actos de Urquiza el espíritu odioso de la tiranía y se plegó a los defensores de la Capital. Con el retiro de su adhesión al general entrerriano volvió a esgrimir la sátira política y escribió, en su estilo gauchesco, los diálogos y composiciones en prosa y en verso, que aparecieron en el periódico *Aniceto el Gallo*, en todo 1854, mientras el país no alcanzó la unidad nacional. Ascasubi sentía, al fin, el cansancio de las luchas políticas. Reintegrado a la patria, tras una ausencia de veinte años, el poeta ansiaba consagrar su actividad a las manifestaciones del progreso civil y a la cultura del pueblo. En tal sentido hizo todo lo que estuvo en sus manos y lo que sus medios de fortuna le permitieron. Así, en 1854 cooperó a la instalación del gas en la ciudad: luego, en la construcción de un ramal ferroviario a la Magdalena; después, en 1857, al levantamiento definitivo del teatro Colón. Nada de ésto fue fuente de recursos para el poeta; al contrario, perdió en ello su dinero, pero él estaba satisfecho del bien público". (45)

En 1862 fue enviado en misión oficial a París por Bartolomé Mitre, a quien había recibido en Montevideo en los tristes días del destierro, y el cual ejercía, a la sazón, la presidencia de la Nación Argentina. Tornó al Plata en varias oportunidades y, en una de ellas, llevó desde Buenos Aires, en 1864, un sauce llorón para plantarlo a la vera de la tumba de Alfredo de Musset en el Cementerio de Père Lachaise, y cumplir así con el testamento literario del alto poeta francés: "Mes chers amis, quand je mourrai / Plantez un saule au cimetière. / J'aime son feuillage éploré...".

En 1873, al año siguiente de haber publicado en París sus bellos tres tomos en la Imprenta de Paul Dupont, retornó definitivamente a Buenos Aires, y el 17 de noviembre de 1875 la muerte le encontró en esta ciudad, a los sesenta y ocho años de edad.

Manuel de Araúcho. — Nació en Montevideo el 14 de febrero de 1803, siendo bautizado en la Iglesia Matriz al día siguiente, con los nombres de Manuel Ramón Valentín (46); sus padres eran Pascual de Araúcho y

Ramona Correa. A la muerte del padre, acaecida en 1816, Manuel de Araúcho fue enviado a Buenos Aires, cuando contaba 14 años de edad, y allí inició sus estudios militares como cadete del primer batallón del regimiento de artillería, en 1817. "Incorporado al ejército de observación sobre Santa Fe que mandó el general Juan Ramón Balcarce, en clase de portaguión del regimiento de dragones, asistió a las operaciones que tuvieron lugar hasta el 15 de enero de 1819 en que fue hecho prisionero". (47)

La vida de Manuel de Araúcho, durante su adolescencia, fue similar a la de su hermano mayor Francisco, también escritor y militar.

Patriota desde su primera hora, cuando contaba 22 años de edad se produjo el memorable desembarco de la Agraciada y enrolose, de inmediato, en los batallones de la independencia. En julio de 1825 hallábase radicado en Canelones, promoviendo una colecta de dinero y vestidos para enviar a las tropas orientales; (48) en octubre de ese mismo año, obtuvo los despachos de Mayor de la Primera Compañía del Escuadrón de Húsares Orientales, no bien fue creado este cuerpo por Juan Antonio Lavalleja.

A mediados de 1827, el gobierno patrio le encomendó una importante misión en el exterior. A la sazón la campaña oriental, en armas contra la dominación brasileña, necesitaba la colaboración de las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones para el envío de bastimentos y vestidos. Manuel de Araúcho, comisionado personalmente por Carlos María de Alvear, marchó a la Argentina, pero su misión no tuvo éxito por cuanto las tres provincias, en oposición en ese entonces a la de Buenos Aires, que había ayudado decididamente a Lavalleja, temieron que el ejército formado contra el Brasil se volviese luego contra la autonomía de ellas. En una importante carta a Alvear, fechada en Salto el 24 de julio de 1827, Araúcho relata su fracaso y las peripecias del viaje en el que cayó enfermo "a causa de las copiosísimas llubias y crecidos arroyos que en tan dilatado camino tuve que pasar á nado". (49). Acaso la dolencia que diez años más tarde le obligó, en la plenitud de su vida a dejar el servicio militar, tuvo su origen en esta denodada misión.

En 1832 fue nombrado Fiscal Militar y el 16 de junio de 1835 ascendió al grado de Teniente Coronel en el arma de caballería. En varias oportunidades abandonó el servicio activo, pero al levantarse Rivera contra el Presidente Oribe, Araúcho, amigo personal de este último, fue llamado en 1837 y nombrado Ayudante del Comandante de armas. Al año siguiente, solicitó que se le diera de baja "en virtud de haber contrahido una enfermedad de reumatismo de la qual actualm.te me estoy curando". (50)

En junio de 1842 volvió a integrar el ejército en el cuerpo de las Milicias de Extramuro, pero tres meses más tarde, el 5 de setiembre, solicitó de nuevo la baja pues se hallaba "imposibilitado de prestar sus servicios a causa de una grave enfermedad de que adolece". (51). Esta es la última noticia que nos ha llegado de Manuel de Araúcho, cuya vida al igual que la de Hidalgo y Ascasubi, se halla dedicada en algunos momentos, por partes iguales al ejercicio de las armas y al de las letras, imperativo de la época, en aquellas horas de la patria naciente.

En el terreno literario, Araúcho se inició públicamente en el año 1828 cuando en las columnas del periódico "El Liberal" de Buenos Aires en su número correspondiente al 7 de marzo, apareció la carta en verso a un proyectista del Banco que más tarde recogió con muchas modificaciones en su libro de 1835. Avelina M. Ibáñez en su libro "Unitarios y Federales en la Literatura Argentina", Buenos Aires 1933, página 371, lo transcribe adjudicándoselo a Juan Cruz Varela. En 1830 la Imprenta de la Caridad tiró, en un pequeño folleto, su unipersonal *Fillán, hijo de Dermidio*. Se trataba de un ejercicio retórico, al parecer extraído de la tragedia *Oscar*, sin mayor valor desde el punto de vista literario.

En ese mismo año, Manuel de Araúcho se estrenó en el periodismo como redactor de "El Argos" de Montevideo, conjuntamente con Bernabé Guerrero Torres. (52) Cuatro meses de vida tuvo este periódico y, nueve años más tarde, ambos volvieron a tentar una empresa similar en "El Periódico" que vio la luz en la segunda mitad de 1839. (53) En ese ínterin, Araúcho colaboró en "El Defensor de las Leyes" (54), entre 1836 y 1838, y en "El Mercurio" (55), aparecido en 1837.

En el año 1832 dio a conocer, en la Casa de Comedias, su oda *A la batalla de Ituzaingó* que, luego transcribió en su tomo de poesías de 1835, y un Himno Patriótico alusivo a este mismo acontecimiento, puesto en música, presumiblemente, por Antonio Barros. (56) La oda tiene cierta eufónica belleza y demuestra, en todo caso, una excelente preparación académica y un antiguo contacto con los maestros de este género que en Quintana alcanzó, entonces, su punto más alto. La Oda y el Himno fueron interpretados en el teatro en la noche del 20 de febrero y, al día siguiente, "El Indicador" publicó uno y otra en sus columnas.

Débese a Manuel de Araúcho la primera traducción libre que se hizo en nuestro país del Himno Nacional de los Estados Unidos de Norte América, *Star Spangled Banner*, de F. S. Key, que fue publicado en "El Universal" del 30 de junio de 1834: *"El Pabellón Brillante.* / Himno Nacional de los Estados Unidos / de Norteamérica puesto en verso Es / pañol por D. Manuel Araúcho, Sar / jento Mayor de Caballería de Línea, y / Fiscal Militar del Ejército de la Repú- / blica Oriental del Uruguay.

¿Habéis visto en la guerra el Alva pura
Que entre la luz, y estrellas centelleantes,
Con ecos de los bronces retumbantes
Saludámos erguídos en la altura?"..., etc.

El 25 de mayo de 1835 se publicó en Montevideo el primer libro de composiciones poéticas de un escritor uruguayo: *Un paso en el Pindo*, de Manuel de Araúcho. En ese mismo año se editó en Buenos Aires el primer tomo de *El Parnaso Oriental ó Guirnalda Poética de la República Uruguaya"*, de Luciano Lira, quien, al parecer, rechazó las poesías de Manuel de Araúcho según se desprende de una nutrida controversia en los periódicos de la época que se cierra con estas palabras de un aviso del editor del libro de Araúcho, al anunciar su aparición: "Un / paso en el Pindo / c[o]lección de poesías / del Sr. D. Manuel Araúcho / un tomo de 25 pliegos / Primera obra de este género que se publica en este Estado Oriental del Uruguay por uno de sus hijos. / Se hallará en la libreria del Sr. D. Jaime Hernandez y en la imprenta de los Amigos, donde se ha impreso. Su precio es el de 14 reales por un ejemplar. No se halla en el Parnaso Oriental publicado en Buenos Ayres, composición alguna de las que integran esta obra. Ella contiene varias especies de metros y asuntos. Su autor parece que ha ensayado en ella la majestad de Caliope y los encantos de Erato sin dejar de ser inspirado alguna vez por Clio, y Euterpe"..., etc. (57)

Un paso en el Pindo está dedicado al Presidente de la República, don Manuel Oribe y lleva, al final, la lista de suscriptores entre los que hallamos, sintomáticamente, el nombre de Hilario Ascasubi.

Y he aquí, que, entre esta ronda solemne de musas helénicas, se deslizan, de contrabando, dos deliciosas composiciones en verso de carácter gauchesco: *Carta de un gaucho a un proyectista del Banco de Buenos Aires*, ya publicado en 1828 y el *Diálogo de dos gauchos. Trejo y Lucero*. En ellas, Araúcho deja a un lado las pedantescas arpas eólicas de la literatura académica de la época y descuelga su modesta guitarra criolla para darnos la más perfecta y sincera teoría del arte gauchesco naciente.

En ese mismo año, Araúcho inició una gestión para que el gobierno de la República aprobara como Himno Nacional una canción patriótica suya que comienza así:

"Viva en triunfo el invencible
El Pueblo heróico Oriental
Que há jurado morir, ó ser libre
A la sombra de palma inmortal". (58)

Con muy buen tino, las autoridades, al parecer, no hicieron lugar a esta solicitud, toda vez que ya en 1833 habían declarado oficial la letra de Francisco Acuña de Figueroa, indudablemente más feliz.

A mediados de la década 1830-1840, se registró en Montevideo una epidemia de escarlatina que diezmó a la población infantil. Francisco Acuña de Figueroa comentó este triste acaecimiento en una conocidísima oda. El cirujano portugués Pedro Pablo de Oliveira, que había venido a Montevideo con Lecor en 1817, publicó su *Memoria sobre la escarlatina* en la que atacaba a la Junta de Higiene, por un lado, y a los representantes de específicos o drogas curativas, por otro. Injustamente contra la primera, porque en realidad encubría su diatriba un desahogo contra un médico benemérito: Teodoro M. Vilardebó. Entre los segundos se hallaban precisamente Manuel de Araúcho representante en Montevideo de la "Medicina Curativa" o "Método de Le Roy", que era algo así como un poderoso purgante o depurativo, y al que Oliveira llamaba pintorescamente "bebistrajo incendiario". Araúcho le salió al paso con la publicación de un folleto *La verdad contra el error. Impugnación a la Memoria sobre la Escarlatina Publicada por el Dr. José P. de Olivera*, editado por la Imprenta Oriental en 1836. (59) De este curioso folleto extraemos los siguientes párrafos que nos ilustrarán con respecto a las andanzas y curiosas actividades de nuestro poeta: "Ha sido mi carrera, como todos saben, muy diferente de la de Médico; y sólo he empleado en recorrer los autores clásicos acerca de la *Ciencia de la Salud* el tiempo de mis ocios militares"... "Después de haberme hallado en Bue-

nos Aires practicando la *Medicina Curativa* al lado del Profesor D. Pedro Martínez, y haber tenido allí la fortuna de curar infinitos enfermos, volví a mi amada Patria, y en ella, en esta capital, he tenido el honor de haber asistido varias veces en sus enfermedades al primer Magistrado [Manuel Oribe] y a su familia"... "haber asistido a tantos en esta Capital, Canelones, Pysandú, Durasno, Cerro Largo &a"... "Lea el Dr. la "Medicina Curativa", y los demás escritos que he citado, incluso el Semanario Científico que hemos publicado en Buenos Aires con el Profesor Martínez"...

La actividad literaria de Manuel de Araúcho continuó sin interrupción durante el año 1837, en que estrenó, en la Casa de Comedias, su libre traducción, en verso castellano, de la comedia en un acto de Alain René Le-Sage *La Tontina o El espíritu de cuerpo* representada con el siguiente reparto:

"Trusgalant, Doctor Médico:
Sr. Fernando Quijano
Bolus, Boticario:
Sr. Manuel Martínez
Erasto, amante de Mariana:
Sr. Máximo Ximénez
Mariana, hija de Trusgalant:
Sra. Matilde Diez
Crispín, criado de Erasto:
Sr. Juan Villarino
Ambrosio, pupilo de Trusgalant:
Sr. Bernardino Hernández
Prosina, criada de Mariana:
Sra. Petronila Serrano
Soldados."

En ese mismo año, Luciano Lira, con quien al parecer se había reconciliado, publicó su texto en el tercer tomo de *El Parnaso Oriental*. (60)

Y a partir de 1842 hemos perdido el rastro de Manuel de Araúcho, cuyas composiciones gauchescas figuran con honor al lado de los nombres mayores de este movimiento literario: Hidalgo y Ascasubi.

El estudio de Lauro Ayestarán sobre *La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay*, que es y sigue siendo el mejor trabajo panorámico sobre ese período inicial de las letras gauchescas en el país, fue preparado como introducción a una prolija antología de poemas de 1812 a 1838, que se publicó en el primer número de la Revista del *Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios* (año 1950). De ese estudio tomamos un importante fragmento, dejando de lado al admirable estudio de los aspectos musicales de esta poesía. A su muerte Lauro Ayestarán dejó pronto el segundo tomo de su antología de poetas gauchescos, y es de esperar que la obra, completa, sea objeto de edición por el Ministerio de Cultura del Uruguay.

NOTAS

(1) Concolorcorvo: **El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, 1773.** (Reimpresión de la Junta de Historia y Numismática Americana), Buenos Aires, 1908, pág. 29.

(2) **Informe del Virrey** (Nicolás) **Arredondo,** fechado en Buenos Aires, el 16 de marzo de 1795 y publicado en la **Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires,** Buenos Aires, 1881. Tomo III, págs. 327 y 332.

(3) L. (ouis) A. (ntoine) de Bongainville: **Voyage autour du monde par la frégate du Roi La Boudeuse, et la Flûte l'Etoile; en 1766, 1767, 1768 et 1769,** París MDCCLXXI, pág. 39.

(4) **Informe del Virrey** (Gabriel de) **Avilés,** fechado en Buenos Aires el 21 de mayo de 1801 y publicado en la **Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires,** Buenos Aires, 1881, Tomo III, pág. 455.

(5) Diego de Alvear: **Diario de la segunda partida demarcadora de límites en la América Meridional** (1783-1791), publicado en **Anales de la Biblioteca,** Buenos Aires, 1900, págs. 320 y 321.

6) Pedro Novo y Colson: **Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida al mando de los Capitanes de Navío D. Alejandro Malaspina y Don José Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794.** Capítulo: "Estudio de las costumbres y descripciones interesantes de la América del Sur", por José Espinosa y Tello. Subtítulo: "Descripción del que llaman guazo u hombre de campo". Madrid, 1885, pág. 561, columna 1.

(7) Andrés de Oyárvide: **Memoria geográfica de los viajes practicados desde Buenos Aires hasta el Salto Grande del Paraná, en Colección histórica completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios, cuestiones de límites y otros actos diplomáticos y políticos de todos los estados comprendidos entre el golfo de México y cabo de Hornos, desde el año 1493 hasta nuestros días,** de Carlos Calvo, París, 1865 y 1866, Tomos VII y VIII.

8) **Diario de Aguirre,** publicado en **Anales de la Biblioteca,** Buenos Aires, 1905, Tomo IV, págs. (1) a 271.

(9) Miguel Lastarria: **Colonias orientales del Río Paraguay ó de la Plata, en Documentos para la Historia Argentina,** publicados por la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1914, Tomo III.

(10) **Informe de D. Manuel Cipriano Melo, sobre la otra Banda, límites, fuertes y guardias. Buenos Aires, 16 de julio de 1790, en Colección histórica completa de los tratados,** obra citada de Carlos Calvo, París, 1869, Tomo XI, págs. (267) a 284.

(11) **El amor de la estanciera,** editado por el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Sección Documentos, Tomo IV, Nº 1, Buenos Aires, 1925.

(12) Emilio A. Coni: **El gaucho,** Buenos Aires, 1945.

(13) Juan Alfonso Carrizo: **Antecedentes hispano-medioevales de la poesía tradicional argentina,** Buenos Aires (1945).

(14) Lauro Ayestarán: **Un antecedente colonial de la poesía tradicional uruguaya.** (Apartado de la **Revista Histórica,** Año XLII (2ª época). Tomo XVI, Nos. 46-48, Montevideo, 1949.

(15) La bibliografía de Bartolomé Hidalgo es ya bastante nutrida. He aquí una lista —que no pretende ser exhaustiva— de las antologías, exégesis y biografías, en las cuales figura, especialmente tratado, nuestro primitivo poeta:

Víctor Arreguine: **Colección de poesías uruguayas,** Montevideo, 1895, págs. (68) a 77.

Hugo D. Barbagelata: **Una Centuria Literaria (Poetas y prosistas uruguayos), 1800-1900, París,** (1923), págs. (32) a 36.

Francisco Bauzá: **Estudios literarios,** Montevideo, 1885, págs. (67) a 111.

Jorge Luis Borges: **La literatura gauchesca. Aspectos, en Marcha,** Montevideo, Nº 306, del 2 de noviembre de 1945; Nº 307, del 9 de noviembre de 1945; Nº 308, del 16 de noviembre de 1945.

Domingo A. Caillava: **Historia de la literatura gauchesca en el Uruguay (1810-1940),** Montevideo, 1945, págs. 29 a 38.

Angel Justiniano Carranza: **La resurrección de Hidalgo,** en **El Plata Literario,** Buenos Aires, 1876. (Citado por Martiniano Leguizamón: **El primer poeta criollo del Río de la Plata,** Buenos Aires, 1917, pág. 15).

Angel Justiniano Carranza: **La Epopeya Americana,** Buenos Aires, MDCCCXCV. (Citado por Martiniano Leguizamón: obra citada, pág. 13).

Julio J. Casal: **Exposición de la Poesía Uruguaya desde sus orígenes hasta 1940,** Montevideo, (1940), págs. 28 a 36.

Julio Cejador y Franca: **Historia de la Lengua y Literatura Castellana,** tomo VI, Madrid, 1917, pág. 368.

José Domingo Cortés: **Diccionario biográfico americano,** París, 1875, pág. 234, col. 1.

El Parnaso Oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya, compilado por Luciano Lira, 3 tomos, Buenos Aires, 1835 y Montevideo, 1837. (En el correr de los textos literarios se indican las páginas correspondientes).

Mario Malcão Espalter: **El poeta Oriental Bartolomé Hidalgo,** Montevideo, 1918.

Mario Falcão Espalter: **El Poeta Uruguayo Bartolomé Hidalgo. Su vida y sus obras,** segunda edición, Madrid, MCMXXIX.

Mario Falcão Espalter: **Antología de poetas uruguayos, 1807-1921,** Montevideo, 1921, tomo I, págs. 35 a 49.

Mario Falcão Espalter: **La poesía gauchesca en Historia Sintética de la Literatura Uruguaya,** Plan del señor Carlos Reyles, tomo I, Nº 2, Montevideo, 1931.

José M. Fernández Saldaña: **Diccionario uruguayo de biografías, 1810-1940,** Montevideo, 1945, págs. 644 a 646.

Nicolás Fusco Sansone: **Vida y obras de Bartolomé Hidalgo, Montevideo,** (1944).

Serafín J. García: **Panorama de la poesía gauchesca y nativista del Uruguay,** Montevideo, 1941, págs. 13 a 35.

Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata: **La literatura uruguaya (1757-1917), en la Revue Hispanique,** París, 1917, tomo XL, págs. (415) a 425, y 534.

Enrique García Velloso: **Historia de la Literatura Argentina,** Buenos Aires, 1914, págs. 390 y 391.

Arturo Giménez Pastor: **Los Poetas de la Revolución,** Buenos Aires, 1917, págs. 100 a 112.

Juan María Gutiérrez: **América Poética,** Valparaíso, 1846, pág. 361. (Citado por Juan María Gutiérrez: **Biblioteca de escritores en verso, en Revista del Río de la Plata,** Buenos Aires, 1872, tomo III, pág. 135 a 137.)

Anita J. Wittstein: **Poesías de la América Meridional,** Leipzig, 1867, págs. 288 a 295.

La Lira Argentina, o colección de las piezas poéticas, dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de su independencia, compilada por Ramón Díaz e impresa en París, pero fechada en la portada: Buenos-Ayres, 1824. (En el correr de los textos literarios se indican las páginas correspondientes).

Francisco Lagomaggiore: **La América Literaria,** 2ª edición, Buenos Aires, 1890, tomo I, págs. 254 y 311 a 314.

Lauxar: **Motivos de crítica hispano-americanos,** Montevideo, 1914, págs. (143) a 146.

Martiniano Leguizamón: **De cepa criolla,** La Plata, 1908, págs. (3) a 26.

Martiniano Leguizamón: **El primer poeta criollo del Río de la Plata (1788-1822),** Buenos Aires, 1917.

Martiniano Leguizamón: **La cuna del gaucho,** Buenos Aires, 1935, págs. (89) a 96.

Alejandro Magariños Cervantes: **Páginas Uruguayas. Tomo I. Album de Poesías,** Montevideo, 1878, págs. 292 a 302.

Luis Melián Lafinur: **Sonetarias,** Montevideo, 1897, pág. 83.

Marcelino Menéndez y Pelayo: **Historia de la poesía hispano-americana,** Madrid, 1913, tomo II, págs. 468 y 469.

Marcelino Menéndez y Pelayo: **Antología de Poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española,** tomo IV, Madrid, 1895, págs. (425) a 434.

Raúl Montero Bustamante: **El Parnaso Oriental,** Montevideo, 1905, págs. 24 a 27.

Ismael Moya: **Romancero,** Buenos Aires, 1941, tomo 1, págs. 312 a 325.

Calixto Oyuela: **Antología de poetas hispano-americanos,** Buenos Aires, tomo I, págs. 515 a 531.

José Pereira Rodríguez: **El verso gauchesco, en la Revista Nacional,** Montevideo, marzo de 1938, año I, Nº 3, págs. (460) a 483.

José Rivera Indarte: **Colección de poetas del Río de la Plata**, Montevideo, 1842. (Citada por Martiniano Leguizamón: **El primer poeta criollo del Río de la Plata**, obra citada, pág. 5).

Ricardo Rojas: **La Literatura Argentina**, tomos I y II, **Los Gauchescos**, 2ª edición, Buenos Aires, 1924, págs. (463) a 484 y (495) a 515.

Carlos Roxlo: **Historia crítica de la literatura uruguaya**, tomo I, Montevideo, 1912, págs. 38 a 48.

Luis Alberto Sánchez: **Nueva Historia de la Literatura Americana**, Buenos Aires, (1944), páginas 118 y 119.

Domingo F. Sarmiento: **Viajes**, tomo I, Santiago de Chile, 1849, pág. 85.

Eleuterio F. Tiscornia: **Poetas gauchescos. Hidalgo-Ascasubi-Del Campo**, Buenos Aires, 1940, págs. (7) a 11, 47 a 93 y (349) a 355.

Estanislao S. Zeballos: **Cancionero Popular de la Revista de Derecho, Historia y Letras**, tomo I, Buenos Aires, 1905, págs. 237 a 244, 153, 176, 211 a 215, 237 a 254 y 256 a 258.

Alberto Zum Felde: **Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura**, tomo I, Montevideo, 1930, págs. 69 a 80.

Artículo sobre Hidalgo y transcripción de uno de sus diálogos en el periódico "La Discusión", Montevideo, 4 de setiembre de 1861.

16) "Dn. Bartolomé Hidalgo. / Nació en Montevideo, el 24 de agosto de 1791. Sus principios fueron humildes, y sus primeros años los pasó de mozo de barbería. Abrazó con ardor la revolución americana y obtuvo un empleo en el ejército patriota. Pasó a Buenos-Ayres como partidario del gobierno general delas Provincias Unidas, y allí obtuvo un empleo en la Aduana. Casó con una dama de Buenos-Ayres y falleció de una afección pulmonar. / Era de constitución débil y enfermiza, pero de clarísimo ingenio poético, y si hubiera tenido buenos modelos, pues nunca leyó otros poetas que los dela lengua castellana, única que sabía, y hubiera tenido más tiempo desembarazado nos hubiera dejado obras de más aliento poético que las q.e de él poseemos. Puede decirse que es el fundador del romanse nacional **gaucho**, género en el que hasta hoy no tiene rival". (**Antología poética reunida por Andrés Lamas.** Museo Histórico Nacional. Montevideo. Archivo y Biblioteca "Pablo Blanco Acevedo". Colección de Manuscritos, tomo 75, folio 24).

(17) Martiniano Leguizamón: **El primer poeta criollo del Río de la Plata**, obra citada, págs. 15 y 16.

(18) **Gazeta de Montevideo**, Montevideo, 24 de abril de 1811. (Referencia comunicada por el historiador señor Juan E. Pivel Devoto).

(19) **Testamentería de Manuel Cipriano de Melo.** Escribanía de Gobierno y Hacienda. Montevideo. Año 1813, documento Nº 45, folio 12. (Transcrita parcialmente en **Crónica de una temporada musical en el Montevideo de 1830**, de Lauro Ayestarán, Montevideo, 1943, págs. 67 y 68).

20) **The Southern Star**, Montevideo, 23 de mayo de 1807. **A gentleman recently returned: "Notes on the viceroyalty of La Plata in South America"**, London, 1808, págs. 65 y 66. Y **Diario de la Expedición del Brigadier General Craufurd**, en la **Revista Histórica**, Montevideo. 1917, tomo VIII, págs. 209 y 210.

(21) **Acuerdos del Extinguido Cabildo de Montevideo**, editado por el Archivo General de la Nación; sesión del Cabildo, del 4 de junio de 1817; Montevideo, 1939, volumen 13, pág. 110.

(22) Ibidem; sesión del Cabildo, del 6 de junio de 1817; pág. 115.

(23) Manuscrito Nº 7611 de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Colección Olaguer y Feliú, publicado en el libro de Celina Sabor de Cortázar. **Las esposas vengadas y La Elicene**, Noticias para la Historia del Teatro Nacional, Nº 9, Instituto de Literatura Argentina, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad d Buenos Aires; Buenos Aires, 1940, págs. 303 y 304.

(24) **El Universal**, Montevideo, del 17 de julio de 1830.

(25) Carta de Joaquín de la Sagra y Periz a Agustín Rodríguez, fechada en Montevideo el 1º de mayo de 1817. (Copiador de cartas de Joaquín de la Sagra y Periz, manuscrito en poder de la Srta. María Penco y Sagra, folio 22).

(26) Mario Falcão Espalter: **El Poeta Uruguayo Bartolomé Hidalgo. Su vida y sus obras**, ya citado, pág. 63.

(27) Emilio Mangel du Mesnil: **Notoriedades del Plata**. Hilario Ascasubi, Buenos Aires, 1862.

(28) José M. Torres Caicedo: biografía de Hilario Ascasubi en el **Correo de Ultramar**, París, 24 de julio de 1861, reproducida en el libro de Hilario Ascasubi, **Santos Vega**, París, 1872, págs. XIII a XVI.

(29) Bénédict Gallet de Kulture' **Quelques mots le biographie et une page d'histoire. Le colonel Hilario Ascasubi**, París, 1863.

(30) Heraclio C. Fajardo: **Notoriedades del Plata. Hilario Ascasubi**, publicado en Buenos Aires el 15 de marzo de 1862, y transcrito en el libro de Hilario Ascasubi, **Santos Vega**, París, 1872, págs. XLI a XLIV.

(31) Rafael Hernández: **Pehuajó. Nomenclatura de calles. Breve noticia sobre los poetas argentinos que en ellas se conmemoran**, Buenos Aires, 1896, págs. 45 a 50.

(32) Ricardo Rojas: **La Literatura Argentina**, tomo II, **Los Gauchescos**, 2ª edición, Buenos Aires, 1924, págs. (621) a 688 y (715) a 743.

(33) Martiniano Leguizamón: **Ascasubi en Montevideo**, en la **Revista Histórica**, Montevideo, 1922, tomo X, págs. (705) a 719.

(34) Eleuterio F. Tiscornia: **Poetas gauchescos. Hidalgo-Ascasubi-Del Campo**, Buenos Aires, 1940, págs. (12) a 20 y 355 a 358.

(35) Manuel Mujica Láinez: **Vida de Aniceto el Gallo (Hilario Ascasubi)**, Buenos Aires, (1943).

(36) Rafael Hernández: obra citada, pág. 46.

(37) Hilario Ascasubi: **Aniceto el Gallo**, París, 1872, págs. 4 y 5.

(38) Archivo General de la Nación. Montevideo. Fondo ex-Archivo General Administrativo. Caja 611, carpeta Nº 4.

(39) Antonio Zinny: **Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay**, Buenos Aires, 1883, pág. 3.

(40) Idem, pág. 174.

(41) Ibidem, págs. 174 y 175.

(42) Archivo de la Catedral de Montevideo. Libro Nº 7 de Matrimonios, folio 202. Véase, además, la lámina correspondiente.

(43) **Comercio del Plata**, Montevideo,, del 3 de febrero de 1847.

(44) **Comercio del Plata**, Montevideo, del 12 de diciembre de 1851.

(45) Eleuterio F. Tiscornia: obra citada, páginas 17 y 18.

(46) "En quince de Feb.º de mil ochocientos y tres yo d.d. Pedro Vidal Beneficiado dela Iglesia Matriz de Mont.º por comisión especial desu Cura Vicario d.n Juan Jose Ortiz baptize solemnem.te a Manuel Ramon Valentin q. nacio ayer hijo legítimo de d.n Pascual Araúcho, y de d.ª Ramona Correa; Abuelos Paternos d.n Antonio Araúcho y d.ª Pascuala Meline: Maternos d.n Franc.co Correa, y d.a María Antonia Rodríguez: Padrino: d.n Melchor de la Iglesia á quien previne el parentesco y sus obligaciones á presencia de d.n Ant.º Fillol q.e sirvio de testigo y por verdad lo firmo (fdo.) Dor Pedro Vidal". — (Archivo de la Catedral de Montevideo. "Libro Nono de Bautismos que empieza en veinte de octubre de 1800", folios 227 vta. y 228).

(47) Luis Enrique Azarola Gil: **Apellidos de la Patria Vieja**, Buenos Aires, (1942), pág. 100.

48) Carta de Manuel de Araúcho a Juan A. Lavalleja, publicada en **Documentos para la Historia Nacional**, en la **Revista Histórica**, tomo X, Nº 29, Montevideo, mayo de MCMXXII, pág. 629.

(49) Carta de Manuel de Araúcho a Carlos María de Alvear, publicada en **Archivo del General Juan A. Lavalleja, (1826-1827)**, editado por el Archivo General de la Nación, Montevideo, MCMXXXV, págs. 356 a 360.

(50) Archivo de la Inspección General del Ejército. Montevideo. Legajos Personales: Manuel de Araúcho. Legajo 182, Carpeta 50.

(51) Ibidem.

(52) Antonio Zinny: obra citada, págs. 4 y 5.

(53) Idem, ídem, pág. 378.

(54) Ibidem, pág. 97.

(55) Ibidem, pág. 222.

(56) **El Universal**, Montevideo, del 20 de febrero de 1832.

(57) **El Universal**, Montevideo, del 11 de junio de 1835.

(58) **El Nacional**, Montevideo, del 13 de abril de 1835.

(59) Ejemplar existente en nuestro Museo Histórico Nacional, Archivo y Biblioteca "Pablo Blanco Acevedo".

(60) **El Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya. Montevideo, 1837**, tomo III, pág. [66].

ANGEL RAMA

LA LITERATURA DE LOS VENCIDOS

La literatura gauchesca constituye una tradición literaria especialísima de los países de la cuenca platense que no tiene similares ni antecedentes en las letras hispanoamericanas, habiendo fracasado asimismo el intento de asemejarla a las formas literarias costumbristas del regionalismo español. "Fuera de la Argentina y del Uruguay nunca hubo nada equivalente a la literatura gauchesca" titulaba largamente Carlos Alberto Leumann un capítulo de su libro y razonaba esta originalidad de nuestras culturas literarias estableciendo un cotejo con la equivalente zona llanera venezolana. "Lo enunciado en este título —decía Leumann— resulta de la mayor importancia si se piensa que en Venezuela el campesino vivió a veces libre y rebelde como los gauchos, en grandes llanuras que también suelen llamarse **pampas**, como asimismo sirvió admirablemente en las guerras contra la dominación española, y domaba potros salvajes que allá dicen **cerreros**, y sabía salir parado si el animal **se volteaba**, y era cantor y en reuniones de fiesta sostenía competencias poéticas de cierto modo parecidas a las payadas de contrapunto. Sin embargo, nunca tomó consistencia en Venezuela una tentativa de hacer literatura nacional sobre la base de imitar, sistemáticamente, lenguaje y estilo de los antiguos llaneros" (1).

Leumann hubiera podido extenderse al cotejo con las regiones norteamericana, mexicana y colombiana donde se dieron paralelas formas del *habitat* y las costumbres sin que ello generara una expresión literaria comparable a la literatura gauchesca, puesto que en ésta no sólo se encuentran autores de temas populares y obras utilizando el dialecto regional, sino un repertorio de asuntos y de formas lingüísticas particulares que se desarrollan en un proceso evolutivo que se prolonga hasta cerca de un siglo, constituyéndose al fin en un arte autónomo, con historia y tradición propias. Su indiscutible vitalidad durante el siglo XIX, el real alcance popular de las producciones literarias de esta corriente, muy superior a todo lo que consiguió la paralela literatura culta y urbana de la misma época y la alta calidad artística de sus mejores momentos, le conceden un relieve insólito dentro de la totalidad de la creación artística del período en la región platense. Si a eso se agrega el tenaz desvío con que fue considerada hasta fines del siglo XIX por parte de la crítica oficial más prestigiosa, se puede afirmar que la literatura gauchesca es el más curioso "caso" de nuestra cultura, el testimonio imprevisible y desconcertante sin cuya consideración no podría entenderse cabalmente la historia de nuestra vida civilizada.

Esta situación insólita obligaba ya en 1917 a Ricardo Rojas, uno de los primeros en revalorizar su importancia, a conceder a la literatura gauchesca uno de los cuatro sectores o perspectivas en que estructuraba la historia entera de las letras argentinas, definiéndola en esa ocasión como (2) "el rumbo de nuestra formación nativa, bajo el nombre genérico de Los Gauchescos".

En cierto sentido no hacía sino reconocer la importancia "cuantitativa" que las obras de ese rumbo habían logrado ya que sólo el **Martín Fierro** había tenido más lectores en ambas márgenes del Plata que la obra reunida de Echeverría, Andrade, Berro, Acuña de Figueroa, Zorrilla de San Martín y Carlos Guido Spano. Pero además hacía también un reconocimiento estético siguiendo aquel singular juicio de Menéndez y Pelayo que estimaba que "se habían producido las obras más originales de la literatura sudamericana" en la descendencia de Bartolomé Hidalgo, juicio que complementaría décadas después Henríquez Ureña, al afirmar que "su modesto esfuerzo fue, probablemente, el más revolucionario de todos" (3).

La sola existencia de esta línea creadora original pretextaría varias interrogaciones sobre la naturaleza de la sociedad rioplatense en el XIX, por lo mismo sobre las fuentes de algunos conflictos sociales y culturales del presente, y también sobre las semejanzas y diferencias de ambas riberas del mismo río. Aparece en el período de la independencia, como una consecuencia del proceso de radicalización del movimiento revolucionario, que puede seguirse en detalle en la obra de Bartolomé Hidalgo cotejando el estilo neoclásico de su atribuida "Marcha al Salto" con los "cielitos" del sitio montevideano en que incorpora el lenguaje nativo y sustituye los ritmos marciales de las odas a la romana con los peculiares del cante y baile popular. La voluntariedad política de esta poesía ha sido subrayada en más de una ocasión, pero en ese rubro no es distinta de la que mueve la pluma de los neoclásicos de la época, los Florencio y Juan Cruz Varela y los Acuña de Figueroa, en uno u otro bando de la revolución, siendo en cambio original, y literariamente revolucionario, el descenso a los medios expresivos del paisanaje que fugazmente se rozara en la crónica rimada de Rivarola pero que ahora cobra carta de ciudadanía artística. Su segundo período corresponde a la época rosista y tiene su centro en un autor, Hilario Ascasubi, y en un libro, **Paulino Lucero**, cosa que conviene precisar para establecer el obligado deslinde entre esta sabrosa época ascasubiana y la más retórica en que tratará de sistematizar en forma culta la poesía gauchesca con la composición del **Santos Vega**. La intencionalidad política de Ascasubi en el período rosista es más marcada y lo es también la utilización razonada del dialecto vernáculo y los regímenes estróficos conservados en la tradición oral. De algún modo la espontaneidad, típica de una invención primera y original, va dejando paso a la sistematización racional de sus recursos, instrumentados de conformidad con intereses ideológicos ajenos y más elaborados y con una preocupación artística culta, lo que conlleva el concepto de manejo de los materiales originales desprendiéndolos de sus valores específicos. Lo que en Ascasubi elogia un crítico como Julio Caillet Bois es ese uso puramente instrumental de lengua y ritmos que más tarde conduciría al producto almibarado de Estanislao del Campo. Dice Caillet Bois: "Cuando desapareció Hidalgo en vísperas de concluirse el período de las luchas por la independencia, las composiciones «gauchi-poéticas» que le habían dado nombre y fama no habían pasado de formas artísticas vulgares e indignas, como chocarrería rústica que remedaba un poeta de educación urbana, y esa poesía debía considerarse al margen de la única legítima entonces, que se componía sobre modelos europeos. La una estaría frente a la otra en la situación del romance español frente a la canción lírica o al poema didáctico en el siglo XV, y así como el romance fue ennobleciéndose hasta hacer olvidar su origen popular, la poesía gauchesca fue ganando el favor del público más exigente. Ascasubi consiguió que la crítica culta se volviera a esos versos menospreciados de sus gauchos, los considerara con benevolencia y admitiera su legitimidad artística" (4). Si admitimos esta interpretación según la cual se "ennoblecen" chocarrerías rústicas estaríamos ante un esfuerzo por incorporar el mundo gaucho a las normas urbanas, induciéndolo hábilmente a la adopción de las nuevas coordenadas de la sociedad cosmopolita rioplatense, lo que dará dos formas dispares pero vinculables: en Ascasubi el mito a-histórico de su **Santos Vega** donde el universo gaucho deviene canto, y en Del Campo la imagen jocosa del **Fausto** donde el universo gaucho deviene diversión mundana.

El tercer y más importante período de la literatura gauchesca corresponde a un proceso histórico, capital en nuestros países: la incorporación del liberalismo a partir de la presidencia de Mitre. Su momento culminante, de un punto de vista artístico, es la década del setenta, con la obra de José Hernández, Antonio Lussich, Eduardo Gutiérrez y su prolongación en la década del ochenta generando las formas dramáticas originales del circo criollo y del drama policial, con autores como Orosmán Moratorio, Abdón Aróztegui y demás adaptadores de historias de "gauchos malos".

Aquí la producción es nutridísima, con variados niveles de calidad y sus propósitos muy explícitos. La literatura asume su plena función de explicación del hombre y su mundo; de un instrumento de conocimiento y de lucha contra las dificultades reales; de análisis de las causas de una situación; de consuelo. Sintomático es que no avizore, o lo haga escasamente, el futuro. Esta literatura pasa a constituirse en el material formativo, en el alimento espiritual de millares de hombres que son en su inmensa mayoría analfabetos, viven en los campos y pueblos de ambos países apartados de los grandes centros intelectuales que son casi exclusivamente las capitales, y a quienes no les llegan, por las vías de difusión cultural urbanas, el libro, el periódico, la escuela. Pero son además hombres que padecen de una particular circunstancia histórica: son y se sienten derrotados. Las condiciones de vida a que se habían habituado y que para ellos habían terminado por ser principios inalterables de convivencia se ven bruscamente conmovidas. Un cambio económico-social se genera imponiéndoles exigencias muy difíciles de aceptar: pocos se adaptan al cambio y aun así no lo hacen de buena gana; los más son marginados, ven rotas sus estructuras sociales, deshechas sus costumbres, y concluyen abandonando campos para refugiarse en una huraña animadversión desde los suburbios de las capitales.

El alto número de producciones gauchescas que se escalonan entre el 1870 y el 1890 en el Río de la Plata bajo la forma de folletos, hojas sueltas, pliegos de cordel, libros pobremente impresos, revistitas, así como los numerosos datos que poseemos acerca de la importancia de la trasmisión oral de todo este abigarrado y confuso material, mediante lecturas colectivas, el aprendizaje mnemotécnico, las canciones, sirve de doble índice: por una parte apunta a un público muy abundante que lo reclama y que si bien es difícil estimar numéricamente, parece más cuantioso que el que utiliza la literatura culta de la época, y puede fácilmente equipararse con la mayoría de la población de los países del Plata, mayoría desde luego analfabeta que sigue viviendo dentro de los lineamientos de una cultura igualmente analfabeta, de tradición oral; por otra parte el grado intenso de adhesión que estas obras promueven —y que se indica tanto en la honda penetración de ciertos poemas, como el **Martín Fierro**, como en la constante participación de los espectadores en las funciones teatrales circenses— testifica la imperiosa necesidad de nuevas imágenes culturales que experimenta ese público, y, por lo mismo, lo grave de la crisis espiritual que padece. Habiendo visto desarraigados los valores estables sobre los cuales esos hombres habían edificado sus vidas, han sido arrojados a una situación de desamparo espiritual —reflejo del desamparo económico-social en que se encuentran— donde son urgentes las explicaciones y la reinserción en el mundo social que sólo puede proporcionarles la literatura desde el momento que ni la escuela ni la religión les llegan o son capaces de reubicarlos, y sólo parcialmente la política cumple con tal fin.

La literatura que al iniciarse el tercer período gauchesco, aunque comienza testimoniando las grandes derrotas (**Los tres gauchos orientales, Martín Fierro**) todavía es capaz de entrever revanchas y pertrechar intelectualmente a sus lectores (y más comúnmente auditores) para futuras luchas, irá abandonando progresivamente la concepción heroica y actual para asumir el tono elegíaco. Concluye cantando, pero ya en forma culta, a **El último gaucho**, y se pone a rememorar, y a idealizar, los tiempos pasados de un modo melancólico. A lo largo de ese período la noción del cambio se abre paso con trabajo. Podría rastrearse la asunción conceptual de la necesidad de cambio, de la utilidad de la experiencia para reorientarse en la vida en varios textos; pero también la simultánea imposibilidad de salir de los carriles tradicionales como se revela en el repertorio metafórico y en el régimen métrico y estrófico a que sigue afiliada la poesía gauchesca (5). Ya sobre el fin del siglo se ha comprobado bien que:

> El vendaval del destino
> con sus rudas sacudidas
> deja ruinas esparcidas
> de la vida en el camino,
> como alevoso asesino
> la suerte a veces nos hiere.

Pero en la imposibilidad —real, no meramente hija de una terca resistencia espontánea, voluntarista— de adaptarse al nuevo sistema de relaciones y trabajo, la literatura que comenzó por cantar "opinando", es decir, terciando en los asuntos contemporáneos y trasfundiendo el personaje literario en el hombre real, pasa a ser una literatura elegíaca, asume una filosofía idealista y se concentra en la creación de grandes figuras románticas. Es la serie de los "gauchos malos" que se han "desgraciado", los Juan Moreira, Juan Cuello, Hormiga Negra, que Eduardo Gutiérrez escribe infatigablemente para sus lectores de "La Patria Argentina", "El Pueblo Argentino", "La Crónica" y "El Orden", en especial en el período último de su vida, desde 1878 a 1889 cuando, abandonando la vida militar, se consagra de modo exclusivo a la tarea periodística. Reviven en estos folletines los prototipos románticos: fuertes caracteres en pugna con su medio social y a los que desde las primeras líneas se entreve destinados a la destrucción, aureolados de un signo fatal, tan fascinante como mórbido. Vicariamente en ellos

vive el lector el arrojo, el altivo quebrantamiento de las leyes, la persecución policial y, como real, la que es en él una muerte interior, la de sus valores éticos y sociales.

El éxito de estos folletines estaba revelando el progresivo asentamiento urbano del paisano relegado, contribuyendo a la ampliación periférica de las ciudades con esos lindes en que comenzaba el proceso de asimilación a las formas civilizadoras que estas ciudades, en pleno proceso de educación masiva, (Avellaneda, José Pedro Varela), venían cumpliendo. Mejor índice que el éxito de estos diarios puede encontrarse en la sustitución de las formas poéticas, muy marcadas por el cancionero tradicional de raigambre española, por las formas narrativas herederas de un confuso abanico de influencias modernas, que van de los folletines franceses a los cuentos de Edgard Allan Poe y que por lo tanto, responden más explícitamente a la intervención de la letra impresa en la cultura (6). Si bien la prosa de ficción no desplazará a la poesía, sobre todo por la función cantada que ésta conservará durante muchos años, su incorporación señala un nuevo hito de la derrota de la mayoría de la población nacional. En cierta medida cabe consignar aquí la esencia desilusionante que para Goldmann corresponde al género novela dentro de las estructuras formales de las artes literarias, haciendo de él eficaz vehículo de una concepción burguesa del universo. Aunque la novela que hace suya este público ávido lleve a la exasperación el esquematismo romántico, no deja de consignar, por su uso de la crónica policial o de la historia inmediatamente pasada, o por su manejo de la información realista, una progresiva aceptación de las nuevas coordenadas de vida.

Del realismo ingenuo en que lo real y auténtico se transforma en poesía (**Martín Fierro**) se pasa a una disociación, donde el exceso idealista de la concepción del personaje y su acción narrativa se contrapone el manejo de la prosa, del dato histórico burdamente elaborado, en una situación inestable y contradictoria (**Juan Moreira, Los montoneros**). Todavía cabrá una tercera transformación de formas.

La pantomima circense de 1884 y su conversión en teatro hablado y a la vez mimado en 1886, (7) genera una nueva forma teatral ya que no el teatro en el Río de la Plata —para obviar la larga polémica sobre el punto— dando lugar a la aparición del drama policial. En Chivilcoy o en Montevideo (en la calle Yaguarón y San José) la carpa circense crea el ámbito adecuado para volver a otorgar realidad (re-presentar) un modo de vida que ya había comenzado a hacerse lejano y vago pero que todavía tenía mucho que ver con las criaturas que se apeñuscaban en torno a su arena para celebrar el "verismo" de Podestá y su compañía. La forma dramática, que concede fuerza, inmediatez, corporeidad y contemporaneidad, a la vivencia histórica, es simultáneamente el afinado "ersatz" que testimonia su inexistencia real y concreta. El intento de hacer de ella el inmejorable instrumento de una requisitoria social tomando pie en las nuevas realidades en que se movía el antiguo gaucho (la acusación política que genera el **Juan Soldao** de O. Moratorio) habrá de ser desplazado por la serie de evocaciones románticas y trágicas (**Juan Moreira, Juan Cuello**) por la retrospectiva patriótica (**Julián Giménez**) o por el divertimento ligero (**Los gauchitos**).

La pérdida del contacto verdadero con la realidad se ha consumado en esta última década del siglo, y es comprensible que se satisfaga con el ilusionismo teatral que remeda épocas heroicas y le concede al espectador el desmedrado consuelo de ser proyectado bajo las luces de escena para verse una y otra vez traicionado, vendido, vilipendiado y por último asesinado. A esta altura la concepción subjetivista del liberalismo también ha dominado este arte popular y lo que nos mostrará, toda vez que se encare con el presente o el inmediato pasado, será el héroe solitario, desarraigado, perdido. Sólo podrá recuperar una cierta comunidad colectiva si se retrotrae al pasado lejano, y no es esa de las menores virtudes que subyacen al arte superior de Acevedo Díaz.

Ese héroe es hijo de la conflictualidad del hombre con su medio, cuando ha renunciado a transformarse él en el agente del cambio ambiental y es solamente paciente de fuerzas que no puede comprender. De una manera suntuosa, teatral hasta lo operístico, asume su propia destrucción y a ella se consagra, complaciéndose mórbidamente en la única capacidad voluntaria que le queda, la de inmolarse trágicamente. A la décima de su hermano Ricardo Gutiérrez con que Eduardo Gutiérrez abre el **Juan Moreira**: "Como fiera perseguida / piso una senda de abrojos / sin sueño para mis ojos / ni venda para mi herida, / sin descanso ni guarida / ni esperanza ni piedad / y en fúnebre soledad / a mi dolor amarrado / voy a la muerte arrastrado / por mi propia tempestad" corresponde estrictamente la despedida del personaje luego de la lucha con la partida: "Yo no tengo nada en el mundo, mi hacienda se la habrán repartido, mi mujer y mi hijo ya no los volveré a ver más, no tengo otro camino que pelear con las partidas hasta que me maten, que será para

mí un día de placer, porque habré concluido de penar".

Estamos a mitad de la última década. Bajo la lona circense han de nacer las sociedades folklóricas y "recreativas" del tipo de "La Criolla" y en 1896 la meritoria revista "El Fogón". El ciclo se ha cerrado y la institucionalización del recuerdo del "gaucho" marca su total extinción. Su mismo arte ya no podrá sobrevivir. Lo que viene después, y es obra estimable como los **Versitos criollos** de Elías Regules o **Paja Brava** de Alonso y Trelles, es otra historia que no tiene mucho que ver con la que estamos contando. Lugones reedificará el mito gaucho en base a un cadáver analizado estéticamente y Reyles y Guiraldes ofrecerán imágenes fantasmales, espectros amorosamente pintados. El agotamiento de la creatividad popular se evidenciará porque: la línea de invención espontanea no hará sino reiterar las formas literarias del pasado, incapaz de descubrir nuevas como corresponde a un organismo vivo con alimentación propia; la línea de invención elaborada adoptará las formas de la literatura culta, desde la prosecución infatigable del cuento o poema románticos a los apuntes naturalistas.

— — — —

Los orígenes de este largo proceso cultural son variados y han sido buscados, ante todo, en las infraestructuras económicas y sociales. Es en primer término la incorporación de los países del Plata a la órbita de la economía liberal que si bien viene haciéndose desde la independencia, sólo se intensifica y perfecciona como un sistema coherente al producirse la expansión de los imperios europeos y establecer una base de acción política eficaz en el Plata. En un objetivo estudio lo apunta Ferns: "Lo cierto es que la presidencia del general Mitre fue la señal de una fundamental decisión política de toda la sociedad argentina. Una vez tomada la decisión política primaria en favor de la expansión económica y de la integración del país en la comunidad y los mercados internacionales, era posible la adopción de múltiples decisiones secundarias en el terreno de la actividad económica". "La nueva época, anunciada por la triunfante inauguración de la presidencia del general Mitre, fue una época de inversión de capital y de libre comercio. Esa época venía pues a responder a un ritmo acelerado de desarrollo que se estaba verificando al otro lado del Atlántico". "Mientras en la Europa occidental se fomentaba de esta manera la expansión comercial mediante la política del laissez-faire, en la Argentina las nuevas autoridades proyectaban, mediante la acción y garantías del Estado, alentar la formación de empresas extranjeras" (8). Las consecuencias de esta política económica, y desde luego su valoración, ha abierto larga polémica en los años últimos por obra de los llamados revisionistas. Si hay algo indiscutible es la objetiva comprobación del sistemático exterminio de la independencia provinciana y la brutalidad de los procedimientos con que se fueron imponiendo los nuevos sistemas económicos en detrimento de la población rural, utilizándola al servicio de los intereses capitalinos. Jorge Abelardo Ramos ha subrayado la inserción política inmediata de la obra de José Hernández en este profundo conflicto económico y social, estableciendo la radical oposición Sarmiento-Hernández: "Bueno es advertir que el más grande artista de nuestra historia combatirá junto a López Jordán, con la pluma y la lanza, en los combates que libra el pueblo entrerriano contra los invasores porteños. Todo ese mundo declinante del paisano en armas va fijándose en el alma del poeta con caracteres indelebles; la derrota se le aparece como un signo fatal. Frente a las lanzas coronadas frecuentemente con una tijera o un cuchillo —las cargas triunfales de la caballería no podían aprovecharse por falta de fusiles y artillería— aparecen los rémingtons que la opulenta Buenos Aires adquiere en el extranjero para matar gauchos. En ese duelo técnico se medían dos épocas" (9).

El equivalente uruguayo está representado por la Revolución de las Lanzas, así llamada por haber sido justamente la última patriada en el viejo estilo de lucha gaucha, y donde también por primera vez se incorporan los fusiles rémingtons. Esa derrota que en forma de crónica fue contada por Abdón Aróztegui, que abasteció de experiencias al joven Acevedo Díaz para sus futuras novelas históricas, nos entrega el poema de Lussich **Los tres gauchos orientales.**

Es cierto, como alguna vez apuntó María Rosa Lida, que las derrotas han tenido más rica repercución en la literatura que las victorias y que es a aquellas que les debemos obras fundamentales. El proceso es comprensible: cuando el medio deviene hostil, el hombre se retrae para pensarlo y pensarse, para explicarse lo ocurrido, para dotarse de imágenes que lo expresan y que compartidas colectivamente restablezcan el equilibrio imprescindible para su instalación social. Este proceso es social, pero lo que en esa matriz se genera asume otras direcciones que aspiran a trascender la motivación histórica: es ante todo la creación del arte, en cuanto estado perfecto que cancela el tiempo y la circunstancia motivadora, pero aún dentro de él es la suma de significaciones espirituales con

que se teje la gran investigación esencial del hombre histórico.

En la década que va desde 1862, en que Mitre asume la presidencia, a 1872, en que aparece Martín Fierro, las derrotas son progresivas y constantes, las fuerzas son abatidas, las rebeliones indómitas destruidas. Muchos hombres buscaron explicarse, a partir del nivel de sus conocimientos y experiencias, la realidad en que vivían, y, sobre todo, las causas secretas de ese aluvión adverso. Es normal que lo buscaran dentro de los materiales del venero de su cultura tradicional, donde se combinaba la educación española de tipo religioso y el pesimismo de otros derrotados anteriores, los indígenas. Abundaron las explicaciones mágicas, las invocaciones religiosas; hubo aventuras mesiánicas. La más trágica y conocida es la de los asesinatos perpetrados en Tandil el 1º de enero de 1872 y que así resume Martín Aguirre, el defensor de los acusados: "Parodiando las profecías de terribles castigos de las leyendas bíblicas, Solané, supuesto Dios, y Jacinto Pérez, supuesto San Francisco, anunciaban para el 1º de enero un diluvio que ocasionaría el hundimiento del Tandil, catástrofe de la cual sólo salvarían los que hubieren derramado sangre de extranjeros enemigos de la religión y recibido la bendición de Dios a quien podrían ver yendo en seguimiento de San Francisco (Jacinto Pérez) a consumar la obra Santa. La recompensa ofrecida al celo religioso era la salvación personal y de sus familias con las que irían a habitar un nuevo pueblo que había de surgir en la Piedra Movediza. Absurdo e inconcebible parece, si se juzga de ligero, lo que voy extractando. Pero la sinceridad y la buena fe con que tales aseveraciones eran creídas por los encausados no pueden ponerse en duda". (10)

Un sentimiento religioso también detectaba Azorín en el poema de Hernández, y Martínez Estrada lo razonaría a partir de la vocación por lo escueto del autor, su voluntad de trascender lo adventicio y epocal para concentrarse en la esencialidad del hombre: "No es necesario inquirir en qué consiste el simbolismo oculto en el Poema. Algunos versos nos previenen de que en la concepción de la Obra se ligan los acontecimientos biográficos a los de un orden potencial, que ellos no alcanzan a perfilar y delimitar concretamente. Finalizar la Vuelta en el canto trigésimo tercero, que es la misma edad de Cristo, o insinuar que es preciso rumiar mucho para entender el Poema, son simples advertencias de que en la conciencia de la obra que Hernández estaba realizando algo trascendía al hecho escueto y a la anécdota" (11). El camino de una interpretación simbólica es siempre resbaladizo y propicio a los errores. Hace bien Martínez Estrada en desconfiar de los cultivadores de interpretaciones alegóricas. Lo perceptible en el poema es un esfuerzo tenaz para alcanzar los valores esenciales del hombre, pero no a partir de la erradicación de una circunstancia, sino elevándose sobre ella, alimentándose incesantemente de ella sin quedarse en el plano de la reivindicación social y política que la pretexta cómodamente. Parecerá exagerado decir que Hernández piensa al hombre; quizás lo resulte menos si puntualizamos que piensa poéticamente al hombre rioplatense, en que adverbio y adjetivo circunscriben la empresa, pero que, reduciéndola de ambición filosófica, la acrecen de magnificación mítica, puesto que sólo la poesía puede elaborar el mito.

No sólo él acomete la empresa, sino todos los autores gauchescos de la época, y los autores de literaturas más cultas que tomaron al gaucho y su drama como centro de la creación literaria. Y no nos importa ahora que esa tarea no pudiera dar, para nuestra concepción actual del problema, sino la descripción de un determinado hombre, de un ser histórico delimitado, ya que lo fundamental es comprobar que esa tenaz investigación dotó a las sociedades del Plata de una visión arquetípica del hombre nacional. Es en esas obras, en ese período, que se forja en el campo concreto de las imágenes literarias, muchas veces torpemente razonadas del punto de vista pensante, la concepción del "hombre nacional". Sostenida simultáneamente, como si fueran las dos piernas del cuerpo humano, sobre un sentimiento terruñero intenso, una forma primaria e instintiva de la nacionalidad, y sobre una cosmovisión cristiana donde se van diluyendo sus principios estrictos para trasfundirse como una atmósfera y una sensibilidad al comportamiento psicológico de los hombres, nace aquí la imagen primera del "hombre rioplatense", del "argentino" y del "uruguayo".

Las masas extranjeras que en estas mismas fechas comienzan a descargarse sobre la región y proceden a la gran transfusión de sangre del cuerpo nacional, no transportaban ninguna imagen válida, coherente y aplicable a todos —a los venidos de España o de Italia, a los que caían desde Francia o Inglaterra, a los que terminarían viniendo de la Europa central— y aunque se opondrán al gaucho y lo estigmatizarán en los primeros momentos, cuando todavía le resta fuerza, concluirán por asumir la imagen nacional que él ha fraguado en el proceso de su desintegración y la harán suya como instrumento de enclave regional, como su nueva justificación americana, como el elemento aglu-

tinante de la sociedad aluvial. Desde luego que no los representa, pero es el pasado único que reciben, y no son capaces de crear, como ocurrió en los Estados Unidos, una imagen pionera que sea sustitutiva y los muestre en la brutal actitud conquistadora que los singularizó, tal los conquistadores del oeste en el norte.

El profundo, largo llanto viril de los gauchos, será más poderoso que las energías rudas de los inmigrantes; éstos se doblegarán a la concepción del hombre que aquéllos habían generado, y bien podrían rastrearse los basamentos económicos y sociales de este curioso comportamiento. Pero aquí sólo queríamos describir el proceso espiritual. Esta es la victoria última de los vencidos, que ellos no llegaron a conocer porque para entonces ya estaban muertos.

---

(1) Carlos Alberto Leumann: La literatura gauchesca y la poesía gaucha. Buenos Aires, Raigal, 1953. 213 pp.

(2) Ricardo Rojas: Historia de la literatura argentina. Los Gauchescos I. Buenos Aires, Losada, 1948, p. 23.

(3) Pedro Henríquez Ureña: Las corrientes literarias en la América Hispánica. México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 115.

(4) Julio Caillet Bois: Introducción a la poesía gauchesca. Hilario Ascasubi, en Historia de la literatura argentina (dirigida por Rafel Alberto Arrieta), Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1959, tomo III, p. 66.

(5) Véase el tema del cambio en el libro de Eneida Sandone de Martínez **La imagen en la poesía gauchesca**, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962.

(6) Véase el estudio preliminar de León Benarós, a Eduardo Gutiérrez: **El Chacho**, Buenos Aires, Librería Hachette, 1960.

(7) Rubén A. Benítez: Una histórica función de circo. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras - Instituto de Literatura Argentina, 1956.

(8) H. S. Ferns: Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX. Buenos Aires, Solar - Hachette, 1966. pp.. 326-7.

(9) Jorge Abelardo Ramos: Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, pp. 246-7.

(10) "Imago Mundi", Año I, Nº 2, Buenos Aires, diciembre 1953, p. 79.

(11) Ezequiel Martínez Estrada: Muerte y transfiguración de Martín Fierro. México, Fondo de Cultura Económica, 1948, tomo II, p. 494.

DANIEL VIDART

PAYADORES GAUCHOS Y LITERATURA GAUCHESCA

A mis alumnos de los cursos de Sociología y Antropología Cultural

I — HISTORIA Y DESTINO DE LOS CANTORES POPULARES

EL payador es el símbolo lírico del individualismo campesino rioplatense. Nuestros paisanos no cantaban en coro tal como lo hacían y lo continúan haciendo los europeos gregarios, los indios litúrgicos o los negros fetichistas. Sólo uno entre muchos levantaba la llama musical de su voz y en derredor de ese fuego humano, que restañaba apenas la penuria de una gran tiniebla artística, se reunía un auditorio conmovido y atento. Todos los silencios y todas las soledades de la geografía, todas las carencias y marginalidades de la historia, se destilaban en la miel áspera de las canciones, y los hombres llegaban con sus íntimos desamparos y sus aislamientos planetarios para arder por algunas horas en el trino enronquecido o estridente del poeta rural. A veces venía otro cantor y entre ambos tejían el cañamazo de los contrapuntos. Brotaban entonces, al compás de la picardía criolla, manantiales de coplas sentenciosas; se entablaban torneos de preguntas y respuestas sobre temas fundamentales de la filosofía, ingenuos en su formulación pero angustiados y eternos en su problemática; la crónica, la imaginación y el mito sazonaban los frutos de una sabiduría popular llena de agachadas pintorescas, de trasfondos irracionales, de ráfagas de instintiva y a veces espléndida poesía, siempre acertada en la gracia metafórica, perpetuamente auténtica en su expresividad tradicional.

El payador es un tipo humano con caracteres peculiares, propios de su especialización y funcionalidad. En un área cultural donde imperan los géneros de vida dictados por una ganadería de tipo extensivo, pobre en artesanía, sin entronque con las milenarias divinidades de la tierra que en otros pueblos han propiciado un complejo repertorio de dispositivos paisajísticos adscriptos al sedentarismo agrícola, el payador es la única concreción de las posibilidades estéticas del ambiente. Los hombres de a caballo, los camelleros itinerantes, todos los representantes clásicos y modernos de las comunidades nomádicas, sólo pueden llevar consigo las artes de la palabra, los tesoros de la narrativa, los mundos cifrados del canto. Donde no hay telares ni cerámica, ni arquitectura colosalista ni riqueza en el vestido, ni trabajo metalúrgico ni talleres de industria familiar, únicamente cabe la virtud celebrada por el proverbio árabe: "la belleza del hombre radica en la elocuencia de su lengua". Las culturas de tecnología material escasa están frecuentemente, por una especie de equilibrio compensatorio, bien dotadas en complejos sistemas de parentesco —los arunta australianos—, en religiones de intenso aliento monoteísta —los pigmeos del Congo— o en cantores inspirados —los berberiscos, una de cuyas tribus proclamaba su preeminencia sobre todas las otras "en jinetes y poetas".

Pero es ya tiempo que nos interroguemos

sobre la antepasada figura del payador de nuestros campos y la primera pregunta recae, naturalmente, sobre el significado de su denominación.

Payador deriva de la voz paya, que en español antiguo designaba el diálogo poético acompañado por música de guitarras que entablaban dos cantores. Payo, paya, a su vez, derivan del latín pagus, que significa lugar rústico, y son sinónimos de aldeano, de campesino, de hombre sin educación ni lustre urbanos. Los términos payuca y payucano empleados peyorativamente en la Argentina para designar al paisano que anda como boleado por las calles de la ciudad, confirman la filiación etimológica de la aludida voz.

El payador —o pallador, como se le llama en Chile— es, pues, un cantor rural que se sirve del contrapunto para desplegar sus habilidades en la improvisación ingeniosa, en la respuesta aguda, en la metáfora naturalista, en el verso desaliñado pero intenso. Su entronque histórico lo relaciona con antepasados de otras civilizaciones, aunque todos, en nuestro caso, dentro del común estuario de las culturas de Occidente. Es conveniente, por lo tanto, examinar algunos ejemplos.

Los aedos griegos que en las cortes de Jonia recreaban el ciclo legendario de la epopeya troyana recibiendo presentes y hospitalidad a cambio de sus cantos, son sus más lejanos antecesores. Pero el aedo es un cantor urbano, un citarista refinado, un versificador académico; su arte no es espontáneo sino aprendido y perfeccionado a veces por el genio individual; pertenece a una corporación que trasmite de padre a hijos las reglas musicales y poéticas; no canta provocado por un contendor sino que lo hace singularmente, en un aristocrático megaron, luego de los grandes banquetes de los nobles de Colofón o Mileto, a los que adula a cuenta de su mecenazgo.

El payador se asemeja al aedo en el caso de la invención pura. Si ambos crean o revitalizan un tema cualquiera comparten el territorio común de la originalidad. El aedo se convierte en rapsoda si canta composiciones ajenas y el payador deja de serlo si se limita a repetir los temas del folklore poético y musical de su patria. Sin embargo las diferencias son inmensas: el aedo es un cantor rentado, cortesano, que halaga el oído y la vanidad de los señores emparentándolos con los dioses; es un profesional comprometido con los poderosos de su tiempo y sostenido por ellos. El payador no pacta el precio de sus canciones, tiene aliento y auditorio populares, posee una bárbara libertad para juzgar a sus semejantes y a veces insiste en señalar las diferencias existentes entre el mundo de los parias y lo que Sarmiento llamara "la oligarquía de la bosta", esto es, el imperio cuasi feudal de los estancieros.

Otro miembro de esta cofradía multicentenaria es el bardo céltico. Pero el bardo está más cerca del aedo que del payador; sus asuntos son épicos y no circunstanciales; no canta en forma alterna, disputando con un antagonista, sino que se limita a exaltar individualmente las hazañas guerreras de su pueblo.

Es en el mester de juglaría medieval donde se pueden hallar las pistas que conducen hasta el payador americano. El juglar es un hombre del pueblo. No se concreta a cantar: danza, tañe, hace juegos de manos, divierte al auditorio. Su misión es solazar, distraer. Muchas veces actúa en el seno del vulgo innumerable de las aldeas, de las posadas, de las incipientes ciudades. Otras veces sirve a los reyes, a los nobles, a los señores de la iglesia, a los municipios, aun a los trovadores. El juglar canta lo que otros componen. Es un repetidor, no un creador. Es, además, un pedigüeño ambulante: cambia sus canciones y sus artes por la paga en dinero, en vestido o en especies. En cambio el trovador, de origen noble, puede mantener un caballo y no exige retribución por sus canciones. Además es un poeta, un inventor de mundos. A veces desdeña entonar sus poemas y los entrega a los juglares para que éstos los canten. "Históricamente —dice Ramón Menéndez Pidal— el trovador nace por imitación del juglar; es el caballero o la persona cualquiera que hace versos como los histriones" (**Poesía Juglaresca y Juglares,** 1942).

Juglares y trovadores, desde el trasfondo europeo, funcionalizan un arte que sus descendientes americanos volverán a reinstalar en el seno de otro dintorno geográfico y humano, en los marcos de una economía colonialista y una sociedad tenuemente estratificada. La diferencia básica entre los trovadores nobles y los payadores populares radica en que el trovador se aparta deliberadamente de los cauces de la poesía del pueblo, inteligible para todos, y versifica de un modo esotérico, dirigiéndose a un núcleo de elegidos, de acuerdo a las complicadas reglas cortesanas y amatorias de **l'art de trobar.** Se parecen, no obstante, porque el trovador procura **trobar,** esto es, hallar, encontrar nuevas expresiones, inventar temas y giros impares. El payador verdadero, personificado en Martín Fierro, proclama:

De naides sigo el ejemplo,
Naide a dirigirme viene,
Yo digo cuanto conviene
Y el que en tal huella se planta
Debe cantar cuando canta
Con toda la voz que tiene.

Los trovadores, además, no celebraban asuntos épicos, como los aedos y bardos, sino cosas del diario vivir. Poesía narrativa y poesía lírica, pues, antes que poesía épica. Crónica antes que historia; vida individual y no epopeya colectiva convertida, según la ideología impuesta por los señores, en personal y egolátrica hazaña. La poesía juglaresca y trovadoresca era, al decir de Waldemar Vedel, "ocasional y oportunista" (**Ideales de la Edad Media,** II, 1927) y de ocasional y oportunista puede también calificarse al mester payadoresco. Lejos estaban las Cortes de Amor de Provenza de los primeros siglos de la Edad Media. La canción de los trovadores es juego y deporte (**joi e deport**), juego y alegría (**joi y gauy**); en cambio los autores del Poema de Mío Cid y de la **Chanson de Roland** celebran la élite guerrera de una sociedad combatiente, asediada por los infieles invasores, obligada al heroísmo como única forma posible de supervivencia.

El contrapunto de los payadores tiene un cabal antecedente en las **tensones,** en los **quolibet,** luchas intelectuales entabladas entre los trovadores. El torneo poético, sin embargo, posee un antiquísimo origen rural: los Idilios de Teócrito y las Églogas de Virgilio consagran el torneo campesino de los siglos clásicos, y estas contiendas líricas perviven aún entre los pastores de Toscana y Sicilia, los paisanos tiroleses, los aldeanos de Suecia y los labradores gallegos.

La payada americana y la tensión de la Baja Edad Media difieren en un fundamental matiz. En aquélla son los cantores mismos quienes alternativamente y al calor de la improvisación se proponen acertijos, "cosas de fundamento", interrogaciones sobre el medio físico y el ambiente humano circundante; en ésta son las señoras feudales, las dueñas de las Cortes de Amor (ver el librito de Jacques Lafitte-Houssat, **Trovadores y Cortes de Amor,** 1960) las que eligen los temas, y los trovadores confabulan un torneo poético, previamente ensayado, para responder con una farsa lírica a los caprichos de las castellanas.

Pero es tiempo ya de inquirir por las sociedades pecuarias de América, donde prosperaron las diversas formas de dominación económica del imperialismo luso-hispano, y donde el Romancero peninsular sembró sus modalidades culturales.

Los payadores y cantores americanos florecen en los llanos, en las pampas, en el valle central de Chile, en la penillanura uruguaya, en las coxilhas riograndenses, en las sedientas caatingas del sertão nordestino. En dichos escenarios se desarrollan las formas larvarias de una ganadería cimarrona, dedicada a la corambre primero y al tasajo después. La tierra pertenece a los grandes beneficiarios de la corona y sus descendientes criollos. Sólo el ganado es un bien común mientras las estancias, las fincas, los hatos o las fazendas se organizan en derredor del núcleo patriarcalista de la comunidad donde residen los patrones y sus allegados. Éstos son los paisanos, los trabajadores sedentarios de la ganadería estante, que si bien exige una continua cabalgata diurna, reúne en un fogón nocturno a todo el grupo humano de la hacienda. Fuera de estas comunidades que emergen como arrecifes en medio de un mar de hierbas, pulula una sociedad marginal de desclasados, fugitivos, contrabandistas, cuatreros, hombres libres como los caminantes medievales, artistas vagabundos y tahúres trashumantes. Pero todos, los paisanos y los gauderios, los patrones y los tupamaros, los señores terratenientes y los camiluchos, los sedentarios y los pasianderos, viven al socaire de una alimentación vacuna abundante, compartida, que no exige el laborioso ciclo anual de la agricultura pedagogizada por los miniaturistas de las Ricas Horas. Es cierto que un pequeño sector de la sociedad está integrado por los dueños de la tierra, y que a su sombra vive un también pequeño sector de trabajadores y familias mientras que la gran mayoría de los habitantes del campo —indios, mozos desgaritados, malévolos, gauchos, changadores— sólo tiene acceso al ganado cimarrón, pero lo que no puede negarse es que el ocio impera sobre el trabajo, que la hípica y su secuela han anulado las categorías laborales y mentales de la economía en el Viejo Mundo. Estos pueblos ecuestres y ociosos, semejantes a los beduinos por su género de vida y concepciones de la existencia, amasados por la confluencia biológica de la raza mediterránea del sur de Europa, de las razas indígenas —ándidos, amazónidos, pámpidos, plánidos, láguidos— y de las razas melanoafricanas, rehabilitarán un día los oficios de los juglares y los trovadores, de los segreres y los ministriles, de los scopas y los goliardos. Pero los cantores americanos no oficiarán ya en el seno de una sociedad rígidamente estratificada en estamentos sino en la matriz indiferenciada de comunidades solidarias en la lucha contra la naturaleza que, más adelante, con los avances de la tecnificación, comenzarán a empotrerar sus estirpes y a renegar del pobrerío. No cantarán ante nobles a la hora de los postres, luego de banquetes memorables, sino en los fogones amortajados por el humo, a la sombra de las enramadas entecas, bajo los ombúes hinchados

como velámenes, al pie de las rejas de las pulperías, en las plazas bosteadas donde se aburren las carretas, en los toldos asoleados de las pencas, a la puerta de las guaridas itinerantes de las quitanderas, en los intervalos de los bailes, en los descansos de las yerras. Guitarritas de morondanga, rabeles, guitarrones y cuatros, simples instrumentos de madera y cuerda, descendientes de la kitar árabe aquerenciada en Iberia y nieta de la cítara helénica, acompañaron con sus desacompasados rasguidos musicales a las voces rudas, destempladas, tremolantes, de los aedos de las soledades de América. A veces se recurría a las maracas, heredadas del indio. Pero del indio nada quedaba en los cantores campesinos del Nuevo Mundo. Eran europeos renacidos en escenarios elementales, empobrecidos en su venero folklórico, que encarnaban una definida tradición cultural transatlántica.

Ya tenemos el retrato inicial de aquellos cantores y el inventario de sus instrumentos. Interesa ahora preguntar por la forma y materia de sus canciones. Aquí reaparece el acervo peninsular, el arte de un pueblo que viajará con los primeros desbravadores a las tierras torrenciales del Nuevo Mundo. En efecto, con los conquistadores españoles había desembarcado, para emplear las palabras de Vallejo, el "olivo de bolsillo" del Romancero. En el Río de la Plata los romances comienzan tempranamente a recibir la influencia lingüística del incipiente dialecto campesino y adoptan las formas métricas que, a la postre, engendraron el cielito. Aparecen las modalidades híbridas, los centauros líricos tan comunes en las trasculturaciones. Así es como en un romance atribuido al canónigo Baltasar Maciel se machihembran, un poco grotescamente, el viejo estilo peninsular con la musa americana. La composición cumple con los requisitos de adulonería exigidos a todo buen aedo cortesano. No se respira en sus versos la bochinchera discrecionalidad ni la irreverencia de los payadores sin rey ni ley. La composición, que se titula "Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Exmo. Señor Don Pedro de Cevallos", comienza así:

Aquí me pongo a cantar
abajo de aquestos talas
del maior guaina del mundo
los triunfos y las gazañas.

Las décimas que se usaron posteriormente en las payadas de las postrimerías del siglo XIX no emigraron del campo a la ciudad: descendientes de la espinela renacentista y empleadas por poetas gauchescos y no gauchos fueron sembradas por la mano de las urbes en el fecundo surco de las campañas. Son formas pulidas, citadinas (se les denomina cultas pero desestimo esta adjetivación clasista ya que la cultura es un patrimonio común a todas las comunidades humanas), académicas en definitiva. Carecen del sabor y gracia populares de los cielitos. Desde el punto de vista formal poseen innegable belleza y permiten retruécanos hábiles, que explotarán los payadores epilogales y los milongueros, pero no tienen autenticidad folklórica.

El cielito, estudiado por el incansable Lauro Ayestarán (**La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay**, 1950) "reconoce una antigua filiación romancesca", dado que su estructura es la de "una cuarteta octosilábica cuyos versos 2º y 4º riman en forma consonante o asonante".

Del común denominador del verso octosilábico surgen también el trovo y la glosa, pero como este estudio del payador tiene más interés en lo social que en lo estilístico, es tiempo, en consecuencia, de iluminar frontalmente la figura histórica, carnal, de este prototipo humano del campo ganadero.

El payador es algo más que el cantor. El cantor repite, el payador crea; uno es un conservador del patrimonio folklórico, el otro es un innovador, un elemento metafolklórico, reacio al tutelaje tradicional, activo inventor de visiones personales del mundo y no pasivo receptor del acervo popular.

Sin perjuicio de la caracterización etnográfica que intentaré en el capítulo II quiero cerrar este proemio, encuadrado por el tiempo de la historia y el espacio de la geografía, con una visión simbólica del destino de los payadores. He escogido para ello tres figuras consagradas en tres regiones de América: el Cantaclaro de los llanos de Venezuela, el Santos Vega de la pampa argentina, el mulato Taguada del valle central de Chile. Los tres fueron de "larga fama" y los tres también fueron finalmente vencidos por el Diablo o por la ciencia, que es lo mismo, en su calidad de entenada demoníaca de la civilización.

Cantaclaro es la encarnación mítica del alma llanera. Sabana, caballo y copla son la trinidad venezolana de tierra adentro según la novela **Cantaclaro** de Rómulo Gallegos. La copla errante señorea en los caminos, en los infinitos caminos de los llanos que el Orinoco acaricia e inunda. "Allá va por delante de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos, y a veces se quita las palabras y se queda en cueros de tonada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuestas. Allí entona galerones y corridas al son del arpa y las maracas. Aquí llega, rasgueando el cuatro a la porfía de los cantores alardosos:

Desde el llano adentro vengo
tremoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado
¿Quién se atreve a replicar?".

Y cuando alguien se atreve, como el Guariqueño, se trenza entonces el duelo contrapuntístico. El cantador —signo compartido con los trovadores europeos y los payadores rioplatenses— canta "cosas de su invención", y Florentino así lo corrobora entonando:

...este almanaque llanero
que a mi cabeza no viene
de cantos de otro coplero
ni de libro que lo enseñe.

Una vez el Diablo corta el paso de Cantaclaro y el cantor lo aventa nombrando a las "divinas personas". Pero el Diablo insiste

Desde el alto llano vengo
desafiando a Cantaclaro;
—Esperate Quiebracacho
que me está retando el Diablo.

Al final el Diablo se sale con la suya y vence al legendario cantor, porque sólo el Maldito tenía recursos para quebrar la inventiva y la gracia humanas de Florentino.

En Chile los cantores populares se llamaban **palladores**. Algunos opinan, contrariando la etimología de origen español, que pallador viene de **paclla**, voz quechua que significa campesino, pero esto no importa mucho. Los palladores chilenos, acompañando sus cantos con un guitarrón o un rabel, recorrían los campos y los pueblos sin buscar otra paga que el aplauso, anidando en las ruedas hospitalarias de buen vino, de mate —que en Chile se bebió hasta fines del siglo XIX—, de cuecas calientes y labios encendidos, de sopas de humitas y ponchos multicolores.

Los cantos de aquellos poetas espontáneos y repentistas se inspiraban, siguiendo la vieja tradición medieval europea, en lo Humano y en lo Divino. "Como ser cantor constituía un alto galardón —dice H. Acevedo Hernández— todo el mundo cantaba desde pequeño. Los rotos más infelices cantaban de pie quebrado y con güelta. Los cantos eran siempre controversias rimadas y cantadas que debían improvisarse en el momento de cantarlas; cuando algún cantor no podía contestar a su contrincante y se veía obligado a callarse, entonces quebraba y el aventajado rival estaba autorizado para arrancar una vuelta a la chupalla (un sombrero rústico). Había tan malos cantores que conservaban muy poco tiempo el ala del sombrero..." (**Los cantores populares chilenos**, 1953).

Un contrapunto memorable fue el del Mulato Taguada, un pueta del Maule, con don Javier de la Rosa. Aquél era un inspirado hijo del pueblo, un cantor de los caminos y las posadas; éste, un hombre letrado, rico, mestizo de español e india. Horas y más horas duró el contrapunto. Vehemente el roto; frío y medido el dotor; impetuoso y pícaro el afroamericano; sutil y enredador el iberoaraucano.

Preguntaba Taguada:

Señor poeta abajino
con su santa teología
dígame cual ave vuela
y le da leche a sus crías.

Y retrucaba, impávido, don Javier:

Si fueras a Copenquén,
allá en mi casa, verías
como tienen los murciélagos
un puesto de lechería.

El rotito volvía a la carga:

Mi don Javier de la Rosa
viniendo del Bío-Bío
dígame si acaso sabe
cuántas piedras tiene el río.

Y don Javier salía otra vez del paso sisamente:

A vos Mulato Taguada
la respuesta te daré:
ponémelas en hilera
y entonces las contaré.

Cuando correspondió preguntar a don Javier, el pallador maulino cedió luego de una heroica e intuitiva defensa. Nada pudo el gracejo desamparado de la tradición folklórica contra la dialéctica de la universidad. Don Javier aliaba la sabiduría y el buen decir ciudadanos a la sagacidad del hombre de campo. Era un mestizo étnico y cultural, con dominio en los dos extremos de la polaridad americana: la urbe europeizada y la trastierra criolla, la instrucción profesional y la endoculturación de la comunidad de folk. Y Taguada, derrotado, impotente, llegó entonces al insulto. Había perdido la parada. Aguardó la noche, para que nadie lo viera, y se marchó avergonzado, a los tropezones. Nunca más cantó. Se fue apagando de a poco, callado y caviloso siempre. Hasta que sonó, por fin, el deseado bordoneo de la muerte.

En esta verídica historia el Diablo no es un mito sabanero, como en el caso de Cantaclaro. El Diablo es aquí la civilización, el panegirista ilustrado de la estirpe de Caín, el epígono de aquel Lucifer tan brillantemente caracterizado por Lord Byron.

Y para terminar está Santos Vega, la estrella más pura del firmamento payadoresco del Río de la Plata. Rafael Obligado, un poeta ciudadano, refinado, supo interpretar su trágica derrota a manos de Juan Sin Ropa, el Diablo de la tradición, otorgándole al demonio los atributos intelectuales de los cainitas que en su tiempo habían vencido a los abelitas. Santos Vega, en su mentada payada con el Malo, cantó a la naturaleza, a los campos abiertos, a las tardes aterciopeladas como pelusa de durazno, al maduro sol de los mediodías, a los arroyos caídos entre los pastos como facones mojados por la luz de las estrellas. Otras cosas no podía describir ni entender; en su ingenuo panteísmo sólo supo entreverar la presencia de Dios con los objetos del escenario habitual y exaltó entonces a la creación con el sentimiento de una simple criatura admirada.

En cambio Juan Sin Ropa entonó una nueva canción, y el suyo

"Era el grito poderoso
del progreso, dando al viento
el solemne llamamiento
al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo,
de la pampa ayer dormida,
la visión ennoblecida,
la promesa del arado
del trabajo, antes no honrado,
que abre cauces a la vida.
. . . . . .
Y a la par que en el abismo
una edad se desmorona,
al conjuro en la ancha zona
derramábase la Europa,
que sin duda Juan Sin Ropa
era la ciencia en persona."

Juan Sin Ropa, el Diablo, era la ciencia en persona; la endemoniada y victoriosa ciencia también sustentaba a don Javier de la Rosa; ciencia mortal existía en el contendor de Cantaclaro. Estos profundos símbolos surgidos por convergencia cultural o trasmitidos por difusionismo encarnaron en el pueblo americano lo que en el pasado clamaban, apocalípticamente, los profetas hebreos y lo que resucitó, románticamente, la protesta dieciochesca de Rousseau, el enemigo de la civilización. La urbanización y tecnificación del mundo significa el fin de los bárbaros paraísos pastoriles donde se vivía sin trabajar, de los grandes ocios pecuarios, del bon sauvage de la etnología idealista del ginebrino, de los llaneros, de los vaqueros y los gauchos.

La civilización también acabó con los payadores, y hoy los caricaturescos retoños de aquella progenie deben cantar ante micrófonos urbanos, entre avisos comerciales, para que el receptor radiotelefónico que invade de a poco los ranchos recoja el resuello de su piadosa mentira rural.

II — RESTAURACIÓN DEL MUNDO PAYADORESCO

Entre la poesía gaucha y la gauchesca media la misma distancia sociológica y cultural que separa el campo americano, tenuemente humanizado, de la ciudad industrializada, secularizada y cosmopolita. Los poetas gauchos fueron los cantores y payadores de la tierra abierta, de la vida viajera, de las haciendas baguales, del clan ganadero. Los poetas gauchescos, por el contrario, fueron hombres instruidos de las ciudades rioplatenses aprendices de cosmópolis —Buenos Aires, Montevideo— que se sirvieron de los giros idiomáticos del gaucho y a veces de su forma de versificación para recrear literariamente la epopeya, el drama y la comedia del universo rural. Aquellos son la esencia, la savia auténtica de una tradición cada vez más despistada en sus valores funcionales a consecuencias de la transformación de la comunidad afectiva de otrora en la sociedad contractual de hogaño; éstos representan la necesidad de expresar un mensaje inteligible para todo el pueblo llano de las repúblicas nacientes y el intento de jerarquizar estética o moralmente los atributos de la vida campesina que se debatían en retirada ante los avances de la civilización.

El poeta gauchesco no siempre es un intérprete fidedigno de la vida rural, y hasta se responderá que eso no interesa. En muchas ocasiones ridiculiza, por ignorancia, o deforma, por exageración, la realidad vernácula; en otras introduce voces extrañas al habla nativa; desconocedor de ciertas faenas camperas e incapaz de penetrar en la aterradora simplicidad de algunas psicologías cerriles llega hasta el disparate o la tergiversación.

El poeta gaucho enumera ingenuamente, sin sorpresa ni novelería, las peculiaridades humanas y naturales del contorno; no insiste en los valores artísticos de los paisajes, de los que es un mero componente; actúa sin premeditación social ni moralejas edificantes en un ruedo erizado de peligros que a veces se enciende de vihuelas y a menudo se desangra entre puñales.

El poeta gauchesco vierte su inteligencia cultivada en los acogedores —y tranquilizadores— moldes de la tradición; advierte los finos matices de la naturaleza que circunvala las andanzas de los gauchos y los indios; celebra la Edad de Oro de un perdido paraíso de abundancia y libertad; tiene intención política, moralizadora y hasta educadora; infunde sus sentimientos y concepciones del mundo a los personajes rústicos que de musculares se convierten en escolásticos, de folklóricos en pedagógicos, de reales en ideales. Tiene esta poesía deliberada el valor de un manifiesto; el gaucho no ve la explotación de los dueños de la tierra, pero Hernández, o Serafín J. García, hijos de otro tiempo, la denuncian mediante alegatos explícitos o implícitos. Por boca de los gauchos se hace hablar la **intelligentsia** urbana, y no es desacertado que así se proceda, sino útil y aleccionador.

Esto sí, la confusión de lo gaucho con lo gauchesco, de la gratuidad expresiva con la motivación social, de lo espontáneo con lo meditado, de lo cotidiano con lo ideológico, puede distorsionar la imagen verdadera del primitivo habitante de nuestros campos. Sobran ejemplos. Hidalgo hace decir al gaucho de la Guardia del Monte:

Ya que encerré la tropilla
y que recogí el rodeo.

Ascasubi fragua un lenguaje caprichoso y se lo endilga lindamente al paisano, que conservó con oscura memoria uterina el florilegio de los romances españoles y palabras de rancio ascendiente castizo. Ramón de Santiago se va al extremo opuesto y hace preguntar a su selvática loca:

—¿Sabéis paisanos por qué ando errante
bajo estos bosques del Bequeló?

José Alonso y Trelles injerta en el robusto, enjuto tronco psíquico del criollo, su melancolía céltica, su gaita metafísica, su subjetivismo quejumbroso. Todos los poetas que nombré estuvieron muy bien intencionados; algunos fueron excelentes; pero todos por igual carecieron de la calidad de gauchos, o de hombres rurales por lo menos. Porque el gaucho no es el habitante genérico de los campos rioplantenses. Es un desclasado, un vagabundo, un personaje sin entronque con la simple economía de la estancia, pobrísima en trabajadores, un paria de las cuchillas. Tiene, es cierto, hasta tropilla de un pelo; come de lo que se agencia con su lazo y sus boleadoras; puede rumbear a los cuatro puntos cardinales de un campo sin alambrados; pero todas estas posibilidades no enjugan sus carencias de hombre marginal, su calidad de perseguido por la justicia, su condición de chivo expiatorio de todos los desvíos de los débiles físicos o los poderosos pecuniarios. El gaucho merece los peores improperios en los documentos de las autoridades coloniales, a las que acata Emilio Coni, y en el momento de su perigeo será Latorre el encargado de ejecutar los designios de la Asociación Rural, autora de un código defensor de latifundistas y embramadora de los últimos "vagos" del campo oriental. Los descendientes del gaucho y la familia del peón expulsada por la tecnificación de la estancia cimarrona, se encontrarán, cara a cara, en los primeros rancheríos nacidos en la década del 1870 al 1880. Pero a partir de entonces ya no existirán, en su realidad sociológica y cultural, más representantes de la humanidad gaucha. El ocaso del gaucho ve nacer la segunda y más brillante generación de los poetas gauchescos: Lussich es un folklorólogo avant la lettre; Hernández será un nacionalista terruñero; Estanislao del Campo se define como hábil adjetivador de un lenguaje festivo y de una elocución metafórica.

Los payadores gauchos cambian a lo largo del tiempo. Marcelino Román ha señalado las etapas sucesivas de sus modalidades y de su oficio, aunque incorpora en su clasificación, a mi juicio, algunos de los caracteres propios de los poetas gauchescos y de los cantores orilleros (los **milongueros**) que desnaturalizan al puro ejemplar rural. Según Román hay nueve períodos históricos, representados cada uno de ellos por una distinta promoción de payadores: **Primero.** Origen del tipo, que surge en las zonas rurales hacia la segunda mitad del siglo XVII. **Segundo.** Siglo XVIII hasta el libro de Concolorcorvo (**Lazarillo de Ciegos Caminantes**, 1773). El género payadoresco se cultiva en las campañas, manejado por "rústicos trovadores". **Tercero.** Desde el último tercio del siglo XVIII hasta 1910. El payador se distingue como el "vocero de la comunidad criolla que ya ha adquirido una fuerte cohesión espiritual". **Cuarto.** Corresponde al período de la Revolución Emancipadora. "El payador se convierte en vocero de la lucha por la independencia y divulgador de los acontecimientos, en los que él participa... con las armas". **Quinto.** Época rosista. Algunos payadores se acercan a Rosas, quien es más atraído por los bufones. Otros son propagandistas de ideas contrarias al tirano. Un tercer grupo dirime en combates verbales las diferencias entre unitarios y federales. En el Uruguay esta etapa corresponde —agrego yo— a la época de la Guerra Grande. **Sexto.** Desde la caída de Rosas a 1890. Los payadores "siguen siendo campesinos y analfabetos, pero ya aparecen nuevos signos de evolución y surge, con Gabino Ezeiza una generación de payadores instruidos..." En este momento, para decir verdad, desaparece el payador típico. El éxodo rural y la formación de los cinturones de miseria

donde se dan la mano los desarraigados del campo y los inmigrantes, ve aparecer el cantor orillero, el milonguero, un tipo híbrido que, desde el arrabal de la ciudad, evoca, con lenguaje y giros campesinos, el pago perdido. Dice Román que nuevas inquietudes políticas y la organización del movimiento obrero organizado llenan de una nueva temática el mester de estos milongueros (él persiste en llamarles payadores). Séptimo. De 1890 a 1915. El "mayor florecimiento de la payada" coincide con una institucionalización bolichera o corralonera del género. Ya aquí se ha perdido la vieja espontaneidad rural, aunque hubo notables improvisadores. Muchos de los "memorables lances" que emocionan a Román fueron descarado acomodo. La payada, ahora, es una especie de show explotado por el comerciante. Octavo. Desde 1915 a 1935. Mueren los payadores más renombrados y hacia 1917 hay en Buenos Aires un resurgimiento fugaz del género. Noveno. De 1935 a nuestros días. La actividad payadoresca decae. En la Argentina se extingue totalmente, no así en el Uruguay "donde la payada recibió mayor atención y estímulo". En nuestro país, en la radiotelefonía —con sus consiguientes avisadores y su destino masificador de la cultura, que de popular se convierte en kitsch pauperizada y puerilizada— hubo un despertar de los torneos contrapuntísticos, pero parece que ya entramos en el eclipse sin remisión del género. Esta clasificación de Román (Itinerario del payador, 1957) es demasiado rígida pero esclarece meritoriamente algunas de las etapas del género.

Yo no puedo ni quiero hacer una historia de los cantores y payadores. Eligiré los momentos de su origen y su decadencia. En ellos intentaré caracterizar los rasgos primerizos y epilogales de una actividad que sobrepasó largamente las finalidades artísticas para convertirse en una especie de speculum mundi.

Estamos en el primer tercio del siglo XVIII y en la olvidada Banda Oriental. Los segundones españoles se ajetrean por el techo de América, buscando oro y plata para enriquecerse a todo trapo, explotando indios en mitas y yanaconas, fundando ciudades que al cabo de pocos años, como Potosí, eran babeles de hijosdalgos presuntosos, comerciantes, tahúres, diestros y toda suerte de gente putañera y tabernaria. Aquí, entre las cuchillas de la enorme dehesa, comienzan a multiplicarse los ganados vacunos mandados en 1611 y 1617 por Hernandarias desde sus estancias de Santa Fe. Los españoles desestiman la humilde primicia de las bestias cimarronas. No sucede lo mismo con los americanos. Desde el norte descienden los troperos indígenas de las Misiones Jesuíticas que extendían hasta el río Negro los límites meridionales de la gigantesca estancia de Yapayú. Flanqueando la lagoa Mirim avanzan los seudópodos de la amiba bandeirante que marcha en busca del extremo meridional fijado por la geopolítica portuguesa: el ansiado estuario del Plata. Desde el otro lado del río Uruguay llega una turba de criollos para arrear ganado primero y para cuerearlo después. Entre ellos arriban santafesinos, puntanos, cuyanos, entrerrianos, correntinos, bonaerenses, chilenos y paraguayos. Colonia primero y Montevideo después, señalan los centros urbanos que constelarán positiva o negativamente una caterva de hombres que vienen a cuerear o que huyen del presidio, que no caben en el estrecho carromato de la economía colonial, que quieren vivir libremente, sin trabajar, entre los indios y los toros. Hay aquí un largo capítulo de economía política e historia social vinculado con la apropiación colonialista de las tierras, con el nacimiento de las estancias en la jurisdicción de Montevideo, sistematizada por el español, y en la anárquica Banda Oriental, gobernada por el brutal despotismo de los devoradores de fundos. Surge de tal modo un submundo rural integrado por mestizos, zambos, pardos, tercerones, sin faenas fijas y sin oportunidad de practicarlas, viviendo a salto de mata, cuatrereando ganado, subsistiendo peligrosamente entre el júbilo y el miedo. Aquella humanidad filosa, amartillada, despreciada, perseguida por la partida del español, refugiada en los cerros, prefigurando a veces la futura guerrilla de la montonera, estaba integrada por mozos desgaritados, gauderios, gente mal entretenida y pasianderos, según el lenguaje judicial de la época. Los miembros de dicha comunidad "delictiva" estaban catalogados como contrabandistas, asesinos, ladrones, cobardes saqueadores, cuchilleros temibles, violadores de mujeres, enemigos de lo ajeno, mugre de la tierra. Los changadores y los camiluchos, los tupamaros y los gauchos, livianos de carne como los venados, vestidos con prendas astrosas, de pata en el suelo, estribando entre los dedos, montando caballos veloces y siempre a la caza de ganados orejanos o de los otros, son los representantes de una sociedad periférica, visceral, atada al redaño de los campos por la tripa revolcada de su miseria, escondida en los cubiles malolientes de los ranchos que horrorizaban a los viajeros ingleses. Esta cáfila de hombres ignorantes, libres, insumisos, soberbios, peleadores, corajudos, inclementes, capaces de las más terribles venganzas y a veces magnánimos como archiduques; esta borra del viento, esta ceniza de los fogones nocturnos, constituía, pese

a su tecnología paupérrima y a su desmesura vital, una colectividad declinada por los universales de la cultura. Pobres de solemnidad, poseen no obstante la capacidad humana para crear y disfrutar los valores estéticos. El payador futuro late premonitoriamente en cada viviente que siente arder en sí el fuego del canto y derrama su nostalgia carnal en las caderas vegetales de la vihuela. El hombre múltiple y asediado del campo primigenio durante el día desgarreta y cuerea animales y por las noches se agruma en derredor de los guitarreros. O canta las tardes enteras tumbado bajo los pocos lunares de sombra que pausan las soleadas extensiones y en las madrugadas realiza sus fechorías de contrabandista o ladrón, con la conciencia segura de transgredir solamente la ley del odiado español, es decir, el desdeñable mandamiento del mundo de los "otros". O se hace amigo de los indios, atormentado por el ayuno sexual, y perfuma las tolderías con la flor de sus coplas mientras requiebra a las adolescentes de teta menudita y pubis rizado como tabaco fresco.

La mujer es la deliciosa, la soñada presa de estos solitarios, de estos varones rijosos y cejijuntos, perdidos con su brama por los montes y las sierras, sedientos bajo la furia del sol, cavilosos bajo el preñado vientre de la luna, oliendo como tigres la presencia de las chinas, escuchando como víboras el silbido ponzoñoso de la sangre. Y para la mujer son entonces los primeros cantos, los balbuceos iniciales de una poética montaraz. El hombre que canta se distingue entre un ciento. Tiene más libertad para decir las cosas, las nimias y las tremendas. Sazona las palabras con la sal de su intención. Disimula los deseos brutales tras un pimpollo metafórico. Entra como el aire, llevando a pulso el aroma de un malvón. Se aquerencia en los corazones sencillos. Atrae a las almas solitarias y friolentas al rescoldo cálido de su voz, asocia a los insociables, trenza los espíritus. El canto es la antesala del encanto, el imán de una personalidad órfica y persuasiva.

Cuando en 1771 Concolorcorvo atraviesa los desiertos gramillales de nuestras comarcas describe así a los gauderios cantores: "Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos... Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos en un cuero, cantando y tocando" (Lazarillo de Ciegos Caminantes, 1773).

Como se desprende de este testimonio, indudablemente objetivo, los cantores eran bien recibidos y generosamente cebados. Nadie les negaba hospitalidad ni carne gorda. Sus coplas rodaban naturalmente sobre amores, y los cabos sueltos de aquellas canciones conservadas en la memoria del pueblo y recopiladas por folklorólogos contemporáneos inquieren todavía:

Aquí he venido señor
a preguntar y a saber
si se ha prohibido el amor
para dejar de quere

Por otra parte, el cantor debe persistir en su conducta lírica para vivir sin trabajar. Su oficio de zángano mimado lo cubre de todo riesgo. Es una renta vitalicia, una rendidora operación de toma y daca:

Yo pensé no cantar más
y canto y canto otra vez
pues si dejo de cantar
me ha de apretar la vejez.

Veinte años después que Concolorcorvo, Espinosa y Tello escribe respecto a los copleros criollos que "cantan raras seguidillas, desentonadas, que llaman La Cadena, o El Perico, o Mal-Ambo, acompañándolo de una desacordada guitarrilla que siempre es un tiple. El talento de cantor es uno de los más seguros para ser bien recibido en cualqquier parte y tener comida y hospedaje" (Estudio de las costumbres y descripciones interesantes de la América del Sur).

Las coplas pampeanas y orientales repiten sus temas en el imperio portugués, que comparte una idéntica tradición peninsular, y el guasca riograndense las endulza con su silabario meloso:

A primeira vez que te vi
fiquei te querendo bem;
minha boca se fechou
nao dise nada á ninguem.

Quando vim la dos meus pagos
muita morena chorou;
eu tamben chorei un poco
por una que lá ficou...

Pero una cosa es el cantor, como ya vimos, y otra el payador, que es algo más. El cantor singular puede hablarnos de amores, describir la sociedad circundante, ser una especie de periodista oral en una sociedad analfabeta, constituirse cuando la época de la independencia en un propagandista de la libertad, pero

siempre es un repetidor de coplas ajenas, con antiquísima raíz hispánica, o un difusor de sus propios versos. La buena memoria ayuda a los cantores. En ocasiones, para ganar la voluntad de un estanciero, improvisaban —y aquí prefiguran al payador— sobre sus virtudes, su habilidad en el lazo, su largueza en la hospitalidad, su bonhomía en el trato llano con el pobrerío. A veces alguien les propone un tema y las coplas comienzan a brotar, en un vaivén entrecortados de rasguidos y de pausas, o como un torrente atropellado, centelleante de metáforas y diligencia juguetona. Y otras veces conocen a un viandante, preguntan su nombre, y allí nomás, sobre el pucho, se descuelgan con una larga retahila de coplas, como aquel payador santafesino recordado por Alexander Caldcleugh, que celebró al viajero de una posta para ganar su voluntad y obtener algunos pesos de recompensa. (**Viajes por América del Sur**, Río de la Plata, 1821.)

El payador, en cambio, es un combatiente. Generalmente se limita al duelo verbal pero muchas payadas terminaron a facón limpio. Desde los más lejanos días las controversias payadorescas conmovieron a los auditores de los fogones, de las enramadas domingueras, de los descansos en los bailes campesinos. Hacia el 1611, según narra el sacerdote Diego Torres, en Tucumán ya se realizaban contrapuntos "para dar los premios de muchas y buenas poesías". El citado Concolorcorvo nos dice que a la sombra de los algarrobales de Tucumán la gente de campaña "tiene sus bacanales, dándose cuenta unos gauderios de otros, como a sus campestres cortejos, que al son de la mal encordada y destemplada guitarrilla cantan y se echan unos a otros sus coplas, que más parecen pullas. Si lo permitiera la honestidad, copiaría algunas muy extravagantes, todas de su propio numen..." Luego narra la fiesta que se desarrolló en la casa de Gorgonio, donde Cenobia, Saturnina, Epiridión y Horno de Babilonia —nombres sacados del santoral de Don Cosme Bueno, quien introdujo "santos nuevos" por ser más milagrosos que los antiguos "ya cansados de pedir a Dios por hombres y mujeres"— se presentaron "muy gallardos y preguntaron al buen viejo si repetirían las coplas que habían cantado en el día o cantarían otras de su cabeza". El "visitador" prefirió estas últimas, "que desde luego serán muy saladas". Y en efecto, otro cantor, Torcuato —aunque parecía que detrás de la coplilla andaba la mano de un cura— no se paró en chicas:

Salga a plaza esa tropilla
salga también ese bravo,
y salgan los que quisieren
para que me limpie el rabo.

Y como los "machos" y "machas" de Tucumán —esto es, los hombres y mujeres— los gauderios cantaban coplas y relaciones por todos los rincones de la pampa, el litoral del Uruguay, la Banda Oriental, Salta y las remotas regiones cordilleranas. Las relaciones conservan su sabor folklórico, se estereotipan en moldes que emigran de generación en generación. Pero los copleros repentinistas persistieron en su labor creadora. Recogieron la tradición trasmarina del Romancero, que como el cardo llegó de Castilla y que como el cardo lanzó sus semillas en un "panadero" volador, y la trasplantaron en estas tierras cimarronas, casi ayunas de dispositivos culturales, apenas pobladas por hombres rebarbarizados por el medio físico y el ambiente social. Entonces le infundieron su desmañado acento, su cacófona emoción, su hálito taurino, su toponimia guaranítica, su idiosincrasia ecuestre. Y las coplas fueron saliendo como "agua de manantial" de las gargantas devastadas por el aguardiente, asordinadas por el otoño, vibrantes como chicharras estivales.

Cuando Alejandro Guillespie, aquel prisionero inglés internado en la Argentina en 1806, se refiere con evidente desprecio europocéntrico al hombre pobre de los campos, no puede menos que reconocer que "la poesía parece el genio conductor de las clases inferiores de esta parte de la América del Sur, pues al pedírsele a cualquiera que toque la guitarra siempre la adaptará a estrofas improvisadas y convenientes, con gran facilidad" (**Buenos Aires y el interior**, 1921). Otro británico, enemigo de Artigas y sus gauchos, J. P. Robertson, escribe que "los guitarristas de este país, como los bufos italianos de las clases bajas tienen, todos, en mayor o menor grado, el don de la improvisación. Tienen también mucho ingenio y una penetración agudísima que parece debiera contrastar con los elementos integrantes de su carácter". (J. P. y Guillermo P. Robertson, **Cartas desde SudAmérica, 1815-1816**, 1946.) Los viajeros europeos deben reconocer, a la fuerza, la imaginación fresca y la vivacidad mental de los integrantes del oscuro pobrerío campesino. Se confirma así que cuando se carece de una cultura material caudalosa, las constantes artísticas del espíritu humano buscan su expresión en la plenitud de la palabra, semoviente como su portador humano, ubicua como el cantor que lleva consigo las posibilidades creadoras o recreadoras de su oficio. Hudson nos ha legado en su famosa novela **La Tierra Purpúrea** el retrato de un cantor adolescente, de un pichón de payador. En el

rancho del domador Lucero, sentado sobre la osamenta de una cabeza de caballo, se hallaba su nieto, un muchacho de doce años de cara muy hermosa, de suaves ojos oscuros y tez aceitunada. Requerido por su abuelo el cantorcito Cipriano pulsó la guitarra y entonó melodiosamente una canción que Hudson copió, sin poder reproducir su rima:

Oh fiel pingo mío, llévenme tus cascos,
rápidos y firmes, lejos de aquí.
No me gusta el camposanto; dormiré sobre
[la pampa,
ondeando a mi redor el alto y verde pasto,
y sobre mis cenizas pastará el ganado cimarrón.

Todos los hombres ecuestres piden el mismo destino. Una canción vaquera del Far West responde al trovo del gauchito uruguayo casi con las mismas palabras (Paul Coze: **Cowboys**, 1934):

...yo ruedo sin cesar y estoy solo
solo con mi caballo bajo el gran cielo de Dios.
La pradera es inmensa y si debo morir,
enterradme allí, camaradas.
Enterradme tan hondo que ninguna alimaña
pueda llegar a mi cadáver.
Que allí me quede solo, completamente solo
hasta el último reencuentro.

La caracterización de las dotes repentinistas en los hombres y aun mujeres del antiguo campo rioplatense nos ha apartado de las payadas de contrapunto y nos ha hecho avanzar quizá demasiado en el tiempo. Ha sido útil, pienso, esta disgresión. El cantor narra sus amores, describe su derredor físico y humano, es un cronista de los sucesos del diario vivir. Así como una Biblia de piedra adoctrinaba en los templos góticos a los fieles analfabetos que llegaban desde los campos oliendo a cebolla y tomillo, el cantor era el noticiero parlante de los sucesos grandes y chicos del pago. Sarmiento lo ha sabido captar muy bien en este aspecto de primitivo oficiante de la que hoy llamamos comunicación de masas: "anda de pago en pago, de tapera en galpón, cantando a sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la muerte de Quiroga o el destino fatal de Santos Pérez". En este sentido "el cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media". (Facundo, 1874)

Salvando la equivocada filiación histórica de los bardos célticos, a los que confunde con la estirpe juglaresca y trovadoresca, Sarmiento acierta en decirnos que el cantor es un cronista de su tiempo. Los payadores del contrapunto, empero, aspiran a más: quieren ser los diccionarios de la tradición y la filosofía, los Edipos de la Esfinge criolla, los inventores de un mundo que surge, como la tela de las arañas, de la intimidad creativa de mentes en ocasiones originales y fantásticas. A veces las narraciones de Hoffmann quedan chicas si se las compara con las exageraciones y la mitografía —aprendidas de los Salamanqueros— que despliegan los payadores en sus duelos de cielo y tierra.

Hay un momento que convoca la actividad e inspiración de los cantores y payadores en un haz solidario, en una temática compartida. Se trata de las dos décadas que siguen al 1810. Las luchas por la independencia ponen de relieve el valor y la utilidad combativa de los gauchos. Los hasta ayer "ociosos y vagabundos" de Hernandarias, los "vagos y malentretenidos" de Azara, se convierten en el brazo armado de la libertad. Entonces, en el vivac nocturno de los ejércitos revolucionarios, los payadores les cantan a los héroes de la jornada, requiebran con cielitos a la patria recién nacida, ridiculizan soezmente a los godos y a los portugos. Paralelamente, el poeta urbano, que desea exaltar ese instante de fervor y coraje, que se siente propagandista de la Revolución, procura dirigirse al pueblo de los campos y los fogones empleando giros apaisanados y un léxico accesible a todos. Hidalgo será el primero de una serie de poetas que, de gaucho-patrióticos se convertirán luego en gaucho-políticos y finalmente en gaucho-anecdóticos. Al calor de la cerril poesía de los payadores acababa de nacer la poesía gauchesca.

Yo prometí ocuparme fundamentalmente del nacimiento y la declinación del tipo payadoresco. Entre estos dos extremos se precisa el payador especializado de la gran época. Ya no es un gauderio o un gaucho que hace de todo y que a veces, cuando la caña le calienta el pico, canta. Ahora tiene caracteres diferenciales: es solamente un cantor. No trabaja ni se digna desempeñar, siquiera circunstancialmente, otro oficio que el del gay trovar. Viste con esmero. Su caballo va finamente, ostentosamente enjaezado. Como buen elegante luce largas uñas de tahúr y guitarrero; peina una melena lustrosa y perfumada; gasta onzas de oro en el tirador; carga ponchos con dibujos exóticos; camina con felina parsimonia; habla con desdeñoso señorío; mira con pupilas ya lánguidas, ya encendidas como carbúnclos. El gaucho alzado y hosco, con almizcle de bicho de monte y arrebatos de guazubirá en celo, es sustituido por un paisano gentil, de ademán cadencioso, de palabra suave y entradora, de relumbrón estético.

Todo esto fue certeramente visto —o entre-

visto— por Acevedo Díaz al caracterizar a Pablo Luna, el gaucho-trova de su novela Soledad. Un destello femenino, un recóndito chispazo homosexual ilumina las motivaciones y actitudes del personaje. Y como Pablo Luna hubo muchos gauchos tiernos con ojos aterciopelados y suaves modales, que buscaban en la música y el canto el medio ser andrógino de su personalidad ambivalente.

El crepúsculo de los payadores comienza con la decadencia de la estancia cimarrona. Las modalidades capitalistas sustituyen a las semifeudales. Las ciudades rioplatenses reciben el turbión de expulsados por un propietario rural que empieza a preocuparse más por los animales que por el hombre, y conjuntamente con los parias de la tierra llegan a las orillas los emigrados italianos y gallegos de la segunda mitad del siglo XIX. En los arrabales se encuentran y dialogan el peón analfabeto y vacante con el europeo también analfabeto que viene a "hacerse la América". El campo arrima al arrabal sus alusiones destituidas de arroyos mugrientos, pastizales tiñosos y flacos perros ladradores; la ciudad se desviste de ladrillos y entre el cuadriculado impreciso de las últimas manzanas humean ranchos andrajosos, casillas de lata, chiqueros de barricas desverijadas. Allí se amasan entonces los productos de una sociedad doblemente marginal. Los que no caben en la economía pecuaria del Nuevo Mundo y los que no admite la economía fabril del viejo comienzan a forjar, entre compadres, cocoliches, bailongos y desventuras proletarias, la triste epopeya del coraje esquinero, las faunas del quilombo, los cortes de los tangos recién nacidos. El payador rural se desfuncionaliza; para perpetuar su oficio debe adoptar el lenguaje y las concepciones del mundo del orillero. Las payadas siguen mentando al campo lejano pero el léxico es otro:

Bianco:

Vamos a ver Betinotti,
la guitarra está templada
y han pedido una versada
de truco, retruco y flor,
y yo, como payador
voy a copar la payada.

Betinotti:

Cópela si es que le place
mas le advierto ante el gauchaje
que aunque le sobre embalaje
puede fayarle la cancha.
Es muy feo hacer patancha
cuando uno es flojo 'e coraje.

Bianco y Betinotti, descendientes de italianos, milongueros ambos, no son ya los payadores del campo crudo. Son los remedos del arrabal, que quieren recuperar con su gauchiparla salpicada de giros idiomáticos que no son criollos —embalar viene del francés y pertenece al argot de los malandras— la originalidad dialectal e ideacional del mundo pecuario. No se dirigen a gauchos, por cierto —en 1913, época de la payada, no los había más, y menos en las orillas— sino a los auditores del teatro argentino de San Vicente. La payada se convierte en espectáculo; se cobra para presenciarla. Y cuando no se desarrolla en los teatros, alguno que otro boliche aprovecha el corro formado en derredor de dos milongueros famosos para hacer correr el río innumerable de las copas.

Una nueva temática aparece de tarde en tarde, como a contrapelo, en los versos de estos milongueros. En el arrabal conocen los problemas del incipiente proletariado urbano y se sienten atraídos por las reivindicaciones libertarias de las luchas obreras. El citado Francisco Bianco desparrama en los primeros sindicatos sus versos de redención social, y, entre alusiones a las antiguas abundancias camperas y al actual predominio de la mishiadura suburbana, da vida a décimas como ésta, posteriormente publicadas, que dedica a "los obreros del mundo":

Al primer canto del gayo
victoriemos placenteros
al heroico pueblo obrero
en su Primero de Mayo.
Del astro rojizo rayo
cunde en todo el panorama
pidiendo igualdad se inflama
el vulgo ¡no más estrago!
Por los muertos de Chicago
paz y justicia reclama.

En este momento ya estamos lejos de los payadores del campo dieciochesco. Sobre la vieja estameña de la poesía tradicional peninsular, que aún mueve su rueca de romances en los remotos rincones rurales, los payadores trasfolklóricos tejieron los motivos de sus creaciones originales. Luego, a partir de la época de la independencia, brotó la promoción de poetas gauchescos que culminó con Hernández. Y al final llegaron los epígonos, los milongueros, con los últimos retazos de un campo desdibujado por la presencia de las orillas. Hoy sólo previven los gauchescos o tradicionalistas de las generaciones surgidas a partir de los años veinte. Unos persisten en el lenguaje y la estilística del medio mundo rural; otros prefieren su esencia, su sentido, e inauguran el movimiento nativista. (Ipuche, Silva Valdés). Entre los gauchescos de todos los tiempos cabe una extensa gama de matices: hay líricos como el Viejo Pancho y Romildo Risso; anécdoticos o descriptivos como Elías Regules y Guillermo Cuadri; con acento social, sin dejar de ser líricos, como Serafín J. García y Osiris Rodríguez Castillo; épicos como Antonio Lussich y José Hernández; revolucionarios como Bartolomé Hidalgo.

Poesía tradicional con raíz hispánica, poesía payadoresca con raíz campesina criolla, y poesía gauchesca con raíz urbana son las tres vertientes, pues, de una literatura folklórica, popular o académica, que toma a la naturaleza y a la sociedad rurales como tema para pergeñar, mal o bien, con puntería intelectual o con musa frangollona, una peculiar concepción del mundo y de la vida. Aunque mucho queda por decir termino aquí los apuntes dedicados a la poesía de los payadores, a la poesía que llamamos gaucha y que nació, espontáneamente, de la mente y el corazón de hombres iletrados pero muchas veces talentosos y aun geniales. La poesía gauchesca, con ser un producto de segunda mano, tiene también insoslayable importancia. A ella dedicaré los dos capítulos siguientes de este microestudio.

III — HIDALGO, POETA GAUCHESCO Y REVOLUCIONARIO AMERICANO

Bartolomé Hidalgo fue el primer poeta uruguayo de la era artiguista que supo abandonar a tiempo las despistadas fórmulas poéticas europeas o europeizantes, para expresarse en el lenguaje cimarrón de los hombres de su tierra que amaban la libertad de América por encima de todas las cosas aunque aún no tuvieran conciencia de las abstracciones metafísicas convocadas por las palabras que nombraban sus hechos.

Hidalgo tuvo, en efecto, el intuitivo coraje de romper la lira de un neoclasicismo que nada tenía que hacer en el Río de la Plata para descolgar el "changango" popular y dirigirse a un auditorio —o público— de gente sencilla con versos más ricos en intención que en afeites, inaugurando así el género gauchesco y prefigurando, con singular potencia, toda la temática que luego desarrollarían caudalosamente sus sucesores de aquende y allende el río como mar.

La vida de Hidalgo fue como su obra: breve, sobria, intensa y ejemplar. En sus cortos y laboriosos 34 años (nació en Montevideo en 1788 y murió tísico y olvidado en Buenos Aires en 1822) tuvo más desventuras que alegrías y hubo de ganar su diario sustento, como buen pobre que era, sin ceder nunca a la tentación que desvió a más de un patriota inicial cuando llegó el momento de repartir posiciones o prebendas. Hombre de Artigas e hijo de la Revolución Emancipadora, ex-combatiente contra los ingleses en el Cardal y peregrino del Éxodo, barbero a ratos e intachable ministro interino de Hacienda en el desastroso gobierno del rubio Otorgués, benemérito de la patria por declaración oficial bonaerense y vendedor callejero de sus versos para capear el hambre en la patricia Buenos Aires, director de la Casa de Comedias y comisario de guerra del ejército oriental, poeta cultiparlante en sus comienzos y fundador del género gauchesco por corazonada —y necesidad— histórica, este personaje de destino cervantesco es, antes que nada, un patriota sincero.

No se le ha acordado a Hidalgo, sin embargo, la justicia moral e intelectual que merece. Siempre se le retacearon las alabanzas y las distinciones a que se hacían acreedoras sus virtudes revolucionarias y su acierto de poeta. En sus tiempos el Padre Castañeda, con sulfurado desdén clasista, lo calificó de "oscuro montevideano.... tentado de eso que llaman igualdad", reproche que en vez de denigrarlo lo engrandece. Más tarde Rivera Indarte se lamenta que "si hubiera tenido buenos modelos nos hubiera dejado obras de mayor aliento", sin cuidar que Hidalgo fue, precisamente, el fundador de una poética hasta entonces inédita en la literatura hispánica. Lugones, cayéndole de firme, lo trata de rapabarbas, como si el hecho de ser peluquero —un oficio tan respetable como el que más— importara para calificar una obra artística. Montevideo, ciudad hereje si las hay, también lo ha olvidado. En la hora de sembrar sus plazas, parques y plazuelas de monumentos —los guarangos de bronce al decir de Borges— le dedica uno al despreciable Viejo Vizcacha, bazofia de la camandulería rural, y cuando, tardíamente, se decide erigir uno en su memoria, el ministro que firma el mensaje del Poder Ejecutivo pide "un recuerdo de modestas proporciones, como lo es su obra literaria". Dicho sea de paso: todavía Hidalgo no tiene su monumento, o su bustito, ya que los anémicos 19.000 pesos votados en 1946 sólo alcanzaban para ello, y hoy ni siquiera dan para una medalla.

Lo importante es que Hidalgo y su memoria sean devueltos al seno de su pueblo, y antes que monumentos, que al fin y al cabo son las antesalas del olvido definitivo, es necesario imprimir una edición anotada de sus obras, hacerla circular en las escuelas y liceos, glosarla en conferencias, recitarla en los barrios, proyectarla al seno de los míseros rancheríos rurales, evocarla en la rebeldía de los Juan Sin Tierra y señalar su verdadero espíritu insumiso, su perpetua pasión de libertad popular. Entre nosotros lo han caracterizado y analizado con simpatía y probidad intelectuales, Zum Felde, Falcao Espalter, Francisco Bauzá, Nicolás Fusco Sansone, Angel

Rama (en su bello trabajo aparecido en Marcha (Nº 1181, 1963) y algunos otros críticos literarios. Fuera de fronteras lo justipreciaron Menéndez y Pelayo, Leguizamón, Estanislao Zeballos, Juan M. Gutiérrez, Sarmiento, Bartolomé Mitre y Borges. Pero me atrevo a decir que lo mejor, que lo más auténtico del mensaje de Hidalgo apenas ha sido entrevisto. Lo adjetivo del costumbrismo anecdótico, la efusión dicharachera de sus cielitos, la alabanza de la bravuconada criolla, la picardía zumbona del gaucho y las reflexiones sobre los destinos de una revolución emponzoñada por la discordia interna, son los tópicos de una cortina de humo que ha ocultado, salvo para pocos, el trasfondo inconformista y revolucionario de su voz, su crítica a los explotadores de la patria, su correcto sentido de lo americano, su esquemática pero fiel devoción al ideario de Artigas. Esta afirmación no desconoce la seriedad estudiosa de quienes han ponderado y reivindicado a Hidalgo. Al contrario, procura complementarla a la luz de la actual problemática latinoamericana. Porque releyendo a Hidalgo, hoy como nunca se comprueba que toda historia es siempre historia contemporánea.

Bartolomé Hidalgo inaugura la poesía gauchesca en el Río de la Plata movido por el imperativo de difusión y propaganda de las ideas sustentadas por Artigas. Tenía ante sí el dilema de expresar su pensamiento revolucionario que se inspiraba en una plataforma de austeridad y radicalismo democrático y de ser a la par comprendido por la innominada multitud de las montoneras rurales y los ejidos urbanos. No podía dirigirse al analfabeto pueblo de América en el lenguaje que utilizaban con preciosismo onanístico las élites intelectuales —enjutas y minúsculas, por otra parte— de ambas orillas del Plata. La materia poética que manejaba el neoclasicismo trasplantado a nuestras playas estaba a distancias astronómicas de la mentalidad del criollo, zoologizado por la necesidad de supervivir en una riesgosa ecología física y humana, centrifugado por el sistema económico de la Colonia, segregado de la docencia paisajística de la civilización por el imperio avasallante de la naturaleza pura, condenado a la soledad por la penuria demográfica y la escala desmesurada de la distancia, dedicado a una ganadería elemental más cercana de la caza que de la cría. El propio Hidalgo, en determinado momento de su trayectoria literaria, escribió poemas tan divorciados del mundo rioplatense como este:

¿Qué mano angelical en mis oídos
derrama generosa su dulzura?
¿Quién embargando, oh dioses, mis sentidos
su canto lleva a la celeste altura
y roba la armonía de las aves?
Con trinos suaves
en plectros de oro,
etc., etc.

Repetía así en un salón porteño, quizá obligado por la fuerza de las circunstancias y de los circunstantes, anteriores fórmulas utilizadas en sus inicios montevideanos, que pronto abandonó por inoperantes y gratuitas. Mucho más auténtico será cuando diga, sin remilgos:

Cielo, los Reyes de España
La puta que eran traviesos
Nos cristianaban al grito
y nos robaban los pesos.

Y en la **Relación del Gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano** la inocente zafaduría campera irrumpe con acierto gráfico y gracia metafórica:

Con poncho y todo monté
y en cuanto me lo largaron
Al infierno me tiró
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato...

Cualquiera de estos dos fragmentos, que el lector acostumbrado a la fraseología voluntariamente soez y puteadora de la **nouvelle vague** contemporánea leerá sin sonrojos, dista mucho, por cierto, de la "cultilatiniparla" del neoclasicismo y gana en vigor, en vulgaridad exacta, lo que puede haber perdido en aseo formal e hipocresía temática.

La poesía gauchesca creada sin duda alguna por Hidalgo, ya que los antecedentes de Godoy y de Maciel no son siquiera ni un boceto de la misma, nace como una literatura comprometida. Se vivía el instante de la ruptura con la metrópoli mediante la inevitable lucha armada, única forma de enfrentar, tanto ayer como hoy, las formas de explotación y sumisión impuestas por el imperialismo. El Río de la Plata cobraba conciencia de aquella ruptura sin haber logrado forjar desde un principio una ideología unánimemente compartida por todas las clases sociales. Mientras las burguesías y oligarquías urbanas que trasvasarán sus bienes y valores a un futuro patriciado, heredero de los resortes de la riqueza y el poder arrebatados al español, poseían ya el claro designio de sojuzgar a las clases populares, aun a costa de una solución monárquica, el pueblo combatiente debía edificar sus escalas de valores revolucionarios sobre la

marcha, al calor de la coyuntura guerrera. Para cantar ese amanecer histórico y estimular el esfuerzo de los combatientes había que recurrir a una poética directa, funcional, familiarmente aceptada por la juvenil tradición americana, fácilmente comprensible por sus destinatarios inmediatos. El pueblo rioplatense en armas constituía, en sí y por sí, una dramática instancia creadora que no podía desaprovechar la poesía; a la vez necesitaba una voz que iluminara su hazaña colectiva y celebrara su denuedo cotidiano, dando razón y designio al precio de la sangre.

Hidalgo comprendió con veloz y felicísima intuición el llamado de la historia. Tenía a mano, a flor de realidades, un instrumento apto para dirigirse a los "mozos amargos" de la revolución liberadora: el propio lenguaje criollo, rico en agachadas ladinas, pleno de picardía fregona, mimetizado operativamente con el medio social de las campañas donde desenvolvía su madeja de alusiones y sus formas simbólicas, potenciado en esos instantes por la acción guerrera. Del viejo romancero español habían sobrevivido, sembrados a los cuatro vientos, los vestigios ilustres de una poética popular hoy antologizada en los Cancioneros (Carrizo, Di Lullo, Aretz, Moya, Furt, Draghi Lucero, Zeballos, Becco, etc.) de carácter anónimo. Pero sobre ese bien común, trasmitido de memoria en memoria y de boca en boca por los cantores, los payadores tejieron el macramé de sus contrapuntos, y utilizaron los simples materiales lexicológicos que ofrecía el ambiente para crear mundos inéditos, a veces de singular fuerza imaginativa y valentía metafórica. Hidalgo descubre entonces —o vuelve a descubrir en el vaivén que impone el flujo y reflujo de los renacimientos culturales— la potencia expresiva y el graficismo espontáneo del genio popular. Las coplas de los payadores y el folklore cimarrón perpetuado en los fogones y las pulperías eran el único vehículo sociocultural, el único patrimonio artístico que compartían los integrantes de aquella humanidad violenta, rebarbarizada por su retorno al pastoreo neolítico, atomizada por el agobio de la geografía, desposeída por la rapiña colonialista de los amos peninsulares que se repartían los campos y se amurallaban en las ciudades. Pero la poesía popular y la poesía payadoresca no apuntaban a un fin político o moral. Eran un batiburrillo de romances, villancicos, aguafuertes descriptivos, cantos de amor correspondido o despreciado, pullas satíricas, desplantes matonescos, reflexiones filosóficas e imaginaciones disparatadas. La crónica, la historia, la vida cotidiana, los hechos de los santos, las habilidades de la ganadería cimarrona y, muy atenuada, la protesta social, se repartían la temática de un universo lírico o épico que constituía un objetivo en sí mismo, que no apuntaba a ninguna ideología, que no imponía ningún credo, que no recomendaba ninguna **Weltanschauung**.

Hidalgo no puede contentarse con la axiología indiferenciada de la poesía popular y folklórica de su época. En su condición de hombre urbano emancipado del horizonte limitador del pago y consciente de la distancia que media entre la crónica de la cotidianidad y la historia del pueblo revolucionario, conferirá a la poesía una misión patriótica, la hará servidora de un ideal:

Si perdiésemos la acción
Ya sabemos nuestra suerte,
Y pues juramos ser libres
O LIBERTAD O LA MUERTE.

Las coplas del gaucho exaltaban el brillo del minuto fugaz. En ellas se comentaban los hechos del diario vivir o se daba rienda a los sentimientos brotados del amor, de la alegría, de la picardía o del desprecio. Acompañado por su tiple el cantor describía los lujos de la doma, las peleas famosas, los malones del infiel, los incendios de los campos y las estampidas del ganado, el empaque señorial de los caudillos. Y cuando dos payadores se trenzaban en el diálogo del contrapunto comenzaban a espetarse preguntas que se evadían del minúsculo cascarón de los tópicos lugareños e incursionaban con torpeza o con acierto pero siempre con solemnidad, en el metamundo de la ontología —el ser, el existir, el trascender, el retornar— y en las escalas valorativas de las conductas deontológicas.

A Hidalgo no le costó comprender que su mensaje revolucionario, para ser entendido por todos, debía expresarse en el lenguaje de los cantores populares. Sin embargo, aunque adoptara sus formas y su léxico, no podía ni debía decir las mismas cosas. No era Hidalgo, en puridad, un gaucho. Al campo, tan cercano, tan allí detrás de los muros de la Ciudadela, lo conocía de segunda mano. Ignoraba la prolija terminología y el exacto almanaque de las faenas rurales. En ocasiones decretaba prácticas camperas que críticos enconados del gaucho y sus valedores, (Emilio Coni, El Gaucho, 1945), condenaron como errores mayúsculos. Tales desaciertos —menores, además— no invalidan sino que confirman el origen y designio de la obra de Hidalgo. Éste había nacido en una ciudad del Nuevo Mundo, todo lo parva y pacata que se quiera pero ciudad al fin, y su espíritu urbano, secularizado y racionalizado, escogía deliberadamente un estilo poético multitudinario para proyectar la ideología de una élite dirigente

sobre la imberbe nación. Y así surge la poesía gauchesca, o el género gauchipolítico, como dijo Sarmiento simplificando en una formulación limitadora lo que la poesía revolucionaria de Hidalgo pretendía realizar.

La poesía gaucha era inmediata, espontánea, generalizada, descriptiva. La poesía gauchesca, en cambio nace como un fenómeno literario mediatizado por las necesidades propagandísticas de la revolución rioplatense. No se desperdiga en un abanico de temas varios: se especializa en la exaltación de la lucha contra el imperialismo peninsular. Posee un designio didáctico, está animada por el propósito de dar normas, de exaltar o denigrar conductas, de condenar regímenes económico-sociales, de ejemplificar nuevos modelos de convivencia humana. No es la poesía gauchesca un mero lujo, una ancilla intelectual, una simple corazonada del ingenio. Brota bajo el signo del compromiso, teñida por una praxis violenta y un ethos renovador. Es la poesía del deber ser antes que la del ser; es el lenguaje de la acción y la pasión y no el inventario memorioso de la contemplación. Posee la virtualidad de un manifiesto. O mejor, es un estricto manifiesto, históricamente determinado y conscientemente redactado. Los gauchescos posteriores procurarán acercarla al plano evocativo de los orígenes populares, como lo hiciera Alcides de María (Calixto el Ñato):

Grandes tiempos patriarcales
de las carretas de bueyes
cuando había menos leyes
y mejores orientales.

Pero Hidalgo quiso que su poesía fuera, como las lanzas y las balas, un arma más en el combate del Río de la Plata contra los imperialismos de España y Portugal. Y por cierto que pudo lograrlo, pues sus cielitos viajaron con la velocidad del viento y la puntería de una acertada memorable.

Antes de seguir analizando algunos de los aspectos de la obra poética de Hidalgo conviene poner en claro un punto controvertido por los historiadores de la literatura rioplatense. En efecto, los estudiosos uruguayos, teniendo en cuenta el lugar de nacimiento y la formación intelectual y política del primer poeta gauchesco, lo proclaman como indudable compatriota suyo, mientras los argentinos, considerando que los padres de aquél eran bonaerenses y que en Buenos Aires terminó su ciclo vital y literario, luego de una breve pero fecunda residencia en la ciudad que lo recibió en su voluntario destierro —hasta en este gesto el sencillo y esplendido patriota se asemeja a Artigas— lo reivindican como su legítimo paisano.

Estas querellas son frecuentes entre los rioplatenses que no poseen una comprensión integral de su común cultura. Y así nos disputamos, a veces con infantil acritud, la paternidad literaria de Florencio Sánchez, de Horacio Quiroga, de Acevedo Díaz, y en un plano menos individualizado pero casi más polémico, la prioridad de las raíces orilleras del tango.

Pero Montevideo y Buenos Aires, pese a la anchura desmesurada del Plata, son las dos caras de una misma moneda, como lo son Buda y Pest, separadas por el Danubio. Ambas comparten, en sus idilios o en sus enconos, una fraternidad histórica que podrá tener distintas entonaciones en una u otra orilla pero que posee idéntico cuño regional. Muchos de los frutos que maduran en Buenos Aires son trasplantados del vivero montevideano, y a la viceversa. Buenos Aires y Montevideo están unidos por puentes invisibles y poderosos sobre los cuales se entrecruza un permanente trasiego de hombres y de ideas. De este modo constituyen una indivisible comunidad urbana —más guaranga en un extremo, más agauchada en otro— que comparte las grandezas y defectos del cosmopolitismo, la gravitación de las oligarquías latifundistas, el insulto de los cantegriles y villas miseria, la proletarización lenta de las clases medias, la megalomanía y la incapacidad de los políticos burgueses, la rivalidad portuaria y la complementación económica. Las expresiones Monteaires y Buenosvideo, posibles como centauros lingüísticos, no serán seguramente consagradas por ninguna geografía del futuro. No obstante, existe un cotidiano y empeñoso signo unificador que desde el fondo de los tiempos subraya la identidad de nuestra cultura y nuestro destino. Sobre todas las cosas somos rioplatenses, esto es, ciudadanos sin sobresaltos en cualquiera de los perfiles janiculares de la ciudad doble que dividen y unen a la vez las aguas del río materno. Y mucho más se comprenderá todo esto en un futuro muy cercano cuando, juntos en sus infortunios y sus esperanzas, los pueblos de Argentina y Uruguay descuelguen, del mismo clavo, el "changango" y la metralleta.

Hidalgo vio claramente, al igual que sus contemporáneos más lúcidos, que el Río de la Plata era la sustancia y Buenos Aires y Montevideo los accidentes. Él no hablaba como uruguayo o como argentino: se consideraba rioplatense y dirigía su mensaje, vehiculizado por un lenguaje gauchesco, al unánime y sufrido hombre común de América Latina. Por querellarse vanamente los críticos no reparan la transparencia de ciertas alusiones del poeta criollo:

El Conde cree que ya es suyo
Nuestro Río de la Plata;
Cómo se conoce amigo
Que no sabe con quién trata.

Inspirado por un propósito unificador, Hidalgo no sólo quiere ser escuchado por el pueblo rioplatense sino que busca en los demás hombres de América en armas una ancha audiencia —y un ulterior asentimiento—, para sus exhortaciones continentales:

Cielito, cielo, que sí,
Americanos unión,
Y díganle al rey Fernando
Que mande otra expedición.

El sentido y el sentimiento de lo americano se reitera en otros versos:

No queremos españoles
Que nos vengan a mandar,
Queremos americanos
Que nos sepan gobernar.

Este americanismo —latinoamericanismo, se entiende, pues hoy los dueños del gentilicio "americano" son los hombres del norte— iba más allá de lo declamatorio o discursivo. Tenía generosas proyecciones de justicia social, de manumisión de los oprimidos:

Ya se acabaron los tiempos
En que seres racionales
Adentro de aquellas minas
Morían como animales.

El patriciado posterior de comerciantes, latifundistas y políticos, heredero del poder y los bienes del español, no escuchó ni por asomo la redentora admonición del poeta —como en la actualidad tampoco escucha otras voces más iracundas— y entregó las minas de oro, de cobre, de estaño, de hierro, los yacimientos petrolíferos y los minerales estratégicos, a los nuevos imperialistas de las plutodemocracias. Y hoy más que nunca subalimentados, explotados, desdeñados como indios mugrientos, los campesinos y mineros americanos enflaquecen en las plantaciones, revientan de malaria en las marismas, calichean en las salitreras, son obligados a servir y a comerse los carajos, y cuando quieren alzar la voz ya tienen encima la piara de los marines de afuera o los rangers de entrecasa. Pero la advertencia de Hidalgo sigue en pie:

Mire que grandes trabajos
No apagan nuestros ardores,
Ni hambres, muertes ni miserias,
Ni aguas, fríos y calores.
. . . . . .
Dos cosas ha de tener
El que viva entre nosotros
Amargo, y mozo de garras
Para sentársele a un potro.

Y digo cielo y más cielo,
Cielito del espinillo,
Es circunstancia que sea
Liberal para el cuchillo.

Los actores de la primera revolución americana no se andaban con chicas: es que la lucha contra los imperialistas de todos los tiempos —sean tigres de veras, de papel o de talabartería— debe realizarse de tal modo que la sangre corra "a juntarse con el agua", como dice el propio Hidalgo. Y no hay que darles alce:

Cielito, cielo que sí,
Cielito del disimulo,
De balde tiran la taba
Porque siempre han de echar culo.

Hidalgo, por cuyas venas quizá corrían gotas —o torrentes— de sangre africana (de ahí que algunos orgullosos blancos lo despreciaran por ser un "oscuro montevideano" o un "mulatillo") tenía conciencia del mestizaje biológico y cultural que se operaba de continuo en el crisol multirracial de América y por ello decretó de una plumada el indigenismo de los gauchos. Lo mismo sucedió después con quienes pidieron a nuestra metafórica "sangre charrúa", cuyos detentadores actuales son hijos o nietos de gallegos e italianos, un relámpago de la vieja garra ancestral para imponer las modalidades guapeadoras del fútbol criollo en el Viejo Mundo. Hidalgo definía las cosas a su modo, con afirmaciones tajantes y decisivas:

Cielito, cielo que sí
Guardensé su chocolate,
Aquí somos indios puros
Y sólo tomamos mate.

Esta indiada, que en realidad no lo es, pues entre los campesinos hay gauchos tan rubios y ojizarcos como los ingleses o alemanes, se opone dialécticamente, maniqueamente, a los godos o gallegos que personifican a España:

Pero ¡bien ayga! los indios
Ni por el diablo aflojaron,
¡Mueran todos los gallegos,
Viva la patria gritaron!

Pero detrás de estos presuntos indios —que también los había de lanza y pluma—, de los "mozos amargos" que no le hacían asco al degüello, de los paisanos rotosos y los gauchos crudos, palpitaba la realidad incambiada del pueblo de América la Pobre. Ella ondea una y

otra vez en el viento de los cielitos como una reiterada bandera:

Y con esto honor y gloria
A los sur-americanos
Que supieron con firmeza
Liberarnos del tirano.

El tema de la unión de los latinoamericanos, de la superación de las desavenencias internas, de la armonía entre las naciones recién amanecidas reaparece con insistencia en las exhortaciones del poeta gauchesco. Una de ellas conserva en el presente todo su valor programático, toda su premonitoria esperanza y decidida advertencia:

¿Quién nos mojaría la oreja
si uniéramos nuestros brazos?

Pasado el duro y gozoso tiempo de la emancipación política, echados ya los godos a "sus chiqueros" de ultramar, la discordia estalla entre las provincias y las desigualdades entre los ricos y los pobres se hacen más visibles que antes. La ley y la justicia sólo brillan para los poderosos; la entrevista libertad de la era artiguista le vuelve la espalda a la gente sin privilegios económicos y sociales. Triunfan los zorros, los adulones, los de riñón forrado. En el Diálogo patriótico interesante ya no se escucha la voz corajuda y provocadora del vivac guerrero. Hidalgo, como muchos antiguos patriotas, está de vuelta y no esconde su desconsuelo:

Sin preguntar si es porteño
El que la ley ofendió,
Ni si es salteño o puntano
Ni si tiene mal color;
Ella es igual contra el crimen
Y nunca hace distinción
De arroyos ni de lagunas,
De rico ni pobretón:
Para ella es lo mesmo el poncho
Que casaca y pantalón;
Pero es platicar de balde
Y mientras no vea yo
Que se castiga el delito,
Sin mirar la condición,
Digo que hemos de ser libres
Cuando hable mi mancarrón.

Los dineros del pueblo son burlados por las incipientes burocracias, por los gobernantes que representan los intereses de los grandes ganaderos y los comerciantes fuertes. Arriba se malgasta y se roba. Pero entre los de abajo el panorama es fiero:

Pero en tanto que al rigor
Del hambre perece el pobre,
El soldado de valor,
El oficial de servicios,
Y que la prostitución
Se acerca a la infeliz viuda
Que mira con cruel dolor
Padecer a sus hijuelos;
Entre tanto el adulón,
El que de nada nos sirve
Y vive a toda faición,
Disfruta gran abundancia
Y como no le costó
Nada el andar remediao
Gasta más pesos que arroz.

La revolución ha sido traicionada por la burguesía. El pueblo fue el brazo ejecutor pero los jefes populares ya no están en el escenario, ya no pueden defender a los zambos, a los negros, a los pobres indios, a los desvalidos rurales. Los enemigos de Artigas, los oligarcas y sus capitostes, aplican la ley del embudo y persiguen al campesino menesteroso:

Roba un gaucho unas espuelas
O quitó algún mancarrón,
O del peso de unos medios
A algún paisano alivió;
Lo prienden, me lo enchalecan,
Y en cuanto se descuidó,
Le limpiaron la caracha,
Y de malo y saltiador
Me lo tratan y a un presidio
Lo mandan con calzador.

Cuando roban los burócratas, o los validos, o los militares, o los patricios patilludos, o "un Señorón tiene una casualidá",

Al principio, mucha bulla,
Embargo, causa, prisión,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, almiración.
¿Qué declara? Que es mentira
Que él es un hombre de honor
¿Y la mosca? No se sabe,
El Estado la perdió.
El preso sale a la calle
Y se acaba la junción.
¿Y ésto se llama igualdad?
La perra que me parió.

El tema de la desigualdad social está presente desde un principio en la poesía gauchesca. A veces Hidalgo abandona este tono sombrío y reconoce, en medio de la alegría de las celebraciones patrióticas:

¡Qué bailes y que junciones
Y qué beber tan prolijo!
Que en el rico es alegría
Y en el pobre pedo fijo.

Un autor desconocido insiste, en 1832, en denunciar a los aprovechadores que, a la sombra de la patria, han hecho barriga de mal año:

Maniales duro nomás
Hasta qué muestren el sebo,
Que con los rechupetones
Que a la pobre Patria dieron
Les ha crecido la panza
Como les crece a los cerdos.

Bastante después, Ascasubi y Hernández volvieron a referirse a las postergaciones y a las miserias del pobrerío rural. Pero todas las virtualidades de la protesta estaban ya prefiguradas en el tono elegíaco, desencantado, de la poesía crepuscular de Hidalgo. El gaucho, perseguido ayer, bueno en su momento para echar a los godos, retorna a su antigua condición de paria al afianzarse el dominio de los dotores urbanos y los propietarios de los campos inmensos. El ciclo se cierra. Por eso, con ser desaliñada y sin contar con el amparo de una decidida conciencia clasista, conserva toda su validez histórica la denuncia del primer poeta gauchesco. Sin embargo, a partir de la efectiva desaparición del gaucho en el último tercio del siglo pasado, los hombres de las ciudades comienzan a exaltarlo como la médula de la nacionalidad. Un escritor argentino propone que "debería investigarse si los que a fines del siglo XIX y a principios del XX hicieron del gaucho una figura irreal —según la doctrina que sostiene Emilio Coni— no son los mismos que en otro plano fomentaban la permanencia de los modos pastoriles de producción que permiten no resolver de inmediato el problema de las grandes estancias en manos de una oligarquía. En otras palabras: si no son los mismos que coadyuvaron en política para que la tierra no se subdividiera, mientras que por otro lado exaltaban la figura de ese hombre de a caballo que odiaba la pampa alambrada, arada" (Gastón Gori: La pampa sin gaucho, 1952).

Así es. El chiripá del gaucho es el taparrabos de una ideología. Los que ayer lo liquidaron por cuatrero y vago hoy rehabilitan su memoria para proclamar la paradisíaca plenitud de los campos sin confines, vírgenes de la reja gringa, cubiertos por la gramilla de Dios. Samuel Schneider, confirmando esta pirueta despistadora de las oligarquías criollas también comprueba que el chivo expiatorio del pasado se convierte hoy en el portaestandarte de una interesada "tradición nacional": "Aquel hombre de a caballo que odiaba la agricultura y se burlaba del gringo, podía servir, idealizado, como excelente cobertura de la ideología de las clases dominantes, ansiosas de preservar sus privilegios económicos y su hegemonía cultural y política. El nostálgico «retorno al gaucho», que ciertas corrientes nacionalistas nos proponen, no es simplemente un inocente llamado a recordar el «idilio rural» del pasado, sino una forma sutil de expresar su obstinada oposición a todo desarrollo progresista —es decir, antilatifundista— y a toda idea de avanzada, tildada de antinacional y extranjerizante" (Proyección histórica del gaucho, 1962).

En algún momento hablé de gauchofilia, gauchofobia, gauchosofía, gauchomanía y gauchología. Hoy veo aquellas mis preocupaciones clasificatorias como entretenimiento de tardes de lluvia. Me parece que lo que importa de veras es desbrozar el camino obstaculizado por los corrales de ramas que construyen los mitógrafos y mitólogos criollos al servicio, deliberado o inconsciente, de los que hacinan a los nietos del gaucho en inmundos ranchería mientras ponderan las virtudes de aquel antepasado jinete que pedía tierra y cielo, espacio y más espacio, como Leuconoe, para sustentar así el monumento latifundista de sus verdugos.

IV — LOS PAYADORES HERNANDIANOS

El poema pampeano de José Hernández figura con honor en la corta serie de libros inagotables, de esos libros que leemos y releemos sin cansancio pues siempre conservan un rincón no descubierto que nos sorprende y deleita con su encuentro y su entrega. Como la Biblia, como el Quijote, el Martín Fierro concita en sus páginas una concepción del Universo, elabora una filosofía de la vida, construye un tratado moral del hombre y sus estilos de coexistencia. Dentro de la literatura rioplatense representa la madurez del género gauchesco. Es el fruto anunciado por la temprana y espinosa flor de Hidalgo y el estuario de corrientes culturales rioplatenses asimiladas y recreadas por la genial inspiración de Hernández.

No es el Martín Fierro un poema gaucho, como pretende Carlos Alberto Leumann (La literatura gauchesca y la poesía gaucha, 1953); es un poema gauchesco escrito por un hombre de la ciudad que vio la decadencia del gaucho y quiso denunciar su explotación por los representantes de la ley y el orden urbanos. José Hernández, periodista y político, compuso su poema gauchesco con la intención concreta de reivindicar la personalidad desconocida y menospreciada del paisano argentino y para fustigar los abusos del caudillo electorero, del militar prepotente, del juez corrompido, del milico aprovechador, del pulpero ladrón, todos representan-

ses directos o indirectos del poder urbano, controlado por los estancieros y los comerciantes.

Esta oposición entre la ciudad y el campo, entre la civilización y la barbarie según el erróneo membrete de Sarmiento, se descubre en la sardónica queja del protagonista:

> Canta el pueblero... y es pueta
> canta el gaucho... y ¡ay Jesús!
> lo miran como avestruz,
> su inorancia los asombra;
> más siempre sirven las sombras
> para distinguir la luz.
>
> El campo es del inorante;
> el pueblo del hombre estruído;
> ya que en el campo he nacido
> digo que mis cantos son
> para los unos... sonidos,
> y para otros... intención.

Pero la obra desbordó la intención del autor. Quiso formular éste una protesta temporal y creó un poema eterno; quiso pintar las virtudes, defectos y penalidades del gaucho y retrató la condición humana en su totalidad; procuró cantar la epopeya y el drama de la Pampa e hizo un libro ecuménico; intentó definir tipos locales y simbolizó prototipos universales.

El poema de Hernández es un orbe complejo. Se han escrito muchos libros de exégesis y se escribirán muchos más sobre lo que su autor dijo, o quiso decir, o pudo decir y no quiso, o a la viceversa. Hay en sus versos una clara protesta social y muchas cosas más: un catálogo etnográfico de costumbres indígenas y criollas, un vocabulario campero, una galería de personajes, una crónica de la vida en "la frontera". Y además un tratado, por lo menos implícito, de la teoría y la práctica del mester payadoresco. Sólo a este último aspecto quiero referirme en las siguientes páginas.

Para Martín Fierro el universo entero posee el don del canto. El gaucho lo capta porque sabe escuchar. Vive atento a los sutiles rumores de la naturaleza, al secreto crujido de los vegetales, al resuello entrecortado de las bestias:

> Que cante todo viviente
> otorgó el eterno padre;
> cante todo el que le cuadre
> como lo hacemos los dos,
> pues sólo no tiene voz
> el ser que no tiene sangre.

Todo ser viviente canta en principio pero hay casos que limitan la regla general. Carecen de voz los seres que no tienen sangre y

> De los pájaros cantores
> sólo el macho es el que canta

A su vez, las fieras enceladas, enloquecidas por el reclamo del instinto, se refugian en su guarida y

> Allí lanzan con furor
> esos bramidos que espantan,
> porque las fieras no cantan,
> las fieras braman de amor.

Pero hay otras voces y otras armonías de la creación que sólo en el canto pueden manifestarse. Incapaz de pergeñar una filosofía natural el gaucho concibe al mundo y sus potencias como espíritus animados. El canto es la expresión de dicho animismo y de este modo cantan los elementos, los cielos, la tierra, el mar y la noche. En el pasado se creía en la música de las esferas; el universo del gaucho, más al alcance de los sentidos, más a flor de la piel de los meteoros, no sobrepasa la naturaleza visible. Comenzando por el cielo Hernández hace decir al moreno que payó con Martín Fierro:

> Los cielos lloran y cantan
> hasta en el mayor silencio;
> lloran al cáir el rocío
> cantar al silbar los vientos,
> lloran cuando cáin las aguas,
> cantan cuando brama el trueno.

El canto de la tierra, en cambio, no concierta las voces de sus profundos espíritus, como en las religiones agrarias, sino que está compuesto por el coro doloroso de las criaturas humanas:

> forman un canto en la tierra
> el dolor de tanta madre,
> el gemir de los que mueren
> y el llorar de los que nacen.

El canto del mar lejano es amenazante. El gaucho, hombre terrígeno si los hay, estuvo siempre de espaldas al mar. Sólo se entretuvo en describirlo Estanislao del Campo (¿Sabe que es linda la mar? / la viera de mañanita...) y Güiraldes logró en **Don Segundo Sombra** —prosa y no verso— intensas descripciones de los cangrejales de las orillas rioplatenses. Como el moreno tenía que cumplir con el rigor de la pregunta de Fierro, nos ofrece su versión del canto del mar, aunque supeditado a su elemento materno, la tierra dominadora:

> Cuando la tormenta brama
> el mar que todo lo encierra
> canta de un modo que aterra
> como si el mundo temblara;
> parece que se quejara
> de que lo estreche la tierra.

Finalmente el canto de la noche que envuelve al caminante con su golilla de miedo y sombra, de esa noche que atraviesa como un **leit motiv** obsesivo la poética de los griegos Alcman y Safo, del alemán Novalis, del inglés Blacke y de la uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira, recibe por parte del gaucho una interpretación sobrecogida y solemne:

> ...le contesto humildemente
> la noche por cantos tiene
> esos ruidos que uno siente
> sin saber de dónde vienen.
>
> Son los secretos misterios
> que las tinieblas esconden;
> son los ecos que responden
> a la voz del que da un grito
> como un lamento infinito
> que viene no sé de dónde.
>
> A las sombras sólo el sol
> las penetra y las impone;
> en distintas direcciones
> se oyen rumores inciertos,
> son almas de los que han muerto
> que nos piden oraciones.

El gaucho comúnmente lleva un cantor bajo el poncho. Y si se enamora, sólo en el canto, aunque grazne, tiene un auxiliar efectivo:

> Y todo gaucho es dotor
> si pa cantarle al amor
> tiene que templar las cuerdas.

Pero hay hombres predestinados desde el nido uterino a cantar por toda la vida, a cantar ante los umbrales de la muerte y más allá de la muerte misma. Premundo, mundo y metamundo son una sola cosa en la parábola lírica del cantor:

> Cantando me he de morir,
> cantando me han de enterrar,
> y cantando he de llegar
> al pie del Eterno Padre;
> dende el vientre de mi madre
> vine a este mundo a cantar.

Sobre este **sino** del cantor, **sino** en sentido de hado astrológico, ineludible como el **moira** de la tragedia griega, se funda la fama de los payadores y la obligación de sustentar los contrapuntos. Por ello es que Fierro conmina al moreno para que le responda:

> Y ya que al mundo vinistes
> con el sino de cantar,
> no te vayás a turbar,
> no te agrandes ni te achiques.

Fierro, por su parte, reconoce en sí la existencia de esa facultad innata y proclama la fe, la suficiencia personal que tal virtud le confiere:

> Si no llego a treinta y una
> de fijo en treinta me planto
> y esta confianza adelanto
> porque recebí en mí mismo
> con el agua del bautismo
> la facultá para el canto.

Quedan así definidos el panrapsodismo que anima a la naturaleza y la vocación prenatal y vitalicia del cantor. Pero en el **Martín Fierro** existe también una **praxis**, una estética, una ética y una dialéctica del oficio payadoresco.

La primera, la **praxis**, nos pone en contacto con la faz puramente externa del mester de juglaría criollo. El cantor es un repentista. Improvisa de manera torrencial, como río que se desborda. Es insensible al cansancio. Halla tema tras tema, con versatilidad ingeniosa, con fluidez sorpresiva:

> Yo no soy cantor letrao
> mas si me pongo a cantar
> no tengo cuando acabar
> y me envejezco cantando:
> las coplas me van brotando
> como agua del manantial.

Del mismo modo Cruz indica que, sin ser payador profesional, una vez que comienza a redondear coplas, éstas forman legión:

> Y aunque yo por mi inorancia
> con gran trabajo me explico,
> cuando llego a abrir el pico
> —ténganlo por cosa cierta —
> sale un verso, y en la puerta
> ya asoma el otro el hocico.

No posee Cruz la elegancia ni el poder persuasivo y metafórico de Fierro. Es un humilde cantor de fogón, un sargento desertor, un rescoldo de cocina milagrera. Pero aun así señala la afluencia pertinaz de los versos:

> A otros les brotan las coplas
> como agua de manantial;
> pues a mí me pasa igual
> aunque las mías no valen:
> de la boca se me salen
> como ovejas de un corral.

Tras la habilidad puramente formal, hecha a pura labia, de la **praxis**, se yergue orgullosamente toda una estética, toda una teoría heroica del arte poético:

> Con la guitarra en la mano
> ni las moscas se me arriman:
> naides me pone el pie encima,

y cuando el pecho se entona
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

El cantor está orgulloso con su condición. Ser cantor es llevar en torno una nube dorada, es peregrinar de pago en pago con una aureola de hazañas y de amores, es encender en la sombra de la llanura infinita la gracia de una estrella humana, la lumbre de un arquetipo ideal. El cantor pampeano —como el oriental o el riograndense— tiene conciencia de su valía, de su función, de su destino manifiesto:

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra,
el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

Como todo ser humano el cantor es perecedero. Pero su canto lo sobrevive, en una especie de inmortalidad terrena, como una estela de su memoria. Con profético tono Fierro advierte que

Más que yo y cuantos me oigan,
más que las cosas que tratan,
más de lo que ellos relatan
mis cantos han de durar.

Aquí, naturalmente, tras el personaje se descubre al autor. Fierro es muchas veces una hipóstasis de Hernández. Pero en otras reivindica con gesto seguro, como una criatura real que sintetiza prototípicamente el menester de los payadores, la irreversibilidad de su "saber de esencias", como diría Max Scheler, opuesto al "saber culto" del poeta gauchesco. De modo bello y extraño señala Fierro su condición de Orfeo pampeano, su genio lúdrico de prestidigitador:

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento.
Como si soplara el viento
hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

El canto posee, para Martín Fierro, una función catártica, liberadora de los complejos íntimos, y una función social, fustigadora del orden existente. El primer aspecto, el interno, está enunciado por los famosos versos que sirven de pórtico al poema:

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Igualmente el moreno derrotado por Fierro en el célebre contrapunto anuncia que de allí en adelante no cantará por la fama
sino por buscar consuelo.

Pero si el canto alivia las desazones del alma, es también una protesta contra las injusticias sociales, un instrumento de rebeldía y de combate:

Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo,
y aunque siempre estuve abajo
y no sé lo que es subir,
también el mucho sufrir
suele cansarnos, carajo.

En medio de mi inorancia
conozco que nada valgo,
soy la liebre o soy el galgo
asigún los tiempos andan,
pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo.

La gente pobre hace mucho tiempo que sufre "la suerte reculativa". Martín Fierro, no obstante, está lejos de ser un revolucionario. Es sólo un desilusionado de los hombres, un amargado por la vida perra. Y payador al fin, aunque haya dejado el cuero entre las espinas, se alegra que

...entre tanto rigor
y habiendo perdido tanto
no perdí mi amor al canto
ni mi voz como cantor.

Como hombre de campo, Fierro únicamente protesta sin llegar a adoctrinar. La teoría revolucionaria es hija de ciertos estratos sociales de las ciudades —el intelectual la propone y el proletario la aplica—; apunta hacia un futuro progresista; reclama una nueva y más justa repartición de las riquezas, una sociedad con oportunidades idénticas. La mentalidad tradicionalista del paisano evoca, en cambio, el pasado remoto y revalida la plenitud cimarrona de una perdida Edad del Oro:

Ricuerdo ¡qué maravilla!
como andaba la gauchada,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo,
pero hoy en día... carajo
no se la ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo,
no le faltaba consuelo
y andaba la gente lista,
tendiendo al campo la vista
sólo vía hacienda y cielo.

. . . . . .

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
y dispués de un güen tirón
en que uno se daba maña
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Aquí se transparenta con toda claridad la ideología del paternalismo de la comunidad cimarrona y las excelencias de un campo sin límites, salpicado por las vacadas pachorrientas, tendido como un paño de billar bajo el techo de los pamperos.

Sin embargo, pese a sus limitaciones, la actitud de Fierro difiere de la del común de los cantores. Éstos, en su inmensa mayoría, aceptan las penas e injusticias del mundo, como algo consustancial y eterno; Fierro se revuelve contra su tiempo:

Y dejo rodar la bola
que algún día ha de parar,
tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el oyo,
o hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar.

Un esbozado manifiesto antimperialista se delinea tras la inconformidad del cantor. Los payadores son exclusivamente virtuosos del canto; Fierro es además un enjuiciador del mundo circundante:

Yo he conocido cantores
que era un gusto el escuchar,
mas no quieren opinar
y se divierten cantando
pero yo canto opinando
que es mi modo de cantar.

Fierro, conocedor del egoísmo de las clases altas, enemigo de la hipocresía de los fariseos y fiel exponente de un campesinado exprimido por los mandones que sólo se acuerdan de él en el momento de votar, expresa que

he conocido, aunque tarde,
sin haberme arrepentido
que es pecado cometido
el decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
y nada me ladiará,
he de decir la verdá,
de naides soy adulón;
aquí no hay imitación,
esta es pura realidá.

El canto y su don, el canto y su función, toda esta teoría infusamente expresada a lo largo y lo ancho del poema, donde el hombre casi lo es por su perpetua facultad de cantar, halla en la payada de Fierro con el Moreno su ejemplificación más esclarecida. Dicha payada, colocada al final del poema, es una pieza única en la literatura gauchesca, y así lo han entendido desde los críticos más advertidos hasta los simples lectores. No obstante, se trata de una culminación muy particular, con un clímax dual y no unívoco. Una faceta se orienta hacia la realidad y otra hacia la fantasía; la una retiene y acentúa los elementos dialécticos y dramáticos de los protagonistas —Fierro y el negro cantor—; la otra se desliza por un imperceptible pero pesadillesco declive hacia el mundo espectral de una Némesis criolla.

Ezequiel Martínez Estrada ha realizado un atractivo estudio de ambas vertientes (**Muerte y Transfiguración de Martín Fierro, II**, 1948). A su juicio, Hernández desarrolla dos motivos de contienda en el duelo payadoresco: el de competir en un contrapunto sobre "cosas de fundamento" y el de dirimir una antigua deuda familiar de sangre. De este modo el diálogo lleva en sus maletas esta doble motivación sin que los temas interfieran, aunque un sordo y amenazante recuerdo al "otro deber que cumplir" ande ronciando por los rincones de la payada. Pero Fierro, ya viejo y cansado, sin los arrestos de su cuchillería juvenil, resuelve el conflicto "en un pathos diminutivo en el que toda tensión se relaja suavemente". Y aquí viene entonces el análisis cautivante —y cuestionable— de Martínez Estrada. La payada, a su parecer, queda por ese procedimiento envuelta en una atmósfera de sueño y deja la impresión de una pesadilla en la que una historia olvidada retorna y se desvanece en la conciencia. El Moreno es un espectro del hermano muerto por Fierro en un viejo duelo y cuanto ocurrió en la realidad pudo haber sido una alucinación de Martín Fierro. "El Moreno es un aparecido y la escena cobra un alucinante primer plano de diálogo de ultratumba. Todo es obsesivo, esquivo, de tanteo en las tinieblas. Los temas vagos y abstractos de la payada no tienen más puntos de tangencia con la realidad que un suceso acaecido hace muchos años y que recobra inexplicable actualidad". Y todo lo que sobreviene entonces es alimento de las sombras. Salen Fierro y sus hijos de la pulpería y entran en la noche, almas y no cuerpos, hombres y no nombres. La payada borra las figuras de los protagonistas y el suceso se evade del ruedo de los hechos reales para hundirse en lo desconocido. Y allí personajes y relato se disuelven "sin que ya nos atrevamos a pensar qué ha sido de ellos".

Hasta aquí el crítico argentino. Como supongo que el lector está bien consustanciado con

el Martín Fierro —y si no lo está que se decida a cambiar la lectura del consabido Durrell de turno por la del poema pampeano— le pido que por sí solo, después de repasar el texto aludido, medite sobre las afirmaciones de don Ezequiel. Hay, en efecto, como en la tragedia antigua, una especie de Deus ex machina que otorga al enfrentamiento de Fierro y el negro calidades oníricas, casi de alucinación, que la convierten en un gozne sobre el que gira la puerta del misterio. ¿Deliberó Hernández esta situación especial? ¿O fue bandeado por su obra, que como todos los productos del genio tiene potencias y valencias redescubiertas por las generaciones posteriores, de acuerdo a sus concepciones de la sociedad y la historia, del ser y el obrar?

Yo no soy muy dado a las divagaciones metafísicas. Reconozco que tengo un espíritu simple y una concepción materialista, casi táctil de las cosas. Me atengo a las realidades aunque no desconozca los objetivos simbólicos a los que apunta (o queremos que apunten). Por eso prefiero analizar los aspectos lúcidos y tangibles de la payada. Dicha tarea nos situará en un meridiano de claridades que disipan el cabildo de los fantasmas. La payada resplandece en todas sus dimensiones con una luz natural y con un aplomo silogístico tales, que su análisis nos ayudará a comprender la técnica y la temática del arte de los cantores repentinistas.

Páginas atrás me referí a una dialéctica ínsita en la payada hernandiana. No se trata de la dialéctica hegeliana, que es una conciliación de los contrarios tanto en el orden de las cosas como en el de los espíritus; es algo semejante a la dialéctica de los sofistas, aquella erística o arte de discutir, y también —¿por qué no?— un remedo de la dialéctica platónica, aquel arte refinado de una élite cultural que partía de las sombras de la caverna de los sentidos para elevarse a la lumbre inasible de las Ideas.

Y vamos ya, sin más rodeos, a la payada. De entrada tenemos dos tipos antropológicos, el negro y el blanco, que encarnan dos sensibilidades culturales, dos mundos separados por la línea del color. El canto es una facultad natural en todas las sociedades humanas. Pero el canto contrapunteado se da con singular intensidad en los pueblos ecuestres. Indios, negros y blancos, no importa la pigmentación de la piel, compartirán en el Río de la Plata esa facultad repentinista. El indio alcanza raramente la calidad de payador, no por imposibilidad racial sino por característica de su cultura. Cuando los padrones culturales del blanco lo fecunden, entonces sí, aunque tímidamente, apuntarán las condiciones que hacen posible el canto singular o dialogado. Cantores araucanos como los descritos por Estanislao Zeballos (Viaje al país de los araucanos, 1939), o mocobíes, ambos pueblos de a caballo, surgen de tanto en tanto para recordar las antiguas grandezas tribales o para dolerse de las actuales vejaciones. En este sentido es muy interesante la queja del poeta mocobí Pedro Yacaré (llamado Labit en idioma chaqueño) que registra Lázaro Flury (Tradiciones, leyenda y vida de los indios del Norte, 1945). El indio Labit, que era lenguaraz de la tribu de La Tigra y sabía escribir español, entregó a Flury, en un papelito ajado, esta poesía por él compuesta y cantada quizá en su idioma materno:

Gustando trabajar
pero cuando patrón pidiendo plata
para pan
dando ropa vieja...
Y si protestando pobre indio
patrón echando y pegando,
y si policía va reclamando,
patrón diciendo, indio robando,
y policía también pegando...
Todos llamando trabajar
y dando linda aloja,
pero terminando dando cosa vieja...
y reclamando pobre indio...
siempre pegando...

Un indio del sur, Antonio Ñancule, educado en la escuela, también cantor y poeta, hizo versos como éstos:

Los sentimientos de los indios
tan humanos como cualquier ser,
saben sufrir y pensar,
saben agradecer de corazón.

El solo consuelo que tienen
es mirar el campo y el cielo,
cuando alumbra el sol
se alegran como pájaros...

Indio humilde y manso
lo domina el poderoso,
no resiste, no aguanta su seso
defenderse de todos lados.

En cuanto a los cantores negros, éstos forman legión. Los hay famosos y frangollones. Entre los primeros descollaron, aunque ya en su calidad de milongueros, Gabino Ezeiza, un fenómeno único de rapidez para la respuesta acertada, Higinio Cazón, que se enojaba si no le escuchaban con respeto, Felipe Juárez, que cantó mano a mano tres días seguidos en la pulpería del vasco Ibarra con otro payador de Flores (Argentina), o el moreno Luis García, exaltado como un caso excepcional por Carlos Vega. Cuando Ezeiza venció a Pablo Vázquez

—el mentado duelo oral del teatro Florida, en Pergamino, allá por el 1894, Gabino explicó las razones de su triunfo:

La desigualdad existe,
bien se puede calcular;
que yo improviso ligero
y usté se pone a pensar...

A su vez, Higinio Cazón, moreno de pocas pulgas, dirigió estas fulminación a un grupo de parroquianos bochincheros del Club Social de Victoria que no habían atendido su versada prolija:

Que cante Cazón pidieron,
y don Higinio cantó,
y a los que no lo aplaudieron,
la puta que los parió.

¿Existen diferencias entre los cantores blancos y negros? De todo lo que se ha escuchado o se sabe acerca de esta antropología payadoresca, parece ser que los blancos eran más parnasianos y razonantes, más lentos y profundos en la improvisación, mientras que los cantores negros aparecen como más impresionistas, más retóricos y apasionados. Y más rápidos en la contestación también. Todo esto, empero, es muy relativo.

En la payada de Martín Fierro con el moreno éste aparece como un personaje humilde pero no servil. Está emancipado para siempre de las adherencias urbanas que atan al negro a la antigua matriz de la esclavitud. Es un hombre de a caballo. Bajo su respeto —siempre trata de usted a Martín Fierro aunque éste abuse del tuteo— late una voluntad fría, una confianza clara:

Yo no soy señores míos
sino un pobre guitarrero,
pero doy gracias al cielo
porque puedo, en la ocasión
toparme con un cantor
que esperimente a este negro.

El negro, sigue diciendo el cantor, es muy amoroso, y

aunque de esto no hace gala
nada a su cariño iguala
ni a su tierna voluntá.

Luego recuerda, versos más adelante, un mito genésico africano, —cuya prioridad revalidan hoy día los filósofos de la "negritud" como Shengor— en el cual, naturalmente, el primer hombre es de color negro.

Cuentan que de mi color.
Dios hizo al hombre primero.

No hay aquí alusión al barro. Todas las razas, por lógico etnocentrismo, proclaman la principalía o la belleza de su pigmento valiéndose de antropogenias más o menos caprichosas pero siempre afirmativas. Melville Herscovits, en uno de sus estudios antropológicos, al referirse al etnocentrismo de los indios cherokis —que por supuesto conocían al blanco y al negro cuando inventaron su creación del hombre— narra el siguiente mito. Cuando el Creador decidió fabricar al hombre tomó arcilla, dio forma a tres figuras humanas y las colocó en un horno. Impaciente por ver su obra retiró una figurilla y lo hizo demasiado pronto. Estaba a medio cocer, era pálida, de enfermizo color: había nacido el hombre blanco. Escarmentado, aguardó un poco más y sacó del horno la segunda figura. Estaba a punto, era de color firme y dorado, de proporciones armoniosas. Pero por admirar al antepasado de los indios se olvidó del tercer muñeco. Cuando abrió la puerta del horno encontró una figurilla carbonizada, bruna, maloliente. "Fue lamentable, pero no había nada que hacer; aquello fue el primer negro" (El hombre y sus obras, 1952).

El negro de la payada posee ideas niveladoras, reconoce el relativismo cultural, tiene un concepto unitario de la especie y género homo:

Pinta el blanco negro al diablo
y el negro, blanco lo pinta;
blanca la cara o retinta
no habla en contra o en favor:
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Fierro mira al negro sin prevención racista pero con discriminación estética. A la misma sustancia humana le reconoce distintos atributos: lo negro es negro y lo blanco, blanco: en esta discriminación óptica subyace una sutil frontera de color.

Dios hizo al blanco y al negro
sin declararlos mejores:
le mandó iguales dolores
bajo de una mesma cruz;
mas también hizo la luz
pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie:
no se trata de ofender:
a todo se ha de poner
el nombre con que se llama
y a naides le quitó fama
lo que recibió al nacer

Ya los personajes de la payada están definidos. Dos razas diestras, una en la armonía, la otra en el ritmo, se aperciben para el duelo

poético. El blanco, en este caso, es más hábil, más directo que el negro. Es un payador ducho, que va al grano de las cosas y de paso golpea con un chirlo fregón. El negro cuerpea, hace circunloquios para preparar las respuestas, pero se endereza siempre con una flor serena en el retruque. Martín Fierro es lógico y sarcástico. Su versos, agudos y sin rodeos, se clavan en los blancos exactos. Tras el canto del negro golpetea el ancestral tambor de la selva; tras el ímpetu de Fierro zumban y vuelan las boleadoras del gaucho.

La payada se ata tácitamente. Cae el moreno a la pulpería donde están Fierro, sus hijos y Picardía, el huérfano de Cruz. Ya los muchachos han contado sus vidas desdichadas al compás de la vihuela, porque como socarronamente dice el payador

son cojos... hijos de rengo.

Entonces el negro, que rumiaba su entripado,

se sentó con toda calma,
echó mano al estrumento
y ya le pegó un rajido:
era fantástico el negro
y para no dejar dudas
medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
la intención de aquel moreno:
era claro el desafío
dirigido a Martín Fierro.

Este es el prólogo, el asa de la payada. Al "primer rajido", del negro, que era "fantástico", no todavía como payador, sino como firme dueño de sus actos y su señorío, se definen las actitudes y se separan los campos. Fierro se da por aludido y desgrana opulentamente la madura mazorca de su arte contrapuntístico. Primero reconoce que es deber de dos cantores "el cantar de contrapunto", luego se refiere a la ética de las payadas —el payador cabal no se hace rogar—, recuerda después sus años dichosos de cantor joven, muy pronto agobiados por la "desgraciada mudanza" de una transformación económica que no acierta a explicar el gaucho y que Hernández escamotea. Y finalmente acepta en cuatro sextinas arrogantes, redondas como cuatro ases de oro, el reto del moreno. Hay en ellas un recuerdo a la edad payadoresca que en ese tiempo llegaba a su fin:

Y seguiremos si gusta
hasta que se vaya el día;
era la costumbre mía
cantar las noches enteras;
había entonces donde quiera
cantores de fantasía.

El negro se cuadra y se viene en seguida cabeceando en la correntada de sus versos. Cuenta también sumariamente su vida; dice que su saber sobre la naturaleza —saber jónico, como el de los filósofos de la escuela de Mileto— se lo debe a un "flaire" y se pone a la orden para contestar a su interlocutor:

Estoy, pues, a su mandao,
empiece a echarme la sonda
si gusta que le responda
aunque con lenguaje tosco:
en leturas no conozco
la jota por ser redonda.

Fierro entonces lo interroga sobre los cartos del cielo, de la tierra, del mar y de la noche, sobre el origen del amor, sobre el significado de la ley. El negro responde con prontitud, se explaya y hasta se florea. Sus aciertos mayores resplandecen en su protesta contra la ley, instrumento clasista de los gobernantes y dotores de las ciudades. En ningún momento la protesta de Fierro es tan lúcida y dolida como la del moreno. Éste, que padeció la doble coyunda de ser un paisano pobre y de ser un pobre negro, se revuelve rabioso contra ley, que

...se hace para todos
mas solo al pobre le rige.

Siempre el campesino vivió al margen del derecho civil y el constitucional, frutos desconfiados y reglamentaristas de las ciudades. La palabra empeñada es superior a todo documento escrito: no hay mejor contrato que el del común acuerdo verbal entre hombres de honor. Pero además el moreno sabe, intuitivamente, que la ley es un instrumento de opresión en las clases privilegiadas. La defensa de la ley que éstas ensayan, y de su eterno acompañante "el orden", es la defensa de sus posiciones. La ley y la justicia no son lo mismo; puede una ley ser, incluso, altamente injusta. Se ha dicho que el derecho es el precipitado histórico de la justicia, pero en el caso del derecho burgués es el precipitado de los intereses de un grupo que se arroga para sí la representación de toda la sociedad:

La ley es tela de araña
en mi inorancia lo esplico,
no la tema el hombre rico,
nunca la tema el que mande
pues la ruempe el bicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

Un oscuro barrunto de la alegoría de la "legalidad" le inspira este acertado juicio:

Es la ley como la lluvia:
nunca puede ser pareja.
El que la aguanta se queja
pero el asunto es sencillo:
la ley es como el cuchillo,
no ofende a quien lo maneja.

Y la experiencia cotidiana de la leguleyería, de los engaños, de las corruptelas, de las mistificaciones empleadas por los galerudos contra el paisano de ayer y de siempre lo hace exclamar, rematando su desencantada definición:

Le suelen llamar espada
y el nombre le viene bien;
los que la gobiernan ven
adónde han de dar el tajo,
le cái al que se halla abajo
y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son dotores
y de su cencia no dudo;
mas yo soy un negro rudo,
y aunque de esto poco entiendo,
estoy diariamente viendo
que aplican la del embudo.

Martín Fierro empieza a respetar al moreno. Le reconoce "capital pa esta partida". Se alegra de haber topado con un real payador. Levanta su interdicción racista y reconoce la noble y franca inteligencia del negro:

Y áura te voy a decir,
porque en mi deber está,
y hace honor a la verdá
quien a la verdá se duebla:
que sos por juera tinieblas
y por dentro claridá.

Pero ha llegado ya el turno del moreno y éste pregunta con encarnizamiento. Se va al reino de las abstracciones, a las ramas del árbol filosófico que sacudieron Aristóteles y Descartes, Kant y Bergson para hacer caer las resplandecientes manzanas de las categorías del pensamiento. Inquiere como un Sócrates campesino, apelando a una mayéutica cimarrona que si bien ignora las contestaciones pregunta con denodado dramatismo. Golpea con palos de ciego y fuerza de domador. Pide nada menos que las definiciones del tiempo, la medida, el peso y la cantidad. Fierro, consciente del poder de la andanada, reconoce la habilidad inquisitiva del negro, pero tiene confianza en sus dotes formales y sustanciales de payador:

Moreno, te dejás cáir
como carancho en su nido;
ya veo que sos prevenido
mas también estoy dispuesto;
veremos si te contesto
y si te das por vencido.

Al referirse a la cantidad contesta que no hay pluralismo sino que

el ser de todos los seres
sólo formó la unidad:
lo demás lo ha criado el hombre
después que aprendió a contar.

Resuenan de nuevo, renacidos, reeditados a través del cíclico transcurso de los siglos, los problemas que se plantearon los presocráticos. Más que con Tales, Anaximandro o Anaxímenes, que buscaban un arjé primitivo, una protocosa esencial, este pensamiento entronca con Parménides, que afirmaba la unidad absoluta de la realidad. En el poema filosófico Sobre la Naturaleza decía Parménides que el ente no es divisible porque todo él es homogéneo.

Vienen luego los problemas de la medida y el peso. Fierro elude la respuesta matemática y se orienta hacia el hemisferio antropológico: el hombre es la medida de todas las cosas. Por ello la medida sirve para regular la duración de la vida humana y el peso para pesar sus culpas. Medida y peso intervienen aquí como en el Libro de los Muertos egipcio, o como el Mane, Tecel, Fares babilónico, o como las Parcas helénicas. Claro que Fierro no lo sabe y que Hernández, poco ducho en humanidades, no recurrió deliberadamente a esta filiación filosófica. Los payadores pampeanos se movían con comodidad en el mundo de los grandes temas de la metafísica, y, moralistas al fin, convertían al hombre, como el viejo Protágoras, en el cartabón universal. Las "cosas de fundamento" eran con frecuencia, una antología del disparate, pero a veces prefiguraban toda una filosofía cimarrona.

Finalmente el negro propone la pregunta sobre el tiempo. Fierro se turba ante la dificultad conceptual que entraña. Sale al fin del paso, pero se advierte el impacto de aquélla en la arquitectura de sus coplas. Es útil recordar, al margen de este contrapunto, que muchas veces las interrogantes propuestas por los payadores tenían una endiablada picardía. Cuando capciosamente preguntó un payador uruguayo a otro

¿Qué distancia es la que hay
de las orillas al mar?

su contrario, después de un guitarreo pensativo, salió adelante con la respuesta, tan ocurrente como la pregunta misma:

Parece, amigazo viejo,
parece que a mí me toca:
la mesma distancia que hay
de los labios a la boca.

La respuesta de Fierro es más ambiciosa que la del iletrado cantor oriental. Su definición del tiempo incursiona en otras esferas, siempre con el comodín del hombre a cuestas:

Moreno, voy a decir
según mi saber alcanza:
el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir:
no tuvo nunca principio
ni jamás acabará,
porque el tiempo es una rued-
y rueda es eternidá;
y si el hombre lo divide
sólo la hace, en mi sentir,
por saber lo que ha vivido
o le resta que vivir.

La idea del eterno retorno, indostánica, pitagórica, platónica, estoica y nietszcheana a un tiempo, el áspid que devora su cola, reaparece en el canto de Fierro. El clímax filosófico llega a su fin. La tensa cuerda estalla. El payador blanco, fatigado, no insiste en los temas trascendentales y al interrogar nuevamente al moreno lo convida a cantar sobre cosas de la estancia.

Roto así el encanto, el negro se desentiende de la payada, se proclama vencido y recuerda las muertes injustas. Viene a pedir cuentas por la sangre de su hermano; toda la payada ha sido un pretexto para pasar de un duelo al otro. Pero nada sucede esta vez. Los oyentes se interponen, los contendores se apaciguan y Fierro y los suyos se hunden en la noche que corona con sus estrellas y sus grillos la frente misteriosa del poema.

V — PABLO LUNA, EL GAUCHO-TROVA DE ACEVEDO DÍAZ

Las profundidades del alma campesina rioplatense son buceadas por el arte de los payadores. En estos prototipos humanos se atan en un mismo haz la pasión de la montonera y la contemplación del ocio ensimismado, la inquietud nomádica del instinto poético y el sentencioso aplomo de la experiencia pastoril, los valores arcaicos de las tradiciones y la espontaneidad creadora de una imaginación trovadoresca.

Carlos Leumann ha dicho que los gauchos son hombres blancos renacidos, dueños de una sensibilidad nueva, autóctona, geográfica. Sus vidas corren como torrentes campesinos, sin mezclar sus aguas con las del manantial indígena ni enturbiarlas con la de los pozos estancados de la ciudad. Forman una categoría humana aparte; poseen una filosofía brotada de su comunión diaria con la naturaleza; cantan y hablan en un lenguaje lleno de parábolas, colmado de metáforas. En la forja de esta nueva sensibilidad han pesado de manera especial las entonaciones que el espacio y el tiempo tienen en el Nuevo Mundo. Las tradiciones neolíticas del campesino europeo, adheridas a un paisaje hecho a la escala locomotriz del hombre, se desvanecen ante la intemporalidad e ilimitación de los campos americanos; el escoplo de la soledad remodela los espíritus; la convivencia con los animales y en particular la diaria confraternidad con el caballo confiere al mito de los centauros una renovada vigencia. Los centauros helénicos eran, entre otras cosas, emblemas de la sabiduría: Chirón fue el preceptor de Aquiles y Nessos, después de muerto, venció con su sangre emponzoñada la fuerza bruta de Hércules. De igual modo los centauros de la llanura pampeana y las cuchillas orientales poseyeron esa umbilical intuición de las cosas; esa protofilosofía compartida con los presocráticos; ese hablar cifrado, convocatorio, sugeridor, de los narradores, cantores y paremiólogos criollos que aureolaban a la palabra con oscuridades sibilinas y claridades proféticas. Fueron payadores anónimos los que dijeron en su cantar versos tan lindos y convocatorios como estos:

Soy torito de las cumbres
recién bajao a lo llano;
en las astas traigo invierno
y en el balido verano.

Estos felices aciertos son glosados y ruedan como los guijarros. Por eso en otros Cancioneros aparecen las variantes de la copla:

Yo soy un torito bravo
no hay árbol que no desgaje;
en las astas traigo fuerza
y en el cogote coraje.

Lo alegre, lo satírico, lo intencionado, se entrevera de continuo en el gracejo popular con los temas solemnes:

Es la muerte de los piojos
la muerte más diferente;
unos mueren en las uñas
otros mueren en los dientes.
. . . . . .
Si es que hay muchos ratones
niña en tu cuarto,
dejá la puerta abierta
yo seré el gato.
. . . . . .
Debajo de su nariz
se acuesta a dormir la boca;
no puede agarrar el sueño
porque la sombra es muy poca.

Otras veces la reflexión social sazona coplas desencantadas y punzantes:

Yo nunca espero justicia
porque no tengo ni un cobre;
como campana de palo
son las razones de un pobre.
. . . . . .
El pobre es como la ruda,
de mal olor, fastidioso;
sin más causa que ser pobre
se hace de todos odioso.
. . . . . .
La desgracia de los negros
no es tener la piel oscura;
la desgracia de los negros
es querer a mujer rubia.
. . . . . .
El pobre llora y se queja
porque no tiene ni un rial;
yo he visto llorar a ricos
¿dónde estás felicidad?

Traviesos payadores orientales, por su lado, desafíaban a las potestades del más allá, remozando la antigua leyenda europea del diablo orisionero:

De la Banda me he venido
sin que me sienta la arena,
al diablo le he puesto grillos
y a la muerte una cadena.

Todos estos minessinger montaraces han llegado de alguna manera a la poesía o a la narrativa rioplatenses. Martín Fierro, Santos Vega, Pablo Luna, configuran encarnaciones y síntesis literarias de payadores de carne y hueso; unos prototipos son más felices portadores de alegorías y símbolos cotidianos que otros; la habilidad y fidelidad de los escritores logra mayores o menores aciertos tipológicos al retratarlos en sus obras.

Pablo Luna es el personaje masculino de la novela **Soledad**, uno de los más logrados trabajos de Eduardo Acevedo Díaz.

Hay en Luna rasgos comunes con los demás payadores y matices particulares que lo convierten en una figura marginal, especialísima.

Es un cantor sedentario, enraizado en su pago, del cual sale sólo los días festivos. No compite en payadas; es un hombre misterioso, sensible, delicado y lacónico; no tiene oficio conocido; vive en un rancho miserable que "a lo lejos podía confundirse también con una gran covacha de vizcachones o de zorros, por lo chato y negruzco, mal orientado y contrahecho".

Es un paisano descuidado para las cosas exteriores, aunque no para su persona. Se sabe buen mozo y como tal se presenta. En efecto, es alto, fino, con cintura de mujer y tiene "una barba corta y rala tirando a pelinegro, el rostro moreno un poco encendido, los ojos azules como piedra de pizarra, larga y en rulo la cabellera abierta al medio, cejas de alas de golondrina, la oreja tan chica como el reborde de un caracol rosado y las manos un poco largas y velludas".

El aislamiento ahonda en el Pablo Luna la misoginia y los caracteres narcisistas. En su equipo sexual Acevedo Díaz ha incluido, a sabiendas o no, secretos resabios femeninos, rasgos psicosomáticos que acentúan los complejos nocturnos del alma del cantor. Todo hombre lleva una mujer soterrada en su intimidad; toda mujer tiene un hombre al acecho en sus sueños. Cuando la experiencia biológica volatiliza esos ocultos fantasmas, los rasgos viriles o femeninos se afirman victoriosamente; cuando la soledad sexual asedia, entonces surgen los andróginos del mito de Platón, los tímidos amielianos, los efebos cavilosos.

Luna posee rasgos casi homosexuales y sus reacciones posteriores lo confirmarán.

Cuando cruza las poblaciones montado en su caballo lleva la guitarra en la mano izquierda, a manera de tercerola. ¿Adónde va? Acevedo Díaz no lo dice. Es sólo el gaucho-trova, el "pájaro cantor de nuestros bosques". El romanticismo del autor prefiere la calificación vaga y penumbrosa a la objetividad de un contrapunto, a la reproducción de unas coplas, a la descripción de sus cualidades payadorescas. Pero esta repugnancia por lo cotidiano no impide que insista en describir su tipo y su atuendo, en pintar sus aspectos y sus galas. A Luna siempre se le ve vestido de chiripá y botas nuevas, con un sombrero de alas cortas "negro y sin barbijo", con un poncho terciado en el crucero y llevando a la cintura un tirador de piel de puma "con botonadura de medias onzas españolas", moneda de oro codiciada por el paisano para adornar también las cabezadas, pretales y bombillas.

Tenía Luna largas uñas de guitarrero que el uso del cigarro había teñido de color ámbar. Una guedeja de pelo caía de continuo sobre la mejilla y le envelaba un ojo; no era eso descuido sino coquetería, pues el rulo servía "de celaje gracioso" a un párpado caído.

La última característica del "gaucho-trova" confirma un estilo vital común a muchos payadores: "Se conocía más a Pablo Luna por su afición a la guitarra que por los hechos ordinarios de la vida de campo. Había empezado él por calarse en el oído a favor de su habilidad para tañer y cantar antes que por actos de valentía y de fuerza".

Pero hay otros caracteres que Acevedo Díaz atribuye a su personaje y que no coinciden ni sociológica ni artísticamente con los del cantor rural.

El payador canta en ruedas, es un ser socia-

ble y sociabilizador, se apea donde ve gente reunida y los jinetes echan pie a tierra donde se siente su pregón musical. Claro está que es más patético hacerlo herir "el silencio de las noches apacibles" con "misteriosas melodías" que detienen el paso de los ecuestres viajeros, y no exhibirlo en una pulpería menguada o en una cocina sórdida.

Pero lo que el cuadro gana en hermosura lo pierde en veracidad. También es convencional su encuentro con Soledad, la heroína del relato. Son del mismo pago y no se conocen. Es inconcebible este tipo de payador huraño que no se arrima nunca a las "casas". Pablo Luna personifica, en tal sentido, el anverso de los cantores clásicos, ya sean el rapsoda jónico como el jongleur medieval, ya los puetas chilenos como los improvisadores rioplatenses.

Al contemplar la moza, lozana, incitante, Luna no la requiebra y la mira apenas con "aire melancólico, de una manera vaga y fría". Como un Hipólito redivivo o un Galaor de las cuchilas, Luna ignora a la mujer. Pero ésta no lo ignora: al verlo por vez primera lo codicia y se propone rendirlo, "amadrinarlo", someterlo a su caprichoso imperio.

Un día los jóvenes se encuentran junto a unas tunas y sin palabras casi, la pasión se enciende. Soledad encandila a Pablo con el espejo del sexo de manera ingenua, pero segura "de haber herido al hombre en su entraña".

Entonces comienzan las actitudes violentas de Brígido Montiel, el padre de Soledad, hacia el gaucho-trova. Y éste no reacciona. Primero aquél lo trata de vago rotoso, después lo despide violentamente de una esquila olvidando "que no hay loro manso cuando le tocan la cola" y, finalmente, al hallarlo con su hija le propina un puñetazo tremendo. Pablo Luna, aguanta siempre. Cada vez más sublevado pero sin llegar nunca a utilizar el cuchillo.

Herido, humillado, gana su silvestre guarida y allí planea una indiscriminada venganza. Incapaz de combatir de frente recurre al incendio. El fuego consumirá la hacienda de don Brígido y también a Soledad. Pero la psiquis oscura y tortuosa de Luna no va más allá de la actitud lombrosiana del incendiario. Un desastre total reparará el agravio. Si perdió a Soledad, que don Brígido quiere casar con un brasileño, el fuego, que purifica y castiga, será el aliado de la frustración y la neurosis.

No es ésta una actitud viril, por cierto. Lejos está de la altiva gallardía de los gauchos descritos por Darwin y Hudson. Es una reacción histérica, femenina, dictada por la impotencia y el despecho. La notable descripción del incendio que hace Acevedo Díaz no disimula las fallas morales y mentales de su personaje. Pablo Luna es un producto atípico en el universo gauchesco. Sólo como un caso excepcional y fuera de la regla puede admitirse su presencia.

La mayoría de los cantores y payadores eran hombres abiertos, francos, sociables, valerosos. Pablo Luna representa el otro hemisferio de esta fauna lírica: el tímido, el resentido, el esquizofrénico. Obsesionado por sus complejos y represiones cuando se decide a obrar provoca una catástrofe colectiva.

Al final Pablo Luna salva a Soledad. Pero no puede salvarse a sí mismo, y su figura de incendiario y de maula, magnífico pretexto para el análisis literario y triste ejemplo de un alma atravesada, se desvanece ante la serena luz de otros personajes caracterizados por Acevedo Díaz: Ismael Velarde, el indio Cuaró, Luis María Berón, el negro Esteban. Y ni qué decir que comparado con Santos Vega o Martín Fierro nuestro gaucho-trova sólo sirve de fondo sombrío para destacar los valores masculinos y clamorosos del payador de Ascasubi y del héroe hernandiano.